





EL PATRIARCADO

**PRODUCTOR DE MERCANCÍAS
Y OTROS TEXTOS**

ROSWITHA SCHOLZ

**PENSAMIENTO
BATALLA**

COEDICIÓN



EL PATRIARCADO

PRODUCTOR DE MERCANCÍAS Y OTROS TEXTOS

Roswitha Scholz

Coedición

Quimera Ediciones y Editorial Pensamiento & Batalla

1ª Edición, invierno 2019.

Tiraje, 150 copias.

Santiago, Chile.

Se conservan las notas de la autora, salvo que se indique lo contrario.

Edición y correcciones: N. C. y M. S.

Contacto: pensamientoybatalla@gmail.com

Antidiagramación–Antidiseño



EL PATRIARCADO

**PRODUCTOR DE MERCANCIAS
Y OTROS TEXTOS**

ROSWITHA SCHOLZ



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO	13
EL PATRIARCADO PRODUCTOR DE MERCANCÍAS Tesis sobre capitalismo y relaciones de género	31
EL SEXO DEL CAPITALISMO Apuntes sobre las nociones de “valor” y de “disociación-valor”	55
¡FUERA HOLGAZANAS! Sobre la relación de género y trabajo en el feminismo	73
ESCISIÓN DEL VALOR, GÉNERO Y CRISIS DEL CAPITALISMO Entrevista con Roswitha Scholz	107



PRESENTACIÓN

La crítica del patriarcado, sin duda, en los últimos años en la región dominada por el Estado chileno, y en varios puntos más del mundo, ha tomado un rol protagónico en las luchas sociales. La urgente necesidad de frenar la brutal violencia estructural que viola, mata, golpea, humilla, y, transforma en cuerpos-objetos a las mujeres –pero que también afecta a cuerpos disidentes, niñxs y varones puestos en lugar de opresión–, ha copado las calles por medio de masivas y contundentes movilizaciones, abriendo la posibilidad de profundizar un aspecto de la dominación que había sido históricamente menospreciado, dejado de lado, o tachado de “secundario”, por el amplio espectro del movimiento antagonista.

En la lucha inmediata por la superación de nuestras condiciones materiales y espirituales de existencia, el contexto actual, ha afirmado correctamente la necesidad del cuestionamiento de aquellos roles, relaciones sociales y conductas que usualmente son relegadas a la “esfera privada” y que se intentan pasar por naturales e históricas, y que no son más que construcciones sociales, y, por lo tanto, mutables. Combatir aquella “normalidad”, que tanto nos daña, se ha vuelto prioritario. Sin embargo, cualquier construcción social –y las circunstancias que la originan–, con la simple voluntad, de manera individual,

aisladamente, o en pequeños “grupos seguros” –que siempre estarán amenazados por un entorno hostil, siendo susceptibles a reproducir prácticas estructuralmente violentas–, no puede ser destruida. Desprenderse totalmente de aquella “herencia” nefasta es una ilusión subjetivista. En cualquier sociedad, la vida está determinada por la forma en que se organiza la producción de sus condiciones de existencia: liquidar las bases materiales y relaciones sociales que renuevan y mantienen dicha sociedad, es eminentemente una tarea de carácter colectivo y social.

Por otra parte, cualquier lucha “reivindicativa”, “separada” o “parcial”, siempre corre el riesgo de ser recuperada por el sistema de dominación, anulando su potencialidad subversiva, si es que no apunta a la raíz y al origen que la produce. Además, el “identitarismo” y la “ultrapolitización” de lo particular, son un peligro que se encuentra a la vuelta de la esquina, ya que puede fomentar aún más la atomización de las y los individuos, tal y como lo promueve la lógica de la separación intrínseca al capital. Si nos encerramos en “lo particular”, creamos ghettos diferenciados, apostando a la constitución de “comunidades restringidas” –enfrentadas a otras “comunidades restringidas” distintas–, y no a la constitución de una comunidad humana mundial que cuestione de manera total este mundo.

La publicación de los siguientes textos en castellano de la camarada de origen alemán, Roswitha Scholz, constituye un esfuerzo editorial mancomunado, que busca contribuir a la clarificación y profundización del debate teórico-práctico de la compleja relación entre patriarcado y capital, el papel del “trabajo reproductivo” en esta relación, y el problema de la valorización del valor. En este sentido, la siguiente edición, se suma al esfuerzo de publicación reciente de otros materiales que intentan abordar este mismo problema desde diversas perspectivas, entre los cuales destacamos: *La lógica del género y la comunización de*

Endnotes Collective, *Género y capitalismo. Debate en torno a Reflexiones Degeneradas* (discusión entre Cinzia Arruzza, Johanna Oksala, Sara R. Farris y FTC Manning) editado por el Grupo de Estudios Feministas (GEF), *El feminismo ilustrado o el complejo de diana* de Gilles Dauvé, y diversos textos de Silvia Federici, Mariarosa Dalla Costa, y otras autoras que, desde una vereda feminista, también se posicionan contra el Capital.

**Quimera Ediciones y Editorial Pensamiento & Batalla,
invierno del 2019**

PRÓLOGO

Los feminismos se han tomado las calles y la escena pública en Chile: estos últimos dos años así lo han demostrado. Desde hace una década, distintas agrupaciones feministas comenzaron a visibilizar demandas que apuntaban principalmente a las monstruosidades más evidentes a las que son sometidos los cuerpos de las mujeres dentro de una sociedad patriarcal: los femicidios, y la violencia sexual doméstica y pública, enfatizando dentro de esta última, desde el 2015 el acoso callejero. También otras demandas de más larga data comenzaron a tener mayor aceptación y visibilidad, tal como ocurrió, con el derecho al aborto. El año 2016 comienza a agitarse en Argentina la consigna de “NI UNA MENOS” a raíz del asesinato de Lucía Pérez -de 16 años- quien fue brutalmente asesinada en la ciudad de Mar del Plata después de ser drogada y violada. El lema se masificó rápidamente por América latina: Chile, Perú, Bolivia, Colombia, México, entre otros países. Por otro lado, en este mismo ámbito internacional, en medio oriente, las mujeres de Rojava y la revuelta armada de la que son participes en el Kurdistán también daban mucho que hablar.

En el año 2017 en Chile comienzan las primeras movilizaciones estudiantiles secundarias que denunciaban el abuso y el acoso sexual por parte de profesores dentro de establecimientos escolares –principalmente en liceos emblemáticos de Santiago– lo que se tradujo en la toma de dichos recintos. Durante el 2018 estas demandas explotan en los recintos universitarios (regionales primero) y secundarios, pero de manera mucho más masiva, con denuncias de acoso y abuso sexual contra académicos de las instituciones, pero también, contra compañeros de carrera o de Universidad. Las demandas del movimiento feminista son: una educación no sexista, la expulsión de profesores y

estudiantes acosadores, realizar protocolos en caso de acoso, y, también las reivindicaciones del movimiento LGTB.

Esta movilización, tuvo un carácter histórico por dos motivos: es la primera vez en Chile que el movimiento estudiantil asume demandas de este tipo, y, en segundo lugar, muchas de estas tomas asumieron un carácter separatista –mujeres y disidencias eran quienes tenían permitido el ingreso a los recintos tomados–, cuestión insólita por estos territorios. El análisis de estos elementos debe ser profundo y preciso, y, salir de los sesgos de cualquier tipo para poder comprender su composición.

Respecto de los resultados, algunas estudiantes lograron aprobar petitorios de expulsión, y se logró montar un posicionamiento en el discurso público respecto de las demandas inmediatas del feminismo. Por otro lado, se gestó la posibilidad de dar un debate abierto y masivo en torno a la demanda del aborto, situación que tiene su correlato en América latina principalmente en Argentina. En este contexto, se conformó la “Coordinadora Feminista 8 de Marzo” (CF8M) el año 2018, convirtiéndose en la organización feminista con mayor visibilidad y en la que recayó la organización y convocatoria de la “Huelga General Feminista” del 8 de marzo del 2019. Convocatoria que concluyó con una marcha histórica por la cantidad de personas que fue capaz de agrupar, pero también, porque quienes salieron a las calles fueron principalmente mujeres de todas las edades: niñas, jóvenes, adultas y ancianas.

La masividad de este hito y las temáticas que abordan las demandas han generado:

A) una recepción reaccionaria principalmente de los hombres, pero también de mujeres, reciclando y reutilizando lenguajes/conductas misóginas, exacerbándolas, ninguneando o ridiculizando las reivindicaciones con estereotipos heteronormados y

machistas. Esta reacción también se ha dado dentro de las propias organizaciones sociales, donde hay una resistencia a las demandas o a dialogar en torno a los temas que ponen sobre la mesa los feminismos;

B) denuncias y funas en distintos espacios educacionales, laborales, o dentro de las propias organizaciones sociales/políticas a individualidades particulares;

C) una visibilización mayor y condena pública al acoso callejero y sexual, desnaturalizándolo.

El actual panorama, también ha traído consigo algunos problemas que surgen a partir de la misma masividad y por las construcciones subjetivas del neoliberalismo capitalista que tienen que ver con las formas de análisis y de comprensión para la acción de las reivindicaciones feministas. Las formas de aprender y conocer de este tiempo tienen que ver con el propio historial conductual de consumo de nuestra era donde la *“civilización produce las correspondientes formas de conciencia”*¹: las respuestas rápidas y satisfactorias, los estereotipos, los sesgos, la separación, los particularismos desconectados unos de otros, la forma antes que el fondo. Elementos que han afectado la reflexión teórica de fines del siglo XX y el siglo XXI, donde los discursos hegemónicos del quehacer teórico están en manos de visiones posmodernas, que en palabras de Scholz tienen las siguientes consecuencias: *“Esta perspectiva positivista y cotidiana no se limita a la cultura dominante. Las controversias entre feministas de la igualdad y feministas multiculturalistas, entre gays e islamistas, se producen desde un particularismo basado en la propia posición. Hay gays de derechas y feministas conservadoras, etc... Los esfuerzos se dirigen a fijar las identidades individuales y grupales, en lugar de ver que tanto ellas como las luchas que producen son resultado de la forma capitalista-patriarcal. En*

1 – “Escisión del valor, género y crisis del capitalismo. Entrevista con Roswitha Scholz”, entrevista realizada por Clara Navarro Ruiz.

consecuencia, una perspectiva al margen de este horizonte global lleva a la barbarie. Eso no quiere decir que haya que dejar de lado las particularidades, ciertas singularidades e individualidades, incluidas también las identidades híbridas, sino que hay que pensar estas dimensiones como algo que está siempre en cierto modo diluido”².

En otras palabras, la negación de las estructuras, el análisis parcial de estas o el análisis superficial, puede llevarnos a profundizar y perfeccionar las relaciones de explotación, manteniéndonos en un conflicto de *todxs* contra *todxs*, perdiendo la posibilidad de ver estructuras sociales comunes que nos afectan en nuestras particularidades, o como diría Kurz, manteniéndonos en la “barbarie multicultural”. Dicho de otro modo, existen universales en la posmodernidad, en el mundo globalizado y estos son estructurales: el Estado, el patriarcado, el colonialismo, subsumidos en el capitalismo. Sin embargo, estos universales no pueden ser entendidos bajo la lógica universal de la Ilustración (parafraseando a Scholz) que se basa en lo único, lo homogéneo, lo estático, lo ideológico, sino que estos son universales en tanto estructuras sociales que nos afectan y que compartimos de maneras cualitativamente diversas en la faz de la tierra, según la etnia/raza, clase, sexo-género, discapacidad física y/o mental, grupo etario, incluso nuestra especie –para integrar a los ecosistemas como seres igualmente afectados por estas estructuras–. Todas estas particularidades y su reconocimiento son necesarias y profundamente útiles para impulsar el cambio social, sin embargo, si las leemos de manera particularista sin distanciarse de la propia posición, sin ver las intersecciones que nos atraviesan y los lugares comunes compartidos, es caldo de cultivo o cuna de posicionamientos fascistas y/o argumentos para el fascismo, la barbarie. Comprender las particularidades desde el extrañamiento de mi particularidad, dejando que hablen, que se muestren otras, analizando y comprendiendo la praxis tal cual se va dando con sus movi-

2 – Ídem.

mientos, para luego conectar esa posición particular con otras diversas. Esto requiere de un proceso de constante autovigilancia y de comprender que queda mucho por hacer en términos teóricos y prácticos.

Por otro lado, sería interesante realizar una investigación psicoanalítica/psicológica social que nos lleve a comprender y encamine a sanar los dolores propios que acarreamos como mujeres, hombres y diversidades sexuales, en cada uno de nuestros particularismos en un sistema patriarcal/capitalista/colonial, que nos puja a actuar a la defensiva cada vez que tocamos temáticas que nos afectan directamente como sujetxs, cuando se nos insta a “mirarnos el ombligo”, sin ser capaces de superar el lugar egoico para observar la crítica y aprender, actuando desde los dolores y el sufrimiento, depresiones, desde el ego herido, el narcisismo, incluso activando estructuras de pensamiento fascistas bajo las cuales hemos sido educadxs. Este análisis/ terapéutico es necesario, para no reaccionar, sino que accionar, para deshacernos de la fatalidad con que educaron nuestras emociones. En este sentido, un camino que nos puede llevar a buen puerto en estos aspectos es que la comprensión de estos malestares psíquicos –pero también los particularismos que nos atomizan y fragmentan–, no pueden encontrar la solución solo en la voluntad individual; claro la voluntad individual es fundamental y es una parte, pero también es solo eso, fragmento. Si la respuesta no es mancomunada y no forma parte de un proyecto colectivo, solo se trata de rasguños en el agua. La conciencia de clase, en su conceptualización más amplia, puede ayudarnos en esta ardua tarea de cambiarlo todo, para reencontrarnos y negarnos como tal para superarnos.

Con todo, hay demandas contingentes, urgentes e inmediatas desde los feminismos: frenar el acoso callejero, la violencia sexual, los femicidios, el fin de las agresiones y discriminaciones a las disidencias, reflexiones en torno a las prácticas misóginas dentro de las organizaciones sociales. Estas reivindicaciones

propias de nuestro particularismo como mujeres y disidencias, por sí solas, y sí no apuntan a desbaratar, desmontar la estructura y visibilizar las relaciones sociales que sostienen estas posibilidades, solo perfeccionarán el modelo. La crítica debe ser radical y feroz: el análisis de nuestras posiciones particulares debe servir para evidenciar la estructura y darnos herramientas para destruirla.

Los feminismos, particularmente los más radicales, han develado una cuestión fundamental: un modo de producción es el modo en como producimos y reproducimos la vida. En *La Ideología alemana*, Marx y Engels plantean que el primer hecho histórico consta de tres momentos o aspectos:

A) El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de necesidades (vestirse, comer, beber, alojarse, entre otras). Es decir, la producción de la vida material misma.

B) La satisfacción de esta primera necesidad, la acción de satisfacerla y la adquisición del instrumento necesario para ello conduce a nuevas necesidades, esto es parte de una de las dimensiones de este primer hecho histórico.

C) El tercer factor que aquí interviene de antemano en el desarrollo histórico es que los seres humanos que renuevan diariamente su propia vida comienzan al mismo tiempo a crear a otros humanos, a procrear: es la relación entre hombre y mujer, entre padres e hijos, “la familia”. Esta familia, que al principio constituye la única relación social, más tarde, cuando las necesidades al multiplicarse, crean nuevas relaciones sociales y, a su vez, al aumentar el censo humano brotan nuevas necesidades, pasando a ser una relación secundaria y tiene, por tanto, que tratarse y desarrollarse con arreglo a los datos empíricos existentes, y no ajustándose al “concepto de la familia” misma.

Con esta trinidad del primer hecho histórico, surge la siguiente pregunta: ¿Por qué Marx, si ve la reproducción biológica misma, y con ello la relación entre hombres y mujeres, ésta pasa a un segundo plano respecto a la producción de la vida, dando primacía a la producción técnica o tecnológica productivista y a otras formas de relación más evidentes en el análisis? ¿Por qué el resto de los “marxistas” no prestan atención a esta parte reproductiva y a toda la esfera que involucra: emotividad, afectos, cuidados, sensualidad, erotismo, cuerpo, etcétera? La epistemología feminista tiene razón cuando habla de los sesgos de género para hacer y construir conocimiento. Es más, Marx y Engels, plantean más adelante en este mismo texto, que es en la familia donde encontramos el germen de la propiedad privada, por tanto, de la división social del trabajo, donde la mujer y los hijos son propiedad del marido³. De hecho, en el prólogo de 1884 de *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels plantea que: “Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del humanx⁴ mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los humanxs en una época o en un país dados, está condicionado por esas dos especies de producción: por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra”. Si logran dar con estas premisas ¿Por qué no se desarrolla, ni por ellos ni por los posteriores teóricos marxistas o marxianos?

3 – Este elemento, hay que contextualizarlo en varias particularidades, como, por ejemplo, lxs muchxs hijxs que han nacido en la historia de madres solteras, sin que exista este concepto o esta relación de familia tradicional como tal. Mujeres que trabajan y mantienen sus familias, sin embargo, al tratarse de una relación social, podríamos decir *a priori* que éstas mantienen una relación de doble explotación, y de propiedad con el sistema patriarcal, Estado–capital, que las ubica y mantiene en posiciones estructuralmente sociales de subyugación y propiedad (propiedad, corporal, física e intelectual) [N. de la A.].

4 – La traducción al español dice hombre, habría que acceder al texto en alemán para identificar la palabra que se traduce aquí como hombre. [N. de la A.]

Scholz, plantea que el análisis de Marx está incompleto, que es insuficiente para explicar la parte de la vida que nos falta por incorporar al análisis. En este sentido, todo aquello que ha sido invisibilizado, ninguneado o vilipendiado, es lo que se ha significado como femenino: sentimientos, emociones, erotismo, reproducción, maternidades, relaciones sociales de reproducción, relaciones sexo-género. Este es un debate fundamental al interior de los movimientos sociales y la teoría crítica respecto de la importancia social y el potencial subversivo/revolucionario que puede contener este análisis para el movimiento social. La importancia de una crítica radical al trabajo y al capital considerando estos aspectos, el punto de vista de género y decolonial, son fundamentales para alcanzar un análisis profundo, que desnaturalice condiciones de opresión/explotación, diferentes según la distribución biopolítica del poder en los cuerpos y las relaciones sociales que sostienen estas jerarquías. Este aporte al movimiento real puede llevarnos al fin a la liberación de toda ideología y encaminarnos a una sociedad de lo común, de la comuna, de las comunidades.

Los textos que estoy presentando, son un aporte teórico que apunta radicalmente en esta línea, insumos, herramientas que nos interpelan hacia nuestro interior, en nuestras propias contradicciones individuales, pero también hacia el exterior como parte de una vida social.

Roswitha Scholz, como mujer –con esto me refiero a su condición de particularidad dentro del cosmos de las opresiones/explotaciones– y crítica del capitalismo/patriarcado, le tocó vivir los sesgos de género en el interior del Grupo Crisis en donde era la única mujer. Este grupo finalmente se fraccionó por las posiciones defendidas por Scholz en torno a la tesis de la escisión del valor y al patriarcado productor de mercancías. Posteriormente, Scholz fundó junto a otrxs compañerxs, el grupo de estudio y construcción teórica “Exit!”, el cual orienta su actividad reflexiva a partir de la teoría de la escisión del valor, las po-

siciones de Adorno y la “Teoría Crítica”, y de lo que denominan la “Crítica del Valor”.

Algunos insumos teóricos para comprender el texto

Este pequeño apartado pretende ser un ayuda/lectura que permite o facilita la comprensión de los textos compilados en esta edición. Sin duda, será un acercamiento introductorio a los conceptos que se expondrán, pero siempre la invitación es a la lectura, la investigación, la tensión, al diálogo. Otras interpretaciones pueden salir de lecturas que cada quién realice, y que aporten al movimiento del conocer–aprender–transformar. Así definiré ciertos insumos teóricos que considero ayudarán al entendimiento de los textos, ciertamente hay muchos otros, pero espero que esta pequeña selección de conceptos ayude y/o motive a la indagación y necesaria profundización.

A) *Breve explicación de la dominación masculina*: Bourdieu, en su libro *La dominación masculina*, ofrece un material teórico que nos ayudará a comprender del orden simbólico de la Ley del Padre. Para él

“la dominación masculina, y en la manera como se ha impuesto y soportado, el mejor ejemplo de aquella sumisión paradójica, consecuencia de lo que llamo la violencia simbólica, violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento”⁵

En este sentido, la violencia simbólica, es una violencia de algún modo normalizada, en sus significados y en el intercambio de bienes simbólicos, a modo de violencia implícita. Así:

5 –Bourdieu, Pierre (2000) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. P. 11.

“el mundo social construye el cuerpo como realidad sexuada y como depositario de principios de visión y de división sexuales. El programa social de percepción incorporado se aplica a todas las cosas del mundo, y en primer lugar al cuerpo en sí, en su realidad biológica: es el que construye la diferencia entre los sexos biológicos de acuerdo con los principios de una visión mítica del mundo arraigada en la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres, inscrita a su vez, junto con la división del trabajo, en la realidad del orden social. La diferencia biológica entre los sexos, es decir, entre los cuerpos masculino y femenino, y, muy especialmente, la diferencia anatómica entre los órganos sexuales, puede aparecer de ese modo como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos, y en especial de la división sexual del trabajo”⁶

Así, la dominación masculina hace referencia a la construcción/producción no solo material y la jerarquización de los cuerpos en la organización de la sociedad, sino a la construcción simbólica, binaria y heteronormativa que organiza todos los aspectos de la sociedad. Este binarismo, atraviesa todos los aspectos de la sociedad: el trabajo, la ciencia, la educación, la salud, política, la educación, la familia, la forma en que nos subjetivamos y relacionamos. De este modo, razón, poder–violencia, determinación, confianza, intelectualidad, conocimiento, ciencia, aventura, civilización, rebeldía, acción, fuerza, independencia, son valores positivos dentro de la construcción cultural de los cuerpos y la cultura, valores atribuidos a lo masculino y corporeizado en el falo, quienes detentan el falo pueden acceder a estos recursos y se encontrarán mermados de otros que son degradados a una escala valórica inferior. Digo pueden, porque es una condición de posibilidad, un cuerpo de hombre es eso, dar una mayor posibilidad para acceder a estas cuestiones, pero habría que hacer el cruce con la etnia/raza, elecciones sexo–afectivas, y clase. En este sentido, aquellas cualidades o valores atribuidos a lo femenino, quedan degradados a un nivel inferior. Elementos como: sumisión, fragilidad, emocionalidad, necesidad de protección, cuidados, naturaleza, irracionalidad,

6 – Ibid. P. 24.

incivilizado, dificultad para la individuación, baja autoestima, dependencia, abnegación, pasividad por represión de agresividad, son atribuidos a cualidades femeninas, que en lo más explícito están considerados como mandatos de género de los cuerpos de las mujeres, pero que construyen y dan significado a un entramado de aspectos de la sociedad. Por ejemplo: en la política, espacio masculino por excelencia, donde tanto la representación de las mujeres y las ideas triunfantes son generalmente las ligadas a lo masculino –punitivas, o donde las penas contra la propiedad privada son más importantes que las que atentan contra la vida misma, como violaciones u homicidios–; o en términos más cotidianos, en esta sociedad se valora más a una mujer por ser docta, letrada, por tener una carrera, –masculino, mundo público– antes que por ser una madre cariñosa, protectora, etc. –femenino–. La paradoja está en que, dentro de esta misma sociedad, esas mujeres valoradas por su éxito en lo masculino son vilipendiadas directa o indirectamente por no cumplir con sus mandatos de género femeninos. Esta misma comprensión binaria y jerárquica de la sociedad puede aplicarse a otras construcciones sociales, por ejemplo, lo que ocurre con los pueblos originarios. Estos contruidos discursivamente a partir de las ideas de barbarie como lo incivilizado, lo irracional, lo mítico, lo cercano a la naturaleza, en otras palabras, lo femenino y como oposición a la cultura, la razón, la ciencia, lo masculino. Los conflictos medioambientales también son parte de este constructo, ya que la naturaleza es lo dominable, lo conquistable, lo irracional, lo cosificado, lo femenino: este ejemplo es más claro para comprender cómo la dominación masculina es a su vez una forma no solo de comprender el mundo, sino de actuar sobre él.

B) Sistema Sexo–Género: A lo largo de la historia, los roles sociales que (re)producen la humanidad son fruto de un entramado de situaciones, relaciones, y eslabones que se construyen socialmente desde las prácticas, las que incluyen la construcción del lenguaje y el orden simbólico. Dentro de estas construccio-

nes sociales, encontramos lo que Gayle Rubin denominó el Sistema Sexo-Género (SSG), concibiéndolo como:

“el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas”⁷

Es decir, los SSG son:

“los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas”⁸

Rubin basa su análisis en las obras de Lévi-Strauss, Freud, Marx y Engels, para develar generalidades básicas de la organización de la sexualidad humana: el tabú del incesto, la heterosexualidad obligatoria y la división social del trabajo asimétrica de los sexos, caracterizan al SSG que nos mandata. La diferencia sexual anatómica es el puntapié de partida para esta organización social jerárquica de los sexos, la que puede ser entendida como *“un tabú contra la igualdad de hombres y mujeres, un tabú que divide los sexos en dos categorías mutuamente exclusivas, un tabú que exacerba las diferencias biológicas y así crea el género”⁹*. Todo esto sugiere que esta división excluyente y binaria, *“requiere de represión tanto en hombres y mujeres, sea cual sea la versión local de rasgos ‘femeninos y masculinos’ respectivamente que se construyan en uno y otro sexo. Por tanto, tiene el efecto de reprimir algunas características de la personalidad de prácticamente todos, hombres y mujeres”¹⁰*.

7 – Rubin, Gayle (1986) *El tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política” del sexo* Nueva Antropología. México: Asociación Nueva Antropología A.C. Distrito Federal, México.

8 – Barbieri, Teresita (1993) *“Sobre la categoría género. una introducción teórico-metodológica”* en *“Revista Debates en sociología”* N° 18. P. 145-169.

9 – Rubin. Op. Cit. P. 114.

10 – Ibid. P. 115.

C) *Escisión del valor*: Se entiende que aquel trabajo que produce valor¹¹ (como valor de cambio), está en la esfera del mercado (lo público, lo masculino). Pero, existen otros elementos necesarios para la producción de este propio valor, indispensables para la reproducción de la sociedad y la vida misma, que se dan en una esfera escindida de la producción de ese valor, donde están los afectos, los cuidados, la sensualidad, etc.

*“Así de acuerdo con esto, la escisión del Valor remite a que las actividades reproductivas identificadas sustancialmente como femeninas, así como los sentimientos, los atributos y actitudes asociadas con ellas (emocionalidad, sensualidad, cuidado, etc.), están escindidos precisamente del valor/trabajo abstracto. Así pues, el contexto de vida femenino, las actividades reproductivas femeninas tienen en el capitalismo un carácter diferente al del trabajo abstracto”*¹²

Es por eso que se habla de una escisión del valor, donde todo lo que queda fuera de él es invisibilizado y no considerado como parte fundamental de la producción/reproducción de la vida misma. Considerando estos elementos, se asume que el capitalismo en su faceta neoliberal ha reforzado como necesidad fundante la dominación masculina, reestructurando y refundando los elementos simbólicos del patriarcado productor de mercancías, para poder generar plusvalía de actividades humanas que antaño no pertenecían directamente a la esfera del mercado, a la esfera del valor: todas las actividades de cuidados que comienzan a mercantilizarse a un menor valor.

En el caso chileno, desde la Dictadura, nos encontraremos con un reordenamiento del valor de las actividades humanas que antes no se encontraban valorizadas o al menos no de la forma neoliberal, es decir, que no producían valor directamente,

11 – Valor en términos de Marx. [N. de la A.]

12 – Scholz, Roswitha (2013) “El patriarcado productor de mercancías” extraído de “Constelaciones. Revista de Teoría Crítica”, ISSN 2172-9506 <<http://constelaciones-rtc.net/article/view/815/869>> [Consultado el 1 de agosto de 2017]

o, que, si lo hacían, no estaban totalizadas por la producción del valor puro, por ejemplo: la educación, la salud, las viviendas sociales, el sistema de pensiones, pues el Estado funcionaba como intermediario entre el mercado y las necesidades. Por otro lado, la Dictadura, marca un ingreso al campo laboral de las mujeres como nunca antes en la historia del país, pero así mismo, este ingreso se encuentra anclado a la pauperización de las condiciones laborales de la clase trabajadora y, además, condicionado por la dominación masculina, volviendo aún más precarias las condiciones laborales para las mujeres. Así desde la Dictadura, los “derechos sociales”¹³ que se habían obtenido desde comienzos del siglo XX quedan subsumidos al mercado junto a las diferentes reivindicaciones, entre ellas las de las mujeres, que son integradas como parte del proceso de la obtención de valor.

Hoy nos vemos enfrentados a la catástrofe de la actual descomposición social mundial: el derrumbe de los sectores medios, la desintegración a diferentes velocidades del proletariado por la tecnologización de los sectores productivos, la precarización del trabajo, el escenario de la posmodernidad neoliberal, la proliferación de identificaciones atomizadas e individualizadas, etc. En este contexto, requerimos como nunca antes herramientas teóricas que nos tensionen y que promuevan nuevas luces. En este sentido, y adelantándome un poco a las conclusiones de Scholz, podremos observar en sus análisis como el sesgo de género nos impidió ver que finalmente, la gran contradicción fundamental del capital no es la del capital v/s trabajo, sino que la del capital v/s vida. El Capitalismo está en contra de la vida misma, la depreda, la devora, la consume por la “razón/producción del mercado”.

13 –Con esto, aclaro, no estoy haciendo una apología al Estado, solo se trata de un análisis histórico que permite comprender el juego y el movimiento de piezas del neoliberalismo. Por lo tanto, no se plantea este análisis desde la lógica de la “nostalgia estatal” [N. de la A.].

Finalmente, y si las formas de pensamiento son resultado de relaciones sociales, pues ¡vamos, que en este derrumbe no está todo perdido!, ¡vamos a buen puerto! Sí estamos teorizando esto, es porque de algún modo en nuestras relaciones sociales ya está pasando algo distinto, algo estamos haciendo, o en palabras de Gilles Dauvé: *“en realidad, el comunismo es la prolongación de necesidades reales que se manifiestan desde hoy pero que no llegan a buen término ni encuentran su verdadera satisfacción porque la situación actual lo impide. Hay ya desde ahora todo un conjunto de prácticas, de gestos, de actitudes mismas, comunistas: no sólo expresan un rechazo global del mundo actual, sino sobre todo un esfuerzo para, a partir de él, construir otro”*¹⁴. Y con ello pequeñas y minúsculas prefiguraciones están viviéndose por ahí, hay que potenciarlas, y, porque no, crear nuevas formas del germen de lo que es y de lo que puede llegar a ser.

Emelina Valdés

14 – Dauvé, Gilles: “Capitalismo y Comunismo”. Extraído de: <https://artilleriainmanente.noblogs.org/post/2016/04/20/gilles-dauve-capitalismo-y-comunismo/?fbclid=IwAR1LTiX9RiVzFs6oLov4ONRs3FO2GwYUY3nurKkMzNRsr-Dk-jnSv-aVjY>

EL PATRIARCADO PRODUCTOR DE MERCANCÍAS

Tesis sobre capitalismo y relaciones de género¹⁵



En los años 90, tras el colapso del bloque soviético, las corrientes culturalistas y diferencialistas alcanzaron gran notoriedad en los estudios feministas, que terminarían mutando en estudios de género. Las concepciones marxo-feministas, que habían sido determinantes en la discusión hasta finales de los 80, quedaron en un segundo plano. Entretanto, a causa de la creciente deslegitimación del Neoliberalismo en una crisis cada vez más aguda (precariado, desclasamiento, Hartz IV en la República Federal Alemana, etc. — ¡las españolas y los españoles podrían decir mucho respecto a todo esto!), los diferentes marxismos vuelven a cobrar fuerza.

A la ideología que dominó desde mitad de los años 80 hasta los años 90, que sostenía que nos encontrábamos ante una “confusión de los sexos”, le ha seguido un desengaño. Resulta patente que no se ha avanzado tanto en la tan ensalzada igualdad de los sexos y que el “juego deconstructivista con los signos” no ha aportado gran cosa.

El “redescubrimiento” de la teoría marxista, por un lado, y la comprensión de que el feminismo no se ha vuelto de ninguna manera anacrónico y superfluo, aunque ya no pueda continuarse en la senda de las variantes de las últimas décadas, exigen ahora, desde mi punto de vista, un nuevo marco teórico marxo-feminista que permita dar cuenta de la evolución actual después del final del “socialismo real” y del avance de la crisis mundial del capitalismo. Pues resulta evidente que en el siglo XXI no es posible enlazar sin solución de continuidad con las concepciones marxistas tradicionales. Sin desarrollo crítico tampoco es posible una conexión directa con aquellas teorías en las que yo misma me voy a apoyar en parte en lo que si-

gue, como por ejemplo la “Teoría Crítica” de Adorno, aunque en esas investigaciones, según mi parecer, se ofrezcan importantes aportaciones para una teoría del presente que plantee una crítica del patriarcado. Así pues, hay que modificar también algunos planteamientos que se han apoyado en Adorno y en la Teoría Crítica en general en el debate feminista de los últimos 20 años. Sin embargo, esto es algo que no podré abordar aquí de manera detallada¹⁶.

En lugar de eso, desearía presentar algunos aspectos de la teoría de las relaciones de género que defiendo, de la teoría de la escisión del valor, que he elaborado a partir de la confrontación con las mencionadas concepciones teóricas. Las relaciones de género asimétricas actuales, tal como mostraré, ya no pueden ser analizadas en el sentido de las relaciones de género “clásicas” propias de la modernidad; sin embargo, resulta imprescindible alcanzar una comprensión clara de los orígenes de la historia de modernización. El punto de referencia teórico es, además de la mencionada “Teoría Crítica” de Adorno, una nueva teoría crítico-fundamental del “valor” y del “trabajo abstracto” como desarrollo de la Crítica de la Economía Política de Marx, cuyos representantes más prominentes en las últimas décadas han sido Robert Kurz y, en parte, Moishe Postone¹⁷. Pretendo dar un giro feminista a sus planteamientos. En ese contexto abordo también ciertas tendencias de la individualización posmodernas.

16 – Cf. sobre esto, Scholz, Roswitha (2000) *Das Geschlecht des Kapitalismus. Feministische Theorien und die post-moderne Metamorphose des Patriarchats*. Bad Honnef: Horlemann; Scholz, Roswitha: “Die Theorie der geschlechtlichen Abspaltung und die Kritische Theorie Adornos”, en Kurz, R. / Scholz, R./ Ulrich, J. (2005) *Der Alptraum der Freiheit, Perspektiven radikaler Gesellschaftskritik*. Ulm/Blau-beuren: Ulmer Manuskripte.

17 – Cf. Kurz, Robert (1991) *Der Kollaps der Modernisierung. Vom Zusammenbruch des Kasernensozialismus zur Krise der Weltökonomie*. Frankfurt a. M.: Eichborn; Kurz, Robert (1999) *Schwarzbuch Kapitalismus. Ein Abgesang auf die Marktwirtschaft*. Frankfurt a. M.: Eichborn; Postone, Moishe “National-sozialismus und Antisemitismus. Ein theoretischer Versuch”, en Diner, D. (ed.) (1988) *Zivilisationsbruch. Denken nach Auschwitz*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp; Postone, Moishe (2006) *Tiempo, trabajo y dominación social*. Madrid: Marcial Pons.

1 – De acuerdo con la comprensión de la crítica del valor, lo que está en el punto de mira de la crítica no es la llamada plusvalía como un fenómeno aislado, es decir, la explotación del trabajo determinada desde fuera por el capital, considerado éste como relaciones jurídicas de propiedad, sino la forma del valor misma, es decir, el carácter social del sistema productor de mercancías y, con ello, la forma de actividad del trabajo abstracto. Según esto, el “trabajo” sólo surge en el capitalismo, vinculado a la universalización de la producción de mercancías, y no debe ser ontologizado. En cuanto mercancías, los productos representan el “trabajo abstracto pasado” y, por lo tanto, el “valor”, es decir, representan una determinada cantidad (reconocida en el mercado como la socialmente válida) de energía humana gastada. Y esa “representación” se expresa a su vez en el dinero en cuanto mediador universal y, al mismo tiempo, fin en sí mismo en la forma del capital.

De ese modo las personas aparecen desprovistas de su carácter social y la sociedad como constituida por cosas mediadas a través de la cantidad abstracta de valor. El resultado es la alienación de los miembros de la sociedad, pues su propia socialidad se constituye a través de sus productos, esto es, a través de cosas muertas, desvinculadas en la forma de representación social de cualquier contenido concreto y sensorial. A esta problemática se refiere el concepto de fetichismo.

En las sociedades premodernas, por el contrario, se producía bajo otras relaciones de dominación (personales en vez de cosificadas por la forma de la mercancía) y principalmente para el uso, y ciertamente esto era así tanto en el ámbito agrario como en el de la artesanía, que contaba con leyes gremiales especiales que excluían una pretensión abstracta de obtener ganancia. El intercambio de mercancías premoderno, muy limitado, no se producía a través del mercado en sentido moderno, marcado por relaciones de competencia. En esa época no puede hablarse de una “totalidad” social como hoy, en la que el

dinero y el valor se han convertido en el abstracto fin en sí mismo de la revalorización del capital. En la modernidad de lo que se trata es de hacer más dinero a partir del dinero y, por tanto, de generar “plusvalía”; pero no como mera meta subjetiva de enriquecimiento, sino como referencia sistémica del valor a sí mismo de carácter tautológico. Marx habla en este sentido del “sujeto automático”. Las necesidades humanas pasan a ser secundarias y la misma fuerza de trabajo se convierte en mercancía; es decir, la capacidad humana de producción se vuelve una capacidad heterodeterminada, aunque no en el sentido de una dominación personal, sino en el sentido de unos mecanismos anónimos ciegos. Sólo por esta razón las actividades productivas se ven forzadas a adoptar la forma de trabajo abstracto. Finalmente, con el despliegue del capitalismo, la totalidad de la vida a lo largo y ancho del planeta se ve configurada por el automovimiento del dinero, y en conexión con esto el trabajo abstracto, que surge solo con el capitalismo, aparece como si fuera algo ahistórico, como un principio ontológico.

Frente a ese nexo sistémico, el marxismo tradicional sólo problematizó la apropiación jurídica de la plusvalía por la “clase de los capitalistas”. La crítica del capitalismo y las concepciones de una sociedad postcapitalista se limitaban, por tanto, a la meta de un “reparto justo” dentro de un sistema productor de mercancías y de sus formas no superadas.

Hoy ese planteamiento se revela inapropiado para una renovación de la crítica del capitalismo, porque había hecho suyos todos los principios fundamentales de socialización capitalista, especialmente las categorías del valor y del trabajo abstracto. Esas categorías fueron malinterpretadas como condiciones suprahistóricas de la humanidad. Así pues, desde la perspectiva de una crítica radical del valor, también el socialismo “real” del pasado es contemplado como un sistema productor de mercancías propio de un proceso de “modernización rezagada” en el Este y el Sur por medio de burocracias estatales; sistema

que, a través de la mediación de los procesos de los mercados globales y de la competición con occidente por desarrollar las fuerzas productivas en el nivel postfordista del desarrollo capitalista, no tuvo más remedio que colapsar¹⁸. Desde entonces, como consecuencia de la crisis y de la globalización, se desmantelan las reformas sociales.

2 – Desde mi punto de vista, con el valor o el trabajo abstracto no queda suficientemente especificada la forma fundamental del capitalismo en cuanto relación fetichista. También habría que dar cuenta del hecho de que en el capitalismo se producen actividades reproductivas que realizan sobre todo las mujeres. De acuerdo con esto, la escisión del valor remite a que las actividades reproductivas identificadas sustancialmente como femeninas, así como los sentimientos, los atributos y actitudes asociadas con ellas (emocionalidad, sensualidad, cuidado etc.), están escindidos precisamente del valor/trabajo abstracto. Así pues, el contexto de vida femenino, las actividades reproductivas femeninas tienen en el capitalismo un carácter diferente al del trabajo abstracto; por tanto, no se las puede subsumir sin más bajo el concepto de trabajo. Se trata de un aspecto de la sociedad capitalista que no puede ser captado a través del instrumental conceptual marxiano. Ese aspecto se establece junto con el valor, pertenece a él necesariamente; pero, por otro lado, se encuentra fuera de él y, por ello, es también su condición previa. En ese contexto me sirvo de una idea de Frigga Haug, que afirma que en la modernidad existe, por un lado, una “lógica de ahorro del tiempo” que pertenece principalmente a la esfera de la producción, a la “lógica del desgaste de la economía empresarial” (Robert Kurz), y, por otro, una “lógica del gasto del tiempo”, que se corresponde con el ámbito de la reproducción, aunque por lo demás Haug está más bien vinculada a planteamientos veteromarxistas¹⁹.

18 – Cf. con más precisión al respecto Kurz, Robert, *Der Kollaps der Modernisierung*, op. cit.

19 – Haug, Frigga: “*Knabenspiele und Menschheitsarbeit. Geschlechterverhältnisse als Produktionsverhältnisse*”, en Haug, F. (1996) *Frauen-Politiken*. Berlin: Argument.

Valor y escisión se encuentran en una relación dialéctica entre ambos. No puede derivarse uno de otro, sino que ambos momentos se presuponen mutuamente.

Por tanto, la escisión del valor puede ser concebida como una lógica superior, que va más allá de las categorías propias de la forma de la mercancía. En este sentido ha de alcanzarse una comprensión de la socialización (fetichista), y justamente no sólo a través del “valor”.

Sin embargo, es preciso subrayar que la sensualidad en el ámbito de la reproducción –aparentemente dada de forma inmediata–, el consumo y las actividades que le rodean, así como las necesidades que se satisfacen en estas esferas, se han constituido históricamente, incluso desde el trasfondo de la disociación del valor como proceso global. No deben ser malinterpretadas como esferas naturales y carentes de mediaciones, aunque el comer, el beber, el amar, etc. no se disuelvan en simbolizaciones, tal como afirman los constructivistas vulgares.

Sin embargo, hay otro sentido en el que no basta con quedarse en las categorías de la crítica de la Economía Política. La escisión del valor implica una relación específica de carácter psicosocial. Determinadas propiedades consideradas de menor valor (la sensualidad, la emocionalidad, la debilidad de carácter y de entendimiento, etc.) se atribuyen a la mujer y quedan así disociadas del sujeto moderno–masculino. Este tipo de atribuciones específicas de género caracterizan de manera esencial el orden simbólico del patriarcado productor de mercancías. De ahí que, a la hora de analizar las relaciones de género capitalistas, haya que tener en cuenta, además del factor de la reproducción material, tanto la dimensión psicosocial como la dimensión cultural y simbólica. Porque en estos planos de la existencia la escisión del valor se revela un principio formal del patriarcado productor de mercancías.

3 – En mi opinión, el análisis teórico de la relación asimétrica de los sexos ha de limitarse a la modernidad y la postmodernidad. Esto no quiere decir que esa relación no posea una historia premoderna; sin embargo, con la universalidad de la forma de la mercancía alcanzó una cualidad completamente nueva. Las mujeres han de responsabilizarse ante todo del ámbito de la reproducción, menos valorado socialmente y no representable en dinero, mientras que los hombres se ocupan de la esfera de la producción capitalista y del ámbito público. Con ello se rebaten las concepciones que ven las relaciones de género en el capitalismo como un “residuo” precapitalista. Así, por ejemplo, la familia nuclear tal como la conocemos no aparece hasta el siglo XVIII, del mismo modo que la constitución de dos esferas –pública y privada— como las conocemos hoy sólo surge con la modernidad. Con ello quiero decir que en esa época no sólo comienza su curso la producción capitalista de mercancías, sino que más bien se puso en marcha una dinámica social que tiene la relación de escisión del valor como principio fundamental.

4 – Así, de nuevo con F. Haug, parto de que el patriarcado productor de mercancías debe ser concebido como un modelo civilizatorio, pero modifico sus consideraciones siguiendo la teoría de la escisión del valor²⁰. Como es sabido, el orden simbólico del patriarcado productor de mercancías se caracteriza por los siguientes presupuestos: la política y la economía son atribuidos al varón; se asume que la sexualidad masculina es algo propio de un sujeto activo, es agresiva, violenta, etc. Las mujeres, por el contrario, funcionan como puros cuerpos. “El varón” es visto, así como hombre/espiritual/vencedor del cuerpo; la mujer, por el contrario, como no-hombre, como cuerpo. La guerra tiene connotación masculina, por el contrario, las mujeres son consideradas como pacíficas, pasivas, indecisas, estúpidas. Los varones han de aspirar a la gloria, a la valentía, a las obras inmortales. A las mujeres está confiado el cuidado de los individuos y de la humanidad. Al mismo tiempo, sus ac-

20 – Cf. Haug, Frigga. *Frauen-Politiken*, op. cit., P. 229 y siguientes.

tos son minusvalorados y dejados de lado en la formación de la teoría, mientras en la sexualización de la mujer está incluida su subordinación al hombre e inscrita su marginación social. El varón se concibe como un héroe y como alguien trabajador. De esta forma la naturaleza ha de ser sometida y dominada de manera productiva. El varón siempre se encuentra compitiendo con otros.

Esta concepción también determina las imágenes sobre el orden de las sociedades modernas en su conjunto. Más todavía: la capacidad de rendimiento y la disposición hacia él, el gasto racional, económico y efectivo del tiempo, determinan el modelo civilizatorio, también en sus estructuras objetivas como entramado global, en sus mecanismos y en su historia, así como las máximas de acción de los individuos. Por tanto, podría hablarse de manera algo exagerada del género masculino como del “género del capitalismo”; y, desde este trasfondo, cabría decir que una comprensión dualista de masculinidad y feminidad es la concepción dominante del género en la modernidad. El modelo civilizatorio productor de mercancías tiene su condición de posibilidad en la opresión de las mujeres, en su marginalización, así como en una postergación de lo social y de la naturaleza. Por eso las dicotomías sujeto–objeto, espíritu–naturaleza, dominación–sometimiento, varón–mujer, etc., son dicotomías típicas y oposiciones antagónicas del patriarcado productor de mercancías²¹.

Sin embargo, en este contexto es necesario evitar algunos malentendidos. En este sentido, la escisión del valor debe ser entendida como un meta–nivel, dado que se trata de una teoría que se mueve en un plano de abstracción muy elevado. Para los individuos empíricos esto significa que no pueden sustraerse a los patrones socio–culturales de la cultura ni tampoco se agotan en ellos. Por otra parte, las representaciones de género están sometidas al cambio histórico, como veremos a continua-

21 – Cf. Haug, F., *ibidem*.

ción. De ahí que haya que alertar frente a una interpretación simplificadora de la teoría de la escisión del valor, ya sea según el modelo de la “nueva feminidad”, que conocemos a partir del feminismo de la diferencia de los años 80, ya sea en el sentido de un nuevo “principio Eva”, como se propaga en los últimos tiempos desde posiciones conservadoras²².

En todo esto no hay que perder de vista que el trabajo abstracto y el trabajo doméstico, así como los correspondientes patrones culturales de masculinidad y feminidad se condicionan mutuamente. carece de sentido preguntar aquí qué fue primero, si el huevo o la gallina. Las deconstructivistas recurren a un planteamiento no dialéctico de este tipo cuando insisten en que masculinidad y feminidad debieron ser generadas “ante todo” culturalmente, “antes” de que se produjera un reparto de las actividades por sexos²³; pero también lo hace F. Haug cuando presupone frente a esto, de manera ontologizadora, que a lo largo de la historia (de la humanidad) las significaciones culturales se fueron fijando sobre la base de una previa división del trabajo por sexos, que en el fondo es pensada como “base”²⁴.

5 – Desde el punto de vista de la teoría de la escisión del valor tampoco se puede asumir el primado del plano material de la división del trabajo por géneros/sexos, como hace el esquema tradicional de base–superestructura. Más bien hay que colocar los factores materiales, simbólico-culturales y psicosociales en el mismo nivel de relevancia. La dimensión simbólico–cultural, esto es, cómo se forman las representaciones colectivas sobre qué son los hombres y las mujeres, se puede desentrañar, por ejemplo, por medio de los análisis del discurso siguiendo a Fou-

22 – Herman, Eva (2006) *Das Eva-Prinzip. Für eine neue Weiblichkeit*. München: Pendo.

23 – Cf. Gildemeister, Regine/Wetterer, Angelika: “Wie Geschlechter gemacht werden. Die soziale Konstruktion von Zweigeschlechtlichkeit und ihre Reifizierung in der Frauenforschung”, en Gildemeister, R./Wetterer, A. (eds.) (1992) *Traditionen Brüche. Entwicklungen feministischer Theorie*. Freiburg i. Br.: Kore. P. 214 y siguientes.

24 – Cf. Haug, Frigga: *Frauen–Politiken*, op. cit., P. 127 y siguientes.

cault²⁵. El lado psicosocial del ser varón, del ser mujer y de la constitución patriarcal-capitalista de los individuos puede ser captada con un instrumentario psicoanalítico. De esta manera se hace visible que en el niño varón, que más tarde será dominante, ha de producirse una desidentificación con la madre y de esta manera una escisión/represión de lo femenino para poder formar una identidad masculina. Por el contrario, la chica debe identificarse con la madre para adquirir una identidad femenina y estar dispuesta a asumir una posición subordinada no sólo en el ámbito doméstico. Esto tiene validez al menos para la modernidad clásica. Lo que habría que investigar es lo que pasa cuando la familia nuclear se disuelve²⁶.

En esta confrontación se trata, sobre todo, de mostrar tanto las limitaciones de determinadas concepciones (por ejemplo, la imagen behaviorista del ser humano, el positivismo, la ontología del poder de Foucault), como al mismo tiempo entender su razón de ser en una sociedad cosificada, dispar y fragmentada. Por tanto, la integración de las diversas concepciones en un planteamiento de crítica de la escisión del valor no puede proceder por deducción lógica. Precisamente en la postmodernidad tienen que cuestionarse con Adorno las unificaciones teóricas coactivas. Más bien se trata de “*sintetizar sin sistematizar de manera unidimensional*”, y ciertamente sin nivelar las premisas epistemológicas, como dice acertadamente la discípula de Adorno, Regina Becker-Schmidt -aunque por otro lado su planteamiento se diferencie de la teoría de la escisión del valor²⁷.

25 – Como hacen los trabajos de Landweer, Hilge (1990) *Das Martyrerinnenmodell. Zur diskursiven Erzeugung weiblicher Identität*. Pfaffenweiler: Centaurus; Honegger, Claudia (1991) *Die Ordnung der Geschlechter. Die Wissenschaften vom Menschen und das Weib 1750–1850*. Frankfurt a. M.: Campus; Duden, Barbara (1987) *Geschichte unter der Haut. Ein Eisenacher Arzt und seine Patientinnen um 1730*. Stuttgart: Klett-Cotta.

26 – Cf. por ejemplo Chodorow, Nancy (1999) *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley: University of California Press [trad. esp.: (1984) *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y la paternidad en la crianza de los hijos*, Barcelona: Gedisa].

27 – Becker-Schmidt, Regina: “*Frauen und Deklassierung. Geschlecht und Klasse*”, en (1987) *Klasse Geschlecht. Feministische Gesellschaftskritik und Wissenschaftskritik*. Bielefeld: AJZ. P. 214.

6 – Tal como se ha mostrado, en el patriarcado productor de mercancías moderno se constituye un ámbito público que abarca diferentes esferas (economía, política, ciencia, etc.) y un ámbito privado, y las mujeres son asignadas fundamentalmente al ámbito privado. Los diferentes ámbitos son, por un lado, relativamente autónomos, pero, por otro lado, se condicionan mutuamente; se encuentran en una relación dialéctica entre sí. Lo decisivo aquí es que la esfera privada no puede ser concebida como algo que se deriva del “valor”, sino que es un ámbito escindido. Es necesaria una esfera a la que desplazar actividades como la protección, el cuidado, el “amor”, que se contraponen a la lógica del valor, a la lógica de ahorro del tiempo, con su moral de competitividad, beneficio, rendimiento, etc. Desde esa relación entre la esfera privada y el ámbito público se explica también la existencia de alianzas masculinas que se basan en la aversión hacia lo “femenino”. Así, todo el Estado y la política están constituidos desde el siglo XVIII sobre los principios de libertad, igualdad y fraternidad como alianzas masculinas.

Con ello no pretendo decir que el patriarcado “queda fijado” en unas esferas disociadas de esta forma. Las mujeres, por ejemplo, actuaron en ámbitos laborales desde el principio. Sin embargo, también aquí se pone de manifiesto la escisión: las mujeres ocupan posiciones menos valoradas en la esfera pública, ganan menos que los varones y, a pesar de Angela Merkel & Co., para ellas el camino hacia las posiciones dirigentes no está sin más despejado. Todo esto apunta a la escisión del valor como principio formal universal de la sociedad (no divisible mecánicamente en esferas) en un nivel de abstracción más elevado. Esto significa que el efecto de la escisión del valor pasa a través de todos los niveles y ámbitos y, por tanto, también a través de los diferentes ámbitos de la esfera pública.

7 – De esta manera, desde la perspectiva de la teoría de la escisión del valor, resulta inaceptable el procedimiento que sigue la lógica de la identidad, que disuelve todo en el concepto,

en la estructura, y subsume lo no unívoco, y lo hace tanto en lo que respecta a la traslación de mecanismos, estructuras y rasgos del patriarcado productor de mercancías a sociedades no productoras de mercancías, como en lo que afecta a una unificación de los diferentes niveles, esferas y ámbitos dentro del mismo patriarcado productor de mercancías, ignorando las diferencias cualitativas. Frente a esto hay que partir de la relación de escisión del valor en cuanto estructura básica de la sociedad, que se corresponde con el pensamiento androcéntrico-universalista de la lógica de la identidad, y no partir simplemente del valor. Pues lo decisivo no es meramente que sea un tercero común —prescindiendo de las diferentes cualidades—, el tiempo de trabajo medio, el tiempo abstracto, lo que en cierto modo está tras la forma de equivalencia del dinero; más bien es necesario además que el valor, por su parte, considere que el trabajo doméstico y todo lo que se refiere al mundo de la vida, a lo sensual, lo emocional, lo no conceptual o lo no unívoco tiene menos valor y lo excluya.

No obstante, la escisión no coincide completamente con lo no-idéntico en Adorno; representa más bien el reverso oscuro del valor mismo. De este modo, la escisión es la condición de posibilidad de que lo contingente, lo no-habitual, lo no-analítico y lo que no es comprobable con medios científicos no sea tomado en consideración suficientemente en los ámbitos de la ciencia, la política y la economía dominados por los varones, de modo que lo que lleva la voz cantante es el pensamiento clasificador que no puede captar la cualidad singular, la cosa misma, y no es capaz de percibir y preservar las diferencias, rupturas, ambivalencias, discronicidades, etc. que las acompañan.

Sin embargo, esto también significa, por su parte, que en la “*sociedad completamente socializada*” del capitalismo —por usar aquí una formulación de Adorno— los mencionados niveles y ámbitos no se relacionan entre sí como niveles y ámbitos “reales” en un sentido puramente irreductible, sino que en la

misma medida deben ser considerados en su vinculación objetiva “interna”, como corresponde al plano basal de la escisión del valor en cuanto principio formal de la totalidad social, que constituye la sociedad en cuanto tal, tanto en el plano esencial como en el plano fenoménico. Al mismo tiempo la teoría de la escisión del valor es consciente siempre de sus limitaciones como teoría.

8 – El cuestionamiento que la teoría de la escisión del valor hace de sí misma llega hasta el punto de poner coto a su absolutización como principio formal de la sociedad. Aquello que se corresponde con su concepto no puede ser elevado a “contradicción principal”. Pues según mi exposición hasta aquí, la teoría de la escisión del valor, del mismo modo que la teoría del valor, no puede postularse como “monológica”. Sólo se mantiene fiel a sí misma en su crítica de la lógica de la identidad, y no puede sostenerse más que relativizándose y, allí donde es necesario, incluso desmintiéndose. Y eso quiere decir también que la teoría de la escisión del valor ha de hacer sitio a otras formas de discriminación social (disparidades económicas, ser víctima de racismo y antisemitismo) y tratarlas en igualdad de condiciones a nivel teórico. No puedo desarrollar aquí esta idea, que en algún sentido quizás pueda parecer algo críptica²⁸, y he de limitar mi exposición a la relación de género moderna en sentido estricto.

9 – Según las premisas epistemológicas de la crítica de la escisión del valor no puede adoptarse ninguna forma de consideración lineal cuando se trata de analizar la evolución patriarcal bajo la forma de la mercancía en las diferentes regiones del mundo. Esa evolución no se ha producido en todas las sociedades del mismo modo, y ha permitido incluso la existencia de

28 – Cf. más ampliamente sobre todo Scholz, Roswitha (2005) *Differenzen der Krise–Krise der Differenzen. Die neue Gesellschaftskritik im globalen Zeitalter und der Zusammenhang von Rasse, Klasse, Geschlecht und postmoderner Individualisierung*. Bad Honnef: Horlemann.

sociedades (antaño) simétricas desde el punto de vista de los sexos que hasta el día de hoy no han asumido las relaciones de género modernas o no lo han hecho completamente²⁹; pero también habría que dar cuenta de relaciones patriarcales “tejidas de otra manera”, que en el curso del desarrollo del mercado global se han solapado con las del patriarcado cosificado moderno–occidental, sin haber perdido completamente su especificidad.

En este contexto hay que tener en cuenta que las relaciones de género y las concepciones de masculinidad y feminidad tampoco se representan de la misma manera en la historia occidental moderna. Se impone constatar que tanto el concepto moderno de trabajo como también el dualismo de género son productos de la evolución específica hacia el capitalismo y que ambos van de la mano.

El “sistema de sexualidad dual” moderno (Carol Hagemann–White) no se formó hasta el siglo XVIII, y sólo entonces se llegó a una “polarización de los caracteres de género” (Karin Hausen); hasta ese momento las mujeres eran consideradas más bien una variante más del ser varón. Por esta razón, en la ciencias sociales e históricas de los últimos quince años se parte de la institución de un “modelo mono–género” en las sociedades pre–burguesas. Por ejemplo, la vagina se percibía como un pene vuelto hacia adentro³⁰. Aunque también entonces las mujeres eran consideradas inferiores, hasta que no se formó una esfera pública moderna a gran escala, tuvieron muchas posibilidades de tener influjo a través de vías informales. En sociedades premodernas o de la modernidad temprana el varón ocupaba más bien una posición de privilegio simbólica. A las

29 – Cf. por ejemplo Weiss, Florence: “Zur Kulturspezifität der Geschlechterdifferenz und des Geschlechterverhältnisses. Die Iatmul in Papua-Neuguinea”, en Becker-Schmidt, R./Knapp, G. A. (1995) *Das Geschlechterverhältnis als Gegenstand der Sozialwissenschaften*. Frankfurt a. M.: Campus.

30 – Laqueur, Thomas W. (1996) *Auf den Leib geschrieben. Die Inszenierung der Geschlechter von der Antike bis Freud*. München: dtv.

mujeres aún no se las definía exclusivamente como amas de casa o madres, como sí ocurriría a partir del siglo XVIII. En las sociedades agrarias la contribución femenina a la reproducción material se consideraba tan importante como la del varón³¹. Si bien las relaciones de género modernas, con las correspondientes atribuciones de género polarizadas, estuvieron limitadas inicialmente a la burguesía, con la generalización de la familia nuclear se fueron extendiendo poco a poco a todas las capas y clases con el último impulso de desarrollo fordista en los años 50.

10 – Por tanto, la escisión del valor no es una estructura rígida al estilo de las de algunos modelos estructurales en sociología, sino un proceso. De ahí que no pueda ser concebida de manera estática y como si fuera siempre igual. En la postmodernidad presenta a su vez un nuevo rostro. Se da por hecho que las mujeres están “doblemente socializadas” (Regina Becker-Schmidt), es decir, son responsables al mismo tiempo de la familia y la profesión, incluso en los cambios biográficos. Pero lo nuevo no es el hecho en sí –una buena parte de las mujeres siempre ejerció de alguna manera una profesión–, sino que ha llegado a ser consciente en el curso de las transformaciones de las últimas décadas y de las contradicciones estructurales que las acompañan, como se ha señalado, en este terreno es preciso partir de una dialéctica entre individuo y sociedad: por un lado, los individuos no se agotan nunca en las estructuras objetivas y en los modelos culturales, sin embargo, por otro lado, sería erróneo asumir que esas estructuras y modelos se les imponen de manera puramente exterior; de modo que las contradicciones de la “doble socialización” solo resultan visibles con la diferenciación del rol de la mujer, resultante de las tendencias individualizadoras de la postmodernidad. Los análisis actuales del discurso fílmico, publicitario, literario, etc. po-

31 – Cf. Heintz, Bettina/Honegger, Claudia: “Zum Strukturwandel weiblicher Widerstandsformen im 19. Jahrhundert”, en Heintz, B./Honegger, C. (eds.) (1981) *Listen der Ohnmacht. Zur Sozialgeschichte weiblicher Widerstandsformen*. Frankfurt a. M.: Europäische Verlagsanstalt.

nen de manifiesto que desde hace ya tiempo las mujeres no son percibidas primariamente como amas de casa y madres.

Por ello no sólo resulta inútil la asunción del deber de deconstruir el dualismo de género moderno por parte de los movimientos Queer, cuya teórica de referencia clásica es Judith Butler, sino también muy cuestionable. Estos movimientos consideran que la subversión interna del dualismo de género burgués a través de prácticas paródicas repetitivas, como se pueden encontrar en las subculturas gay y lésbica, ofrece una posibilidad de desacreditar radicalmente la identidad sexual moderna³². Sin embargo, el problema es que aquí la caricaturización desacredita algo que en sentido capitalista ya se ha vuelto obsoleto. Hace ya tiempo que se han producido “deconstrucciones reales”, observables por ejemplo en la “doble socialización” de las mujeres, pero también en el vestir y en el comportamiento de hombres y mujeres, etc., sin que por ello haya desaparecido la jerarquía de género. En lugar de cuestionar las concepciones de género clásicamente modernas y las postmodernas modificadas o flexibilizadas, Butler se limita a confirmar la mala realidad postmoderna (de los géneros). De modo que la concepción culturalista de Butler no da respuesta alguna a las cuestiones actuales, sino que más bien su gesto progresista presenta como solución el auténtico problema de las relaciones de género jerárquicas en la postmodernidad –problema que también se muestra en la mujer (pseudo)hermafrodita.

Entretanto se intenta enriquecer la *Queer-Theory* con una perspectiva material, especialmente en el sentido de una dimensión de cuidados. En mi opinión esto no supone ningún avance. No se trata de entremezclar de manera aparentemente sencilla ambos planteamientos; más bien habría que plantear todo el análisis desde un nuevo fundamento, esto es, desde la teoría

32 – Butler, Judith (1991) *Das Unbehagen der Geschlechter*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.

de la escisión del valor, que también permite una crítica de la denominada heteronormatividad y permite descifrar lo queer como una reelaboración de la contradicción adaptada al capitalismo y que no rebasa su inmanencia. A veces se tiene la impresión de que en estos círculos las identidades transgénero casi se confunden con la realización del ideal del “hombre nuevo”. Sin embargo, es de suponer que esto no tiene tanto que ver con esas identidades y con las discriminaciones correspondientes como con los intereses mismos de una cultura del dominio hetero que ha cambiado de orientación.

11 – Lo decisivo en la definición de la relación de género post-moderna es insistir en la dialéctica entre esencia y apariencia. Es decir, las transformaciones de la relación de género deben ser interpretadas a partir de los mecanismos y estructuras de la escisión del valor, que en cuanto principio formal determina todos los planos sociales. El desarrollo de las fuerzas productivas y la dinámica del mercado, que justamente se basan en la escisión del valor, socavan sus propios presupuestos al provocar que las mujeres se distancien en buena medida de su rol tradicional. De este modo, desde los años 50, cada vez más mujeres se han incorporado al ámbito del trabajo abstracto y a los procesos asalariados entre otras razones condicionadas por los procesos de racionalización de las tareas del hogar, la posibilidad de la contracepción, la igualación con los hombres a nivel formativo, la actividad profesional añadida de las madres, etc., como ha mostrado sobre todo Ulrich Beck³³. A este respecto, ciertamente, la “doble socialización” de las mujeres ha adquirido una nueva cualidad.

Aunque buena parte de las mujeres se ha integrado en la sociedad “oficial”, ellas siguen siendo responsables de las tareas domésticas y de los niños, tienen que luchar más que los varones

33 – Beck, Ulrich (1986) *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp. P. 174 y siguientes [Trad. esp. (2006) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós, Barcelona].

para llegar a las posiciones sociales más altas, su salario medio sigue siendo inferior al de los hombres, etc. Con todo ello la estructura de la escisión del valor se ha transformado, pero sigue existiendo en lo fundamental. En ese contexto hay indicios que señalan que probablemente nos movemos hacia un “modelo mono-género”, en el cual las mujeres son hombres, sólo que de otra manera. Un modelo, sin embargo, que ha transitado a través del proceso clásico-moderno de escisión del valor; y por ello tiene un rostro diferente que en tiempos pre-modernos³⁴.

Las viejas relaciones de género burguesas ya no se ajustan al “turbocapitalismo” con su exigencia rigurosa de flexibilidad; esto lleva a la formación de flexi-identidades coactivas que se siguen caracterizando de manera diferente según los géneros³⁵. La vieja imagen de la mujer se ha vuelto obsoleta, la mujer “doblemente socializada” está a la orden del día. Más todavía: los nuevos análisis sobre el tema “globalización y relaciones de género” sugieren la conclusión de que después de un tiempo en el que parecía (o quizá fue realmente así) que las mujeres habían conquistado cada vez más espacios de libertad dentro del sistema, las tendencias de la globalización han llevado a un embrutecimiento salvaje del patriarcado. Por supuesto, en este sentido hay que tomar en consideración los diferentes contextos socio-culturales en las distintas regiones del mundo. También hay que tener en cuenta que, si triunfa una lógica de ganadores y perdedores que amenaza con tragarse incluso a los ganadores a causa del hundimiento de la clase media³⁶, las

34 – Cf. también Hauser, Kornelia: “Die Kulturbildung der Politik. Anti-Political-Correctness als Deutungskampf gegen den Feminismus”, en Bundeszentrale für politische Bildung (ed.) (17 Mai 1996) *Aus Politik und Zeitgeschichte. Beilage zur Wochenzeitung Das Parlament*.

35 – Cf. Schultz, Irmgard (1994) *Der erregende Mythos vom Geld. Die neue Verbindung von Zeit, Geld und Geschlecht im Ökologiezeitalter*. Frankfurt a. M.: Campus; Wichterich, Christa (1998) *Die globalisierte Frau. Berichte aus der Zukunft der Ungleichheit*, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt.

36 – Kurz, Robert: “Das letzte Stadium der Mittelklasse. Vom klassischen Kleinbürgertum zum universellen Humankapital”, en Kurz, R./Scholz, R./Ulrich, J. (2005) *Der Alptraum der Freiheit, Perspektiven radikaler Gesellschaftskritik*. Ulm/Blaubeuren: Ulmer Manuskripte.

mujeres se encuentran aquí en una posición específica. Así, por ejemplo, en Alemania, mujeres (con carrera) bien situadas podrían permitirse mujeres inmigrantes del Bloque del Este, por lo general mal pagadas, como “sirvientas” y cuidadoras. De esta manera se produce una redistribución de los trabajos de asistencia y cuidado dentro de los mundos de vida femeninos.

Sin embargo, para gran parte de la población el “embrutecimiento salvaje del patriarcado” significa —también en Europa— que se hacen más visibles tendencias que en parte conocemos de los guetos (negros) de EE.UU. o de los barrios miseria de los así llamados países del Tercer Mundo: las mujeres son responsables en la misma medida del dinero y de la supervivencia. Se integran cada vez más en el mercado global, pero no tienen la oportunidad de asegurar la propia existencia. Sacan los hijos adelante utilizando parientas y vecinas (también aquí se produce un reparto interno femenino de los trabajos de cuidado). Los hombres vienen y van, se van colgando de un trabajo a otro y de una mujer a otra, que si cabe incluso los alimenta. Debido a la precarización de las relaciones laborales, unida a la erosión de la estructura de la familia tradicional³⁷, el hombre ya no posee el papel de sostén de la familia. La atomización social y la individualización ganan terreno en el contexto de unas formas de existencia inseguras y ante una situación económica global que empeora cada vez más, sin que la jerarquía de género desaparezca realmente en un contexto de desmantelamiento del estado social y de imposición de medidas coercitivas de administración de la crisis.

La escisión del valor, en cuanto principio formal de la sociedad, simplemente se separa en cierta medida de los rígidos soportes institucionales de la modernidad (sobre todo la familia y el trabajo). El patriarcado productor de mercancías se vuelve más salvaje sin que se haya superado la relación entre el valor o el trabajo abstracto y los momentos escindidos de la reproduc-

37 – Schultz, Irmgard: *Der erregende Mythos vom Geld*, op. cit.

ción. Además, hay que constatar que el grado de violencia masculina no cesa de crecer en los niveles más diversos. Al mismo tiempo se producen transformaciones en la constitución psíquica de las mujeres. En la postmodernidad se forma un “código emocional uni-género” que se corresponde con el viejo código de los hombres, como ha constatado Kornelia Hauser en conexión con Arlie Hochschild³⁸. No obstante, aquí siguen influyendo viejas estructuras afectivas, porque de lo contrario las mujeres no asumirían actividades reproductivas escindidas en “relaciones mono-género” postmodernas.

Ciertamente el turbocapitalismo reclama, como ya se ha visto, flexi-identidades coactivas que varían según el género. Por otro lado, no se puede dar por sentado que en el actual capitalismo en crisis el modelo postmoderno de género que corresponde a las mujeres “doblemente socializadas” pueda estabilizar la reproducción social de forma duradera, ya que en el “colapso de la modernización”³⁹ el capitalismo está perdiendo cada vez más los estribos y dando un vuelco desde la racionalidad hacia la irracionalidad. Sin embargo, desde este punto de vista, la “doble socialización” de las mujeres individualizadas debe considerarse paradójicamente como algo funcional para el patriarcado productor de mercancías en proceso de desmoronamiento. Así, por ejemplo, los grupos de autoayuda para controlar los efectos de la crisis en el denominado Tercer Mundo los llevan adelante mujeres, por lo que, en un momento en que la producción se rige por el *just-in-time*, las actividades de reproducción son mucho más difíciles de cumplir que hasta ahora. En cierto modo estas tareas recaen sobre las mujeres, doblemente sobrecargadas. En general hoy se atribuye a las mujeres el papel de gerentes de la crisis. Han de servir de “medio de limpieza y desinfección” (Christina Türmer-Rohr) cuando el carro ha quedado atrapado en el fango. También el grito que reclama

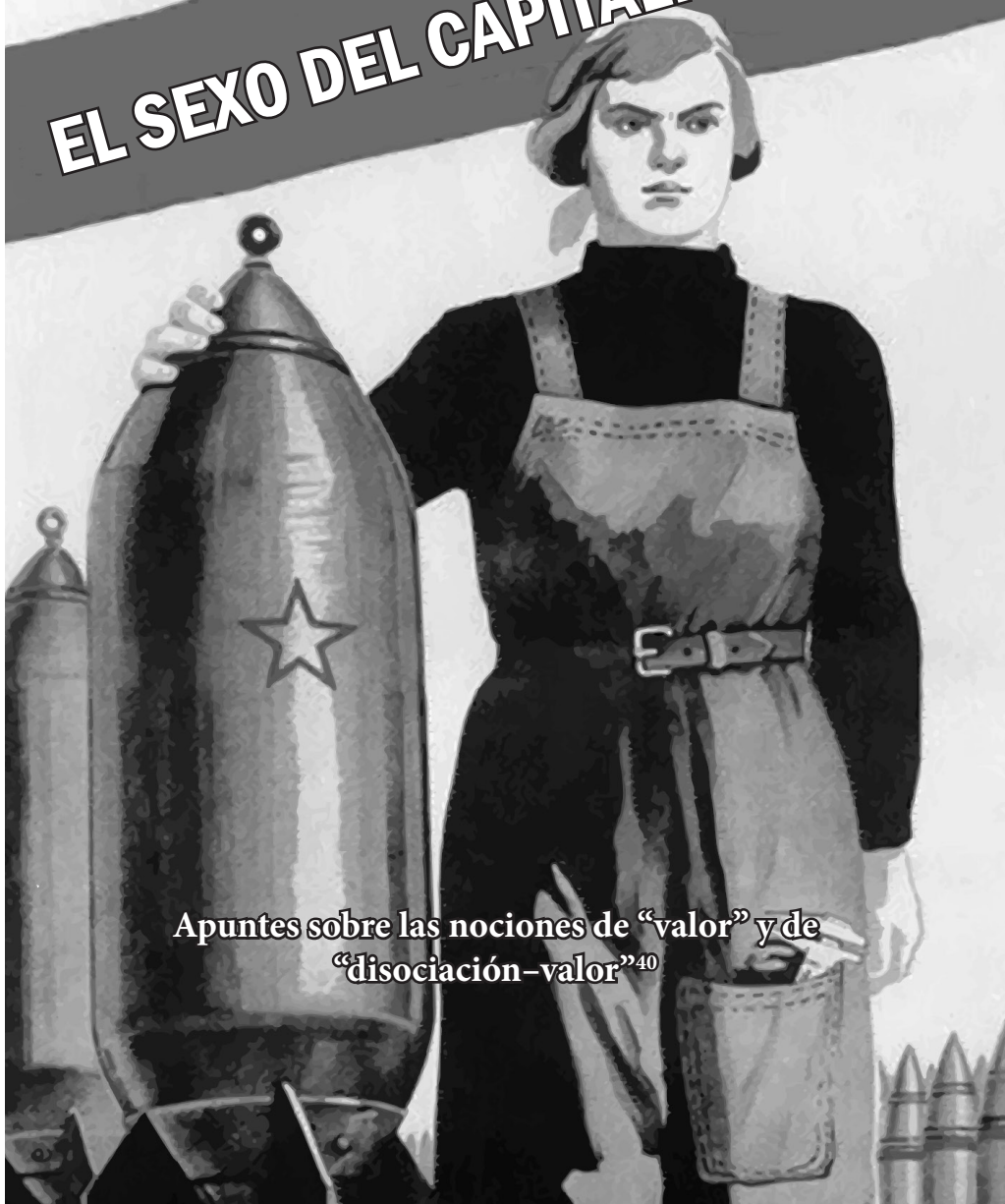
38 – Aunque en el contexto de valoraciones más optimistas que las mías, cf. Hauser, Kornelia: “*Die Kulturerisierung der Politik*”, op. cit.

39 – Kurz, Robert (1991) *Der Kollaps der Modernisierung. Vom Zusammenbruch des Kasernensozialismus zur Krise der Weltökonomie*. Frankfurt a. M.: Eichborn.

cuotas de mujeres en las posiciones directivas (que resuena de manera especialmente ruidosa desde 2008) debería ser considerado en este contexto. En mi opinión sería erróneo ver en él una tendencia hacia una forma ulterior de emancipación; más bien se trata de una especie de sexismo invertido.

En el contexto de estas consideraciones cabría discutir qué otras consecuencias teóricas y prácticas habría que extraer de cara a superar los dilemas de la socialización bajo la escisión del valor, que –de forma cada vez más patente– fija al ser humano y a la naturaleza en un “*mínimum*” y a la que no se puede responder con los programas de reforma de la vieja izquierda o keynesianos, ni tampoco con un modelo –hoy tan apreciado– de economía solidaria en un contexto meramente comunitario.

EL SEXO DEL CAPITALISMO



Apuntes sobre las nociones de “valor” y de
“disociación-valor”⁴⁰

40 – Extraído de: Scholz, Roswitha (2000) *Das Geschlecht des Kapitalismus [El sexo del capitalismo]. Feministische Theorien und die postmoderne Metamorphose des Patriarchats*. Bad Honnef: Horlemann. Capítulo primero. Traducido del alemán por Johannes Vogele. [N. del T.]

Para mostrar lo que quiere decir la noción de “disociación–valor” conviene, en primer lugar, explicar lo que significa el concepto androcéntrico del “valor” tal como ha sido definido por la “crítica fundamental del valor” y que pretendo desarrollar aquí de modo crítico. En general, la noción de valor es utilizada de manera positiva, ya sea por parte del marxismo tradicional, por parte del feminismo o incluso de las ciencias económicas donde, bajo la forma de los precios, por ejemplo, el valor aparece como un elemento incondicionado e inamovible a través de la historia de las sociedades humanas. A este respecto, el enfoque de la crítica fundamental del “valor” es totalmente distinto. Bajo tal enfoque, el valor es entendido y criticado como la expresión de una relación social fetichista. En las condiciones propias de una producción mercantil destinada a mercados anónimos, los miembros de la sociedad, en lugar de utilizar de común acuerdo los recursos para la producción razonada de su existencia, producen, por separado, mercancías que sólo devienen productos sociales una vez que han sido intercambiados en el mercado. En tanto “representan” un “trabajo anterior” (consumo de energía social humana abstracta), esas mercancías constituyen un “valor”; es decir, corresponden a una cierta cantidad de energía social consumida en su fabricación. Esta representación se expresa a su vez a través de un médium particular, el dinero, que es la forma general del valor para todo el universo mercantil. La relación social mediatizada por esta forma trastoca profundamente las relaciones entre las personas y los productos materiales: los miembros de la sociedad, en tanto que personas, aparecen de forma asocial, como simples productores privados y como individuos carentes de vínculos. Inversamente, la relación social aparece como una relación entre cosas, entre objetos muertos que se enlazan a través de las cantidades abstractas de valor que representan. Las personas

son cosificadas y las cosas se ven, por así decirlo, personificadas. El resultado es la alienación mutua de los miembros de la sociedad, que no utilizan sus recursos en función de decisiones conscientes, tomadas de común acuerdo, sino que se someten a una relación ciega entre cosas muertas, sus propios productos, bajo el mando de la forma–dinero. Es así como, una y otra vez, se incurre en un mal reparto de los recursos, lo que nos precipita a crisis y catástrofes sociales.

La crítica de este fetichismo que subordina los seres humanos en tanto que seres sociales a las relaciones creadas por sus propios productos debe, pues, realizarse desde el nivel de la producción mercantil, del valor, del trabajo abstracto y la forma–dinero. Y es precisamente ahí donde la teorización marxista anterior ha fracasado. Aquello que constituye la verdadera radicalidad de la teoría marxiana ha sido marginado como filosófico, mientras que, al nivel concreto de la teoría social, es decir en un sentido social y económico, se mostró incapaz de romper el corsé taxonómico del sistema moderno de producción mercantil (en sus diversas formaciones, históricamente asincrónicas). Al contrario, la “crítica fundamental del valor” pretende actualizar ese núcleo desaparecido de la crítica de la economía política y poner de manifiesto que la forma aparentemente natural del valor reviste un carácter–fetiche negativo, para llegar así a una reformulación de la crítica social radical: *“Como mercancías, las cosas son objetos–valor abstractos privados de calidad sensible, y únicamente bajo esa forma extraña son socialmente mediatizadas. En el marco de la crítica marxiana de la economía política, este valor económico se determina de manera puramente negativa, en tanto que forma de representación abstracta y muerta del trabajo social efectuado sobre el producto, forma a la vez cosificada, fetichista, separada de cualquier contenido sensible y concreto y que, a través de un perpetuo movimiento de forma de las relaciones de cambio, se desarrolla hasta llegar al dinero en tanto que cosa ‘abstracta’ por antonomasia”*⁴¹. Sin embargo, este fetichismo específico de la forma–

41 – Kurz, Robert (1991) *Der Kollaps der Modernisierung. Von Zusammenbruch des Kasernensozialismus zur Krise der Weltökonomie*. Frankfurt a. Maun: Ei-

mercancía en tanto que principio general y dominante de la socialización sólo existe en los sistemas modernos de la producción mercantil. Sólo el capitalismo moderno ha engendrado una forma–mercancía orientada hacia mercados anónimos, autónoma y escindida del resto de la vida y de las otras formas relacionales, y que, al mismo tiempo, domina todo el proceso social de la vida. Anteriormente, se producía en primer lugar para el uso, y no sólo en los contextos agrarios sino también en el seno de corporaciones regidas por una legislación específica. En cuanto a la noción misma de “totalidad” social, ésta no podía surgir más que con la dominación realmente totalitaria de la forma–mercancía y de la forma–dinero sobre el conjunto de la sociedad. La producción mercantil, las relaciones monetarias y la “economía de mercado” como contexto sistémico general vieron la luz gracias a que el valor, y por ende su forma fenoménica, el dinero, se transforma, de simple médium entre productores realmente independientes (economías familiares, etc.) en un fin en sí mismo social general: bajo la forma de capital, forma un bucle consigo mismo para “valorizarse”, es decir para engendrar, en un proceso ininterrumpido, “más dinero” (plusvalía).

Dos condiciones son constitutivas de esta “valorización del valor” productiva en un sentido capitalista y distinguen ese modo de producción capitalista de cualquier producción mercantil premoderna. En primer lugar, la producción de bienes de uso –en condiciones precapitalistas, la razón de ser absolutamente natural de la producción– se transforma en un simple vector de la abstracción–valor y transforma, por ende, la satisfacción de las necesidades humanas en simple “subproducto” de la acumulación de capital–dinero. Se da, pues, una inversión de fines y medios: “El fetichismo se ha vuelto autorreflexivo y, por tanto, convierte al trabajo abstracto en una máquina que encuentra en

chborn. P. 16 y siguientes. Existe una traducción en castellano de Ignacio Rial-Schies, realizada en Argentina y publicada el año 2016 por Editorial Marat con prólogo de Anselm Jappe: *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*. [N. del E.]

sí misma su propia finalidad. A partir de entonces, el fetichismo ya no se ‘desvanece’ en el valor de uso, sino que se presenta bajo la forma del movimiento autónomo del dinero, como transformación de una cantidad de trabajo abstracto y muerto en otra cantidad –superior– de trabajo abstracto y muerto (la plusvalía) y, de este modo, como movimiento tautológico de reproducción y autorreflexión del dinero, que sólo se convierte en capital, y deviene por lo tanto moderno, bajo esta forma”⁴².

En segundo lugar, la propia fuerza humana de trabajo debe convertirse en mercancía. Privada de todo acceso autónomo y consciente a los recursos, una parte siempre creciente de la sociedad se ve sometida a la dictadura del “mercado de trabajo”, haciendo así de la capacidad humana de producir una capacidad fundamentalmente heterónoma. Sólo en esas condiciones la actividad productiva se transforma en “trabajo abstracto”, que no es más que la forma de actividad específica que revisita la finalidad en sí misma abstracta de incrementar el dinero dentro del espacio de funcionamiento de la “economía de empresa” capitalista, es decir una forma de actividad separada de la vida y las necesidades de los propios productores. A medida que el capitalismo va desarrollándose, toda la vida individual y social, en todo el planeta, lleva el sello del movimiento autónomo del dinero. Eso acarreará como consecuencia que “*el trabajo vivo deje de aparecer como expresión del trabajo muerto autonomizado*”, y el trabajo (abstracto), que surge tan sólo con el capitalismo, se plantee delante de un modo ajeno a la historia, como un principio ontológico⁴³. La visión truncada que el marxismo tradicional del movimiento obrero tenía de este contexto sistémico⁴⁴ consistía en que criticaba la “plusvalía” en un sentido puramente superficial y sociológico, es decir en cuanto a su “apropiación” por parte de la “clase capitalista”. No era la forma del valor funcionando en bucle y de manera fetichista lo que era denunciado como escandalosa, sino únicamente su

42 – Ibid., P. 18.

43 – Ibid., P. 18 y siguientes.

44 – En el texto: *Systemzusammenhang*. [N. del T.]

“distribución desigual”. Precisamente por eso, a ojos de los representantes de la “crítica fundamental del valor”, este “marxismo del trabajo” permanece prisionero de la ideología de una simple “justicia distributiva”. Es en el carácter absurdo del fin en sí mismo de la forma–mercancía y de la forma–dinero totalitarias donde reside el problema, mientras que la “distribución equitativa” en el seno de dicha forma permanece sujeta a las leyes del sistema y, por lo tanto, a las restricciones impuestas por ese mismo sistema, lo que hace de ella una mera ilusión. Una simple redistribución en el interior de la forma–mercancía, de la forma–valor y de la forma–dinero, sea cual sea el modo de aplicación de la misma, no puede evitar las crisis, ni acabar con la miseria global engendrada por el capitalismo; el problema no consiste en la apropiación de la riqueza abstracta bajo la forma no abolida del dinero, sino en esa misma forma. Así, el viejo movimiento obrero, con su “crítica” sesgada del capitalismo formulada en el marco de las categorías no abolidas del capitalismo, sólo podía obtener –y aún de modo pasajero– ciertas mejoras, algunos alivios inmanentes al sistema. Hoy, en la vorágine de la crisis que vive el sistema mercantil, esas mejoras son hechas añicos una tras otra. En ese proceso, el marxismo tradicional y más generalmente la izquierda política han ido asumiendo todas las categorías fundamentales de la socialización capitalista, en particular el “trabajo abstracto”, el valor en tanto que principio general pretendidamente perenne a lo largo de la historia y, por consiguiente, también la forma–mercancía y la forma–dinero en tanto que formas generales de relación social, del mismo modo que el mercado universal anónimo como esfera de la mediación social fetichista, etc. En cuanto a la miseria y la alienación que acompañan semejante contexto sistémico categorial⁴⁵, deberían ser corregidas mediante intervenciones políticas externas. Todavía hoy en día, esta ilusión sigue siendo recalentada y servida con salsa keynesiana (de izquierdas).

45 – En el texto: *kategoriale Systemzusammenhang*. [N. del T].

A lo largo del proceso histórico en que se ha impuesto el capitalismo, solamente en las sociedades atrasadas en cuanto a la producción mercantil moderna ha podido surgir un sistema relativamente autónomo basado en la legitimación de esta ideología. Fue una “modernización a marchas forzadas” que trataba de alcanzar a los países desarrollados bajo la forma de un capitalismo de Estado; modernización (mal) interpretada como un “contrasistema socialista”, aunque no resultase en modo alguno de una crisis capitalista que hubiese alcanzado un grado de madurez suficiente. Durante algunas décadas, este paradigma sólo fue dominante, por el contrario, en algunas sociedades “subdesarrolladas” desde el punto de vista capitalista, y ubicadas en la periferia del mercado mundial (Rusia, China, tercer mundo). Dado que tales sociedades eran también sistemas de producción mercantil –aunque estuviesen “a la zaga” de las economías más desarrolladas–, la dinámica capitalista de la mercancía y del dinero con su mediación anónima a través del mercado (que comporta siempre el principio de la competencia) era forzosamente operativa en ellas, aunque fuese de un modo distinto al de Occidente: era el Estado quien desempeñaba el papel de empresario colectivo.

Y es esa misma dinámica de la forma–valor abstracta funcionando en bucle (incluso en los países del bloque del Este), a través de procesos inducidos por el mercado mundial y la carrera por desarrollar las fuerzas productivas, la que acabó por hundir “el socialismo realmente existente” (alias capitalismo de Estado), desembocando en escenarios de crisis y guerras civiles a lo largo de los años 90 en diversas regiones del globo. El hundimiento de aquella “modernización a marchas forzadas” no condujo, sin embargo, ni por asomo, a ninguna “perspectiva reformadora” que permitiese avanzar hacia la “economía de mercado y la democracia” (ése es el término con que el capitalismo puro de Occidente se ve actualmente arropado, incluso en el lenguaje codificado de la izquierda conformista), a condición de que el sistema mercantil y sus criterios fuesen mantenidos, sino que desembocó exclusivamente en una “perspectiva” de barbarie.

A partir de la década de 1980, las esperanzas de una vida mejor quedaron también truncadas en el tercer mundo. Gracias al crédito, la perspectiva del pretendido desarrollo, siempre concebido bajo la forma–mercancía fetichista, y que –debido a una cierta euforia modernizadora– caracterizó el *Zeitgeist* (el espíritu de la época) hasta mediados de la década de 1970, pareció realizable durante algún tiempo. Sin embargo, este concepto limitado al marco de sistema–mundo capitalista naufragará en el curso de la década de los 80 y numerosos países se verán precipitados en la miseria bajo la presión neoliberal, una de cuyas consecuencias fue el endeudamiento con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Las condiciones impuestas por estas instituciones para el reembolso de la deuda comportaron toda una serie de “procesos de ajuste estructural” (ése era el eufemismo utilizado) y una agravación dramática de la situación social para una amplia mayoría de la población. Es previsible que esas condiciones de vida precarias se extiendan igualmente a las naciones occidentales altamente industrializadas. El valor, el trabajo abstracto, la mediación mercantil sobre la base del fin en sí mismo capitalista, se han tornado obsoletos; el “hundimiento de la modernización”⁴⁶ se manifiesta cada vez con mayor claridad.

La condición postmoderna resulta paradójica en la medida que, por un lado, el capitalismo se revela incapaz de asegurar la reproducción de la humanidad (incluso según los propios criterios del sistema, de todos modos inaceptables) y que, por otra parte, los antiguos paradigmas de una “crítica del capitalismo” sesgada y prisionera de las formas y categorías del sistema mercantil (ya sea una crítica de tipo “marxista obrero clásico”, keynesiano o “nacional–revolucionario/antiimperialista”) andan por caminos trillados. Lejos de desaparecer, las desigualdades sociales se han ido agravando dramáticamente, pero ya no pueden ser aprehendidas en términos de “plusvalía indebidamente sustraída”, es decir a partir de una concepción puramente sociológica e ignorando los contextos–formas de base, o en

46 – Kurz, *Der Kollaps der Modernisierung*, op. cit.

función de las “relaciones entre las clases” o las “relaciones de dependencia nacional”.

Esta visión de la “crítica fundamental del valor”, por coherente que sea y por plausible que se nos antoje su manera de interpretar los numerosos fenómenos de la actual crisis mundial, deja completamente de lado, siguiendo su propia lógica, la relación entre los sexos. Hablando en plata, sólo el “valor” y, junto a él, el “trabajo abstracto” –sexualmente neutros– son dignos de ser teorizados, incluso si lo son en tanto que objetos de una crítica radical. El hecho que permanece ignorado es que, en el sistema de producción mercantil, hay que realizar también tareas domésticas, criar a los hijos y ocuparse de las personas mayores o enfermas; es decir, que resulta imprescindible ejecutar toda una serie de tareas que incumben habitualmente a las mujeres (incluso si ejercen un trabajo asalariado) y de las que no pueden encargarse, o sólo en parte, profesionales⁴⁷.

Así pues, no es sólo el movimiento automático y fetichista del dinero y el carácter tautológico del trabajo abstracto lo que determina el contexto societario global. De hecho, lo que se produce es una “disociación” sexual específica, que se articula de manera dialéctica con el valor. Lo disociado no constituye un simple “subsistema” de esta forma (a semejanza del comercio exterior, del sistema jurídico o incluso de la política), sino una parte esencial y constitutiva de la relación social global. Esto significa que no existe una “relación derivada”, lógica e inmanente, entre “valor” y “disociación”. El valor es la disociación y la disociación es el valor. Cada elemento está contenido en el otro, sin que eso les haga sin embargo idénticos. Se trata de dos elementos esenciales y centrales de una sola y única relación social, en sí misma contradictoria y rota, y que es necesario comprender en un mismo nivel elevado de abstracción.

47 – Respecto a lo que sigue, consultar Kurz, Robert “*Geschlechtsfetischismus. Anmerkungen zur Logic von Männlichkeit und Weiblichkeit*” y Scholz, Roswitha “*El valor lo hace el hombre*”, en “Krisis”, “*Contribuciones a la crítica de la sociedad mercantil*”, N° 12, 1992, P. 135, 155 y siguientes. [N. del T.]

Y es que aquello que el valor no puede aprehender, aquello que él mismo disocia, desmiente precisamente la pretensión a la totalidad de la forma–valor; representa lo que la propia teoría no nos dice y escapa, por lo tanto, a los instrumentos de la crítica del valor. Dado que las actividades femeninas de reproducción representan la otra cara del trabajo abstracto, resulta imposible subsumirlas bajo la noción de “trabajo abstracto”, tal como lo ha hecho con frecuencia el feminismo, adoptando la categoría positiva del trabajo que acuñó en su día el marxismo del movimiento obrero. En las actividades disociadas, que comprenden igualmente, y no en último lugar, el afecto, la asistencia, los cuidados dispensados a las personas frágiles o enfermas, así como el erotismo, la sexualidad y el “amor”, se incluyen sentimientos, emociones y actitudes contrarias a la racionalidad de la “economía empresarial” que impera en el dominio del trabajo abstracto, y que se oponen a la categoría del trabajo, incluso si no están exentos por completo de cierta racionalidad utilitarista y de normas constrictivas.

A este respecto, el mundo patriarcal moderno no sólo delega en la “mujer” –o, mejor dicho, le atribuye y proyecta en ella– ciertas actividades precisas, sino también determinados sentimientos y cualidades: la sensualidad, la emotividad, la debilidad intelectual y de carácter, etc. El sujeto masculino ilustrado⁴⁸ que, en tanto que sujeto socialmente determinante, representa la voluntad de imponerse (a través de la competencia), el intelecto (en relación con las formas de reflexión capitalistas), la fuerza de carácter (como adaptación a las exigencias capitalistas), etc., y que encarna todavía (inconscientemente) al mecánico de precisión disciplinado de la fábrica fordista, este sujeto, pues, está asimismo fundamentalmente estructurado a través de dicha “disociación”. En este sentido, la disociación–valor comporta también un aspecto cultural–simbólico y una

48 – En el texto: *aufgeklärt*. Alusión a la crítica de la Ilustración (*Aufklärung*) y de la “razón” tal como fue formulada por: Horkheimer, Max & Theodor W. Adorno, (1974) *La dialectique de la raison. Fragments philosophiques*. París: Gallimard. [N. del T.]

dimensión sociopsicológica cuyo conocimiento requiere recurrir a las herramientas propias del psicoanálisis.

Según la tesis de la disociación–valor, la esfera privada y la pública, dialécticamente mediatizadas de la misma manera, son connotadas respectivamente femenina y masculina. Pero, contrariamente a lo que algunas hipótesis estereotipadas podrían sugerir, la relación entre los sexos no tiene su “lugar” objetivo en las esferas privada y pública. Desde siempre, las mujeres han estado presentes en las esferas públicas, sobre todo en el mundo del trabajo; pero la disociación prosigue en el propio seno de dichas esferas.

Incluso en la época postmoderna, cuando un número creciente de mujeres ejerce la actividad asalariada, con una cualificación profesional equivalente a la de los hombres, y a pesar de que los medios de comunicación gusten disertar acerca de la “confusión de los sexos”, salta la vista que, fundamentalmente, la jerarquía sexual y la discriminación de las mujeres no han desaparecido. En la esfera privada, las mujeres siguen ocupándose de los niños y del trabajo doméstico en mayor medida que los hombres, mientras que, en la esfera del trabajo, los salarios femeninos continúan siendo inferiores a los de los hombres y resulta raro ver a mujeres ocupando funciones importantes en la vida pública, etc., lo cual es debido sin duda a las connotaciones y atribuciones sexualmente específicas, “clásicas” del mundo moderno, y por ende a las responsabilidades reales de las mujeres por todo cuanto se refiere a la reproducción privada, connotaciones vigentes en la época postfordista.

Esta crítica de la noción de valor pensada de manera androcéntrica tal como se propone bajo la apelación general de “teoría de la forma disociación–valor” tiene consecuencias no sólo para la “crítica fundamental del valor”, sino también para otras aproximaciones que, en el pasado, abordaron de manera crítica la abstracción valor y el fetiche–mercancía (aunque la mayo-

ría de las veces lo hicieran de manera inconsecuente). En ese sentido, se ve particularmente afectada una noción del “valor de uso” pensada de manera enfática y siempre positiva, como podemos constatar en ciertas teorías de izquierdas y a veces feministas. En ellas, el valor de uso se presenta como “femenino” y, como tal, se le suponen ciertas potencialidades de resistencia. Pero la ecuación “valor de uso = femenino, valor de cambio = masculino”, al tiempo que mantiene la subordinación jerárquica del valor de uso respecto al valor de cambio, sigue derivando las disparidades sexuales específicas únicamente de la forma–mercancía, presuntamente neutra desde un punto de vista de género. Siguiendo la lógica androcéntrica, el análisis queda confinado en el espacio interior de la mercancía. Por el contrario, según Kornelia Hafner, para Marx era ya primordial la constatación de que “los valores de uso aparecen como criaturas del capital” y que la hipótesis de una “utilidad pura” (y asimismo abstracta) del valor de uso surge tan sólo cuando, a través de la relación–capital, la forma–mercancía se ha expandido hasta el punto de ser más o menos dominante⁴⁹. Para la “crítica fundamental del valor” que aquí nos interesa resulta, en primer lugar, que la mercancía no encarna un “valor de uso” más que en el proceso de circulación, en tanto que objeto mercantil. Y, a ese respecto, el valor de uso no deja de ser a su vez una simple categoría–fetiche abstracta y económica. El valor de uso no designa la utilidad concreta del uso sensible y material, sino únicamente la abstracta “utilidad por excelencia” en tanto que valor de uso de un valor de cambio. Merced a la disociación–valor, la propia noción de valor de uso pertenece en cierto modo al universo mercantil androcéntrico–abstracto.

Al mismo tiempo, la espera que resulta efectivamente incompatible con este contexto–forma económico⁵⁰ es la del consumo y de las actividades vinculadas a él en cualquier sentido. Es ahí en primer lugar donde debemos tratar de aprehender

49– Hafner, Kornelia citada por Kurz, “*Geschlechtsfetichismus...*”, loc. cit., P. 137.

50 – En el texto: *ökonomischer Formzusammenhang*. [N. del T.]

lo “disociado” de la forma–valor. Sólo en el consumo tienen verdaderamente lugar el uso y el disfrute sensible y material. Así pues, el producto mercantil⁵¹ “engullido” en el consumo se sustrae a la forma–mercancía. Lo que aquí no se toma en cuenta es que esta incompatibilidad de los bienes con el contexto–forma económica no se refiere simplemente al consumo “puro” e inmediato, sino que se ve mediatizada por una esfera de actividades de reproducción imbricadas –en parte o incluso *a priori*– con otras actividades, instantes y relaciones no mediatizados por la forma–mercancía.

Así definido, lo “disociado” que, bajo el ángulo del contexto–forma androcéntrico dominado por el valor, conduce de algún modo a la nada en los límites del consumo, aparece, pues, en la teoría social masculina unidimensionalmente fundamentada sobre el valor, como algo casi ajeno a la historia, como una masa blanda e informe semejante a la percepción de lo femenino en la sociedad cristiana occidental en general, y que un análisis en términos de forma–valor no conseguiría aprehender. Aquello que, por el contrario, no tiene que ver con lo disociado, es el consumo de los medios de producción en el marco de la economía de empresa, como es el caso de la maquinaria, de las inversiones, etc.; estos elementos se inscriben inmediatamente en el “universo masculino” del valor. Pero, desde un punto de vista conceptual, lo “disociado” no se deja reducir al consumo o a la preparación de bienes comprados para ser consumidos; a ello se añaden –y de manera central– el afecto, la ayuda a las personas débiles, los cuidados, el amor, etc., e incluso la sexualidad y el erotismo. Es difícil distinguir aquí lo que corresponde a la actividad obligatoria y aquello que tiene que ver con aspectos existenciales de la vida. Pero, al contrario de lo que ocurre con el “trabajador abstracto”, es precisamente esa característica la que hace que las actividades de reproducción femeninas resulten agobiantes.

51 – En el texto: *warenförmig hergestellte Produkt*. [N. del T.]

Desde el punto de vista histórico-lógico, el trabajo abstracto y la disociación surgen, pues, al mismo tiempo; no puede decirse que uno engendre otro. Cada uno representa la condición previa para la constitución del otro. En este sentido, la relación de disociación representa en cierto modo una metaestructura, contrariamente a la hipótesis reduccionista según la cual el valor sería el único principio de constitución y representaría la naturaleza misma de las sociedades basadas en la producción mercantil.

Así, lo disociado femenino resulta ser el Otro de la forma-mercancía con una entidad propia y completa; pero, por otro lado, permanece sometido e infravalorado precisamente porque se trata del momento disociado en el seno de la producción social general. Podríamos decir que, si bien la forma abstracta corresponde a la mercancía, la deformidad abstracta corresponde, por el contrario, a lo disociado; y cabría, acerca de lo disociado, hacer referencia de manera paradójica a una forma de lo informe que –subrayémoslo una vez más– no podría ser aprehendida mediante las categorías intrínsecas a la forma-mercancía⁵². La ciencia y la teoría androcéntrica de la forma-mercancía no pueden tomar en consideración tal relación, puesto que sus teorías y sus aparatos conceptuales deben “expulsar” como “ilógico” y “ajeno a la conceptualización” todo aquello que no sea compatible con la forma-mercancía.

Sin embargo, la “sensibilidad” de que se trata en el contexto de la “disociación” constituye evidentemente una construcción histórica. Esto concierne a las actividades femeninas realizadas de cara a la reproducción (preparación de los bienes de consumo, amor, cuidados dispensados a las personas enfermas o frágiles, afecto, etc.) y que, bajo esta forma, no aparecieron hasta el siglo XVIII con la diferenciación entre un sector del trabajo asalariado capitalista y un sector privado de reproducción do-

52 – En el texto: *warenförmigen Binnenzusammenhang*. [N. del T.]

mística⁵³ algo que tiene que ver además con la constitución de las necesidades en general⁵⁴.

El hecho de que, en el contexto de la forma disociada, lo “femenino” disociado no constituya en modo alguno algo “mejor” respecto a lo “masculino” moldeado por la forma-mercancía, se debe a que se trata de una unidad negativa entre la forma-mercancía y lo “disociado”. Otra consecuencia: incluso mujeres que son (solamente) activas en el sector reproductivo (determinación, que empíricamente, no se aplica forzosamente a todas las mujeres) viven una existencia obtusa y alienada, reflejo invertido del trabajo abstracto en el seno del espacio del funcionamiento económico⁵⁵ del capital. El uso y el goce sensibles, pero también actividades vinculadas a ello y las cualidades atribuidas a la mujer, son pues inmanentes a la sociedad capitalista, incluso si no lo son a la forma-valor.

Por lo tanto, según la teoría de la disociación-valor, hay que partir del hecho que la relación moderna entre los sexos debe ser analizada en el contexto del patriarcado productor de mercancías (como del valor) y, consiguientemente, no como un dato perenne a través de la historia, “paralelo” a las distintas formaciones sociales. Eso no significa que no tenga una prehistoria. No obstante, la relación entre los sexos alcanza, bajo la modernidad mercantil, una cualidad totalmente nueva, que hay que tener en cuenta tanto a nivel teórico como analítico. En la época postmoderna, constatamos una nueva transformación en la relación entre los sexos. Sin embargo, tal como lo

53 – Ver, por ejemplo, sobre este tema Hausen, Karin “*Die Polarisierung der Geschlechtscharaktere. Eine Spiegelung der Dissoziation von Erwerbsund Familienleben*”, en Conze, Werner (Hg.) (1976) *Sozialgeschichte der Familie in der Neuzeit Europas*. Stuttgart: Ernst Klett Verlag.

54 – Sin pretender adoptar aquí una postura construccionista vulgar, pretendiendo ignorar cualquier relación natural, aunque fuese dinámica y mediatizada por la sociabilidad, hay que afirmar sin embargo que toda pulsión está estructurada de manera sociocultural y nunca se da simplemente, de manera natural e inmediata.

55 – En el texto: *betriebswirtschaftlich*. [N. del E.]

habíamos apuntado anteriormente, volvemos a encontrarnos con la codificación fundamental en el sentido de la disociación–valor y de la jerarquización de los sexos que le corresponde en todas sus refracciones postmodernas, sus diversificaciones, sus inversiones, sus transformaciones y excrecencias, sus retroacciones y diferenciaciones, tanto en la vida de la mujer que desarrolla una carrera profesional como en el caso del hombre que se ocupa del hogar, en el fútbol femenino como en el es- triptís masculino, en los matrimonios de gays y de lesbianas, e incluso en los espectáculos de travestis tan apreciados por los medios de comunicación, por señalar simplemente algunos ejemplos destacados.

Así, podemos ver con mayor claridad hacia dónde nos conduce el desarrollo postmoderno del patriarcado mercantil: no sólo asistimos a las transformaciones y a las excrecencias, a las retroacciones y a las inversiones antes mencionadas. Mucho más, a medida que va agravándose la crisis estructural del sistema capitalista, que se extiende ya a toda la superficie del planeta, asistimos a una deriva global hacia la barbarie del patriarcado productor de mercancías. Si, en las dramáticas sacudidas sociales provocadas por la crisis mundial, las mujeres ya no son únicamente responsables de la esfera de la reproducción –algo que correspondía en otros tiempos a su imagen ideal y que se mantuvo hasta la época fordista–, hoy son, contrariamente a los hombres, responsables del trabajo doméstico y del trabajo asalariado, pero siguen siendo infravaloradas, a pesar o quizás a causa de ello. Quedan, pues, ridiculizadas todas las evaluaciones optimistas que, desde mediados de la década de los 80, consideraban que la emancipación de la mujer era un hecho prácticamente consumado, por no hablar de aquéllas que aún siguen afirmándolo.

A esa deriva hacia la barbarie, la crítica de la disociación–valor opone el objetivo de una abolición del valor, de la forma–mercancía, de la economía de mercado, del trabajo abstracto y de

la disociación –una perspectiva que persigue la abolición de la relación general que rige la sociedad mercantil y que debe operarse a la vez a nivel material, ideal y sociopsicológico. En este sentido radical, de manera general, todos los niveles y todas las esferas son puestos en cuestión, lo que incluye la crítica de la familia nuclear, hoy en plena descomposición. Por lo tanto, se trata de rebasar la “masculinidad” y la “feminidad” tal como la conocemos y, con ellas, las sexualidades preformadas que les corresponde.

¡FUERA HOLGAZANAS!

Sobre la relación de género y trabajo en el feminismo⁵⁶



56— Traducción de “El Koketivo”, Barcelona, abril 2000. [N. del E.]

El movimiento feminista y el trabajo, una relación menos difícil de lo que parece

Hasta los años 80, el discurso feminista se apoyaba en una crítica social que tenía su raíz en el pensamiento marxista. En su centro se encontraba ante todo la dimensión “olvidada” del “trabajo doméstico”. En los 90, en cambio, surgían las teorías postmodernas–deconstructivistas que ya no se preocupaban del tema del trabajo y que proclamaban el juego, supuestamente subversivo, con las identidades de los géneros, a pesar de los ya manifiestos problemas sociales provocados por la “crisis de la sociedad del trabajo”.

Aunque el discurso feminista nunca se olvidó del todo del tema del trabajo (había y hay un número considerable de sociólogas feministas que se ocupan de ello), los correspondientes proyectos socio–teóricos fueron arrinconados en favor de planteamientos basados en teorías postmodernas de la cultura. En los últimos años, sin embargo, han quedado cada vez más evidentes los límites de estos conceptos postmodernos–culturales y han aumentado las voces que reclaman de nuevo un análisis más profundo de las dimensiones sociales y materiales⁵⁷. Al mismo tiempo, el tema del “trabajo” adquirió aún más importancia en el discurso feminista sobre la globalización, hacia finales de los 90. Ahora quedaba en evidencia lo que ya se anunciaba en los años 80: bajo el dictado de los mercados mundiales y las subsiguientes tendencias a la flexibilización, la situación normal (la masculina) del trabajo se va erosionando, y las biografías laborales discontinuas, típicas de las mujeres, se están convirtiendo cada vez más como “situación normal” para los hombres, sin que por eso se disuelva el orden jerárquico entre los géneros.

57 – Ver: Knapp, Gudrun-Axeli: (1998) “*Postmoderne Theorie oder Theorie der Postmodern?* Ammerkungen aus feministischer Sicht”, en Knapp, Gudrun-Axeli (Ed.) (1998) *Die zweite Gesellschaftsreform*. Göttingen: 27 Plädoyers.

Pero es significativo que, en vez de elaborar una crítica a la sociedad del trabajo, se busquen sobre todo “perspectivas feministas de la sociedad del trabajo”⁵⁸. Por tanto, la distancia crítica al concepto de trabajo deja también mucho que desear en el feminismo. Hay que constatar que la mayoría de las corrientes feministas considera las actividades domésticas también como “trabajo” (o sea, “trabajo doméstico”). Si las mujeres –cosa corriente hoy día– se ocupan de la familia y a la vez ejercen una profesión, están “trabajando”, por consiguiente, en los dos ámbitos. Y desde la perspectiva de la igualdad se presupone (dicho de una manera simplificada) que el bienestar de las mujeres depende de su participación en la vida laboral capitalista.

Seguidamente quiero entrar en discusión con las conocidas posiciones que siguen aún determinando el discurso del trabajo dentro del feminismo. Estas, en cierta manera, pueden considerarse como las posiciones fundamentales que resurgen siempre de nuevo, aunque con diferentes variantes, en la discusión feminista en torno al tema del “trabajo”. No entraré en otros planteamientos feministas que se pueden encontrar también en los 90 y que apoyan tendencias neoliberales, como las reivindicaciones de pasar del “proyecto a la gestión”, o las posiciones que aprueban el proceso de globalización capitalista con el argumento de que eso ofrecerá enormes posibilidades para las mujeres. Las encuentro absolutamente inaceptables.

Mi tesis se expone de forma voluntaria al reproche de las defensoras de una “política real” (*Realpolitik*) que la acusarán de una supuesta mala abstracción y absolutamente opuesta al sistema, y sin la más mínima posibilidad de un cambio social real. Hay que contestar, sin embargo, a tales reproches que el feminismo de la “*Realpolitik*” de los años 80 no ha conseguido tampoco gran cosa. Justamente en la era de la globalización el espacio político-social queda cada vez más reducido bajo la

58 – Stolz-Willig, Brigitte/Veil, Mechthild (Ed.) (1999) *Es rettet uns kein höh'res Wesen...* Hamburg: Feministische Perspektiven der Arbeitsgesellschaft.

presión “real” de los mercados mundiales. El gobierno rojverde (de Alemania) ya está demostrando claramente lo mal que va imponer un nuevo contrato social y de géneros (dentro del sistema capitalista), contrato que tantas feministas reivindican. Esta forma de “sentido de la realidad” de los Verdes (“Olivera”) ha quedado expresado, sobre todo, en la guerra de Kosovo que ha transformado a los “políticos realistas” no sólo en los gestores de la crisis, sino en los causantes de la crisis⁵⁹.

De todas formas, creo que es una ilusión pensar que se pueda superar la crisis de la sociedad del trabajo/“trabajo doméstico” sin entrar en una crítica fundamental de los mecanismos del sistema capitalista, tanto en lo que se refiere a sus dimensiones ecológicas como a las sociales y económicas. A continuación, no obstante, me gustaría dejar claro que no se trata tampoco de condenar de entrada a cualquier iniciativa práctica como inmanente al sistema, siempre y cuando no se mueva, al igual que la “*Realpolitik*”, dentro de un marco institucionalmente predeterminado. En primer lugar, sin embargo, quiero presentar la tesis que yo defiendo, es decir, la de la separación del valor que servirá como base para el análisis que hago.

Sobre la categoría de la separación del valor, un concepto dinámico con respecto a una finalidad crítica

Con este concepto me adhiero a una interpretación de Marx más allá del marxismo del trabajo, una interpretación que forma la base de todos los artículos de este libro. Intentaré, sin embargo, modificarlo desde una crítica al patriarcado. Según esta interpretación, en el centro de la crítica no se encuentra en primer lugar la plusvalía, es decir, la explotación del trabajo por el capital, sino la misma forma del valor económico, o sea, el carácter social del sistema de producción de mercancías y, por consiguiente, la forma de actividad del trabajo abstracto.

59 – “Los Verdes” alemanes votaron a favor de la intervención militar en Kosovo. [N. del T.]

La consecuencia es el cuestionamiento no sólo de la repartición desigual en la cual se basa el marxismo del movimiento obrero, sino una crítica más fundamental. Se cuestiona el sistema del trabajo como fin en sí. Según este planteamiento, el “trabajo” como algo abstracto, como categoría abstracta-general de la socialización surge con el nacimiento del capitalismo, con la generalización de la producción de mercancías. Por esta razón, se rechaza una ontología ahistórica del trabajo que se desvela como ideología burguesa. En tiempos premodernos se producía sólo para el uso, no existía un concepto generalizado y positivo del trabajo. El moderno sistema de producción de mercancías, en cambio, se caracteriza por el hecho de que la actividad productiva se haya convertido –por causa de la auto-referencialidad tautológica del dinero– en un fin en sí mismo (acumulación de capital).

“Se olvida”, sin embargo, que en el capitalismo sigue existiendo la necesidad de actividades de reproducción en el hogar y que hay que educar a los hijos, que se dan tareas de cuidado etc. que no pueden ser realizados por el mercado. Y que estas actividades se adjudican principalmente a las mujeres. Se trata, pues, de actividades que no entran en el ámbito del trabajo abstracto. Tampoco se toma en consideración que determinados sentimientos, cualidades y comportamientos, asociados a estas tareas, se delegan o se adjudican en la modernidad a “la mujer”: debilidad, razonamiento inferior, sensualidad, pasividad, etc. El hombre, sin embargo, representa la fuerza de imposición, intelectualidad, fuerza de carácter, etc. Ser hombre se entendía igual a cultura, y, proyectivamente, el ser mujer igual a naturaleza.

A mi entender, la relación jerárquica de los géneros en el patriarcado, dominado por la producción de mercancías, está determinada fundamentalmente por la separación de cualidades, adjudicaciones y actividades específicas y típicamente “femeninas” que no pueden ser subsumidas a la forma del valor o la

abstracción del “trabajo”. El hecho empírico de que las mujeres nunca hayan sido exclusivamente amas de casa y que también pueden ser y son agresivas, intelectuales etc., no invalida esta definición central teórica a un alto nivel de abstracción. Al mismo tiempo, sin embargo, significa que los individuos se determinan sólo y simplemente a través de las adjudicaciones socio-culturales, como les gustaría, por ejemplo, a las defensoras de la “nueva feminidad”. En su lugar hay que partir de una dialéctica entre individuo y estructuras socio-culturales: ninguno y ninguna queda completamente definida por estas estructuras, pero tampoco nadie puede sustraerse completamente a ellas.

En este sentido hay que tener en cuenta fundamentalmente una dialéctica entre valor (trabajo abstracto) y unas formas de actividades diferentes provocada por la separación específica por género. Estos ámbitos de actividades separados, definidos como “femeninos”, no pueden, por tanto, ser sumados superficialmente al valor, o sea, al trabajo. Tampoco pueden ser deducidos jerárquicamente del valor. Representa, más bien, en cierta manera la cara oculta del trabajo abstracto y del valor económico. Con ello, la separación por géneros de “cualidades” y actividades forma, por un lado, parte del capitalismo y, por otro, en cambio, se sitúa fuera de la lógica del capital. Para comprender toda su complejidad se debería definir como forma social básica no sólo el principio aparentemente totalizador de las formas del valor y del trabajo, sino también la separación del valor que lo trasciende y que abarca tanto las formas económicas como los ámbitos separados de ellas. Sólo a este complejo meta-nivel teórico es posible determinar el verdadero y en sí contradictorio conjunto de la moderna sociedad de producción de mercancías.

Pero el tradicional instrumental concepcional marxista tampoco resulta suficiente respecto a otra comprensión de la relación capitalista de los géneros, puesto que –aparte del nivel socioeconómico– hay que tener en consideración también los niveles

socio-psicológicos y simbólico-culturales. De este modo, por ejemplo, es posible mostrar, mediante el análisis de discursos religiosos y filosóficos, cómo se forman imaginarios colectivos referente a lo que “son” hombres y mujeres en la modernidad, dominada por el hombre, y en qué adjudicaciones se expresa la separación del valor⁶⁰. Con un instrumental psicoanalítico, por ejemplo, pueden explicarse las consecuencias del hecho de que la moderna educación de los niños esté sobre todo en manos de las mujeres, es decir, que el niño –a diferencia de la niña– tenga que desidentificarse de la madre para adquirir su identidad, lo que conlleva a la vez una separación y una desvalorización de lo femenino⁶¹. La separación del valor como modelo socio-cultural y mecanismo socio-psíquico, unido con la división en trabajo abstracto y actividades femeninas de reproducción, constituye de esta manera la sociedad en su conjunto.

En lo que se refiere a la definición teórica de la separación del valor, las mujeres tienen que ser ubicadas en primer lugar en la así llamada esfera de lo privado. Eso, sin embargo, no quiere decir que el patriarcado se haya aposentado en una separación tan nítida entre lo privado y lo público (tanto político como económico). Antes bien, se trata de la fuerza de un contexto general de relaciones materiales, conceptuales y socio-psicológicas que representa, por decirlo así, el “éter de la sociedad”, para utilizar una expresión de Hegel, pero con otro significado. Las consecuencias de la separación del valor atraviesan, por tanto, también los diferentes ámbitos de lo público. De alguna manera se ha encontrado desde siempre a mujeres en las esferas de lo público. La separación, no obstante, se muestra también aquí. En la vida laboral, por ejemplo, ocupan puestos subordinados, cobran menos, etc.

60 – Ver: Heintz, Bettina/Honegger, Claudia: “*Zum Strukturwandel weiblicher Widerstandsformen im 19. Jahrhundert*”, en Heintz, Bettina/Honegger, Claudia (Ed.) (1981) *Listen der Ohnmacht*. Frankfurt/M: Zur Sozialgeschichte weiblicher Widerstandsformen.

61 – Véase: Chodorow, Nancy (1985) *Das Erbe der Mütter*. Munich: *Psychoanalyse un Soziologie der Geschlechter*.

Aunque la separación del valor como modelo capitalista–patriarcal domine de esta forma las relaciones sociales a nivel global, eso no quiere decir que las relaciones entre los géneros sean completamente uniformes en todo el mundo. Son diferentes según el fondo socio–cultural e incluso siguen existiendo formaciones sociales con una tradición de simetría de géneros que se han resistido hasta hoy a aceptar –del todo o en parte– las ideas modernas referente a los géneros⁶². De igual manera que la abstracción del “trabajo” no es una categoría fundamental ontológica, tampoco se puede partir de la idea de una relación de separación entre los géneros que no fuera culturalmente especificada y que se haya presentado en todo el mundo igual.

En este contexto hay que tener en cuenta, asimismo, que la relación entre los géneros ha sufrido cambios incluso dentro del desarrollo moderno–occidental. Conviene subrayar, por ejemplo, que el concepto moderno del trabajo, al igual que el dualismo moderno de los géneros, son un producto directo del desarrollo específico hacia el capitalismo desde el siglo XV y que los dos van de la mano. Sólo en el siglo XVIII se empezó a formar el moderno “sistema de los dos sexos”; y, simultáneamente, se extendió la apología generalizada del trabajo abstracto, tal como aún sigue vigente en la actualidad. Este proceso se refleja también en el artículo, ya clásico, que investiga justamente esta época: “*La polarización de los caracteres sexuales–Un reflejo de la disociación de la vida laboral y familiar*”⁶³.

A pesar de que las mujeres estuviesen muchas veces también consideradas como inferiores en tiempos preburgueses, tenían

62 – Ver, por ejemplo: Weiss, Florence: “*Zur Kulturspezifk der Geschlechterdifferenz und des Geschlechter-verhältnisses. Die latmul in Papua Neuguinea*, en Becker-Schmidt, Regina/Knapp, Gudrun–Axeli (Ed.) (1995) *Das Geschlechterverhältnis als Gegenstand der Sozial-wissenschaften*, Frankfurt / M.

63 – Ver: Hausen, Karin: “*Die Polarisierung der Eine Spiegelung der Dissoziation von Erwerbsund Familienleben*”, en Conce, Werner (Ed.) (1966) *Sozialgeschishte der Familie in der Neuzeit Europas*. Stuttgart.

bastantes posibilidades de ejercer influencia a través de caminos informales. En la sociedad premoderna, el hombre sostenía más bien una superioridad simbólica, como afirman Heintz/Honegger. Las mujeres todavía no estaban definidas exclusivamente como ama de casa y madre, como ocurrió a partir del siglo XVIII, complementariamente a las adjudicaciones para los hombres que desde entonces acapararían la incumbencia para las nuevas actividades públicas (economía, política, etc.) del patriarcado productor de mercancías. En sociedades agrarias, en cambio, la contribución femenina a la reproducción material había sido considerada prácticamente de igual importancia como la del hombre⁶⁴.

Si la moderna relación de los géneros había sido limitada en un primer momento a la burguesía, con la generalización de la familia nuclear se fue extendiendo poco a poco a todas las capas, teniendo su último gran empuje en los años 50 de este siglo, o sea durante el fordismo. La separación del valor no es, por tanto, una estructura rígida, tal como se puede encontrar en algunos modelos estructurales sociológicos, sino un proceso histórico. Por consiguiente, no se ha de entender como algo estático y siempre igual. En la postmodernidad, la era postfordista, muestra una nueva cara.

En el contexto de las tendencias hacia procesos de individualización⁶⁵, las mujeres son consideradas ahora como “doblemente socializadas”⁶⁶, es decir, que tienen que hacerse cargo tanto de la familia como de una profesión. El papel del hombre como sustentador familiar se disuelve con la precarización de las condiciones laborales y con la erosión de las tradicionales relacio-

64 – Véase: Heintz/Honegger, op. cit.

65 – Beck, Ulrich / Beck-Gernsheim, Elisabeth (1998) *El normal caos del amor*. Barcelona: Editorial El Roure.

66 – Becker Schmidt, Regina: “*Die doppelte Vergesellschaftung die doppelte Unterdrückung Besonderheiten der Frauenforschung in den Sozialwissenschaften*”, en Unterkirchner, Lilo/Wagner, Ina (Ed.) (1987) *Die andere Hälfte der Gesellschaft*. Vienna: Österreichischer Soziologentag.

nes de familia. Todo eso, sin embargo, no cambia en absoluto el hecho de que las mujeres sigan siendo las que cargan con la educación de los hijos, los trabajos domésticos, etc., y que sigan ganando menos y raras veces se les pueda encontrar en posiciones altas, a pesar de tener ya las mismas cualificaciones que los hombres.

Pero no se han desarrollado otras formas de vida con exigencias emancipativas que hayan sustituido a la tradicional familia nuclear. Al contrario de los años 60 y 70, desde hace tiempo tampoco existe un amplio movimiento social. Más bien se sigue extendiendo la atomización e individualización social ante un fondo de precarias formas de existencia tanto en lo que se refiere a los aspectos materiales como a los sociales. Y estos procesos repercuten de manera diferente en los dos géneros. Algunos análisis feministas de los procesos de globalización, hechos en los años 80, incluso sugieren la conclusión (sin haber llegado a verla claramente) que en la postmodernidad no estamos viviendo el fin del patriarcado –como afirman algunas– sino que más bien se está volviendo más salvaje, simultáneamente con el empeoramiento de la situación económica⁶⁷.

Ante el fondo de la aquí esbozada tesis de la separación del valor, intentaré a continuación analizar críticamente algunos conocidos planteamientos feministas en su relación con el concepto moderno del trabajo. En este intento no puedo profundizar mucho en la correspondiente dimensión cultural–simbólica y la social–psicológica a pesar de considerarla igual de importante, puesto que eso sobrepasaría el marco de este artículo.

67 – Schultz, Irmgard (1994) *Der erregende Mythos von Geld*. Frankfurt/M: Die neue Verbindung von Zeit Geld und Geschlecht im Ökologiezeitalter; Wichterich, Christa (1998) *Die globalisierte Frau*. Reinbek: Berichte aus der Zukunft der Ungleichheit.

El trabajo dulcifica la vida: La metafísica del trabajo en Frigga Haug

Frigga Haug cree que la capacidad de rendimiento, la eficacia en el aprovechamiento del tiempo, el dominio de la naturaleza y el aumento de la fuerza productiva –todos ellos fenómenos que van estrechamente unidos con la asimetría de la relación entre los géneros– representan las reglas del sistema capitalista y determinan el desarrollo de la sociedad burguesa. Eso es válido tanto para el individuo como para el modelo de civilización patriarcal–capitalista como conjunto⁶⁸. En el centro de su planteamiento se encuentra el siguiente contexto: “¿Qué pasa con todos los trabajos que no generan ningún beneficio porque hay que invertir mucho tiempo en ellos y no son susceptibles de posibles automatizaciones, porque su necesidad sirve para la supervivencia de la humanidad y de la tierra pero que, paradójicamente y justo por esta razón, podrían ser ahorrados/suprimidos como algo egoísta, individual y lujoso? ¿Con estas actividades ... que no deberían ser remuneradas para que no se manchen con la mácula del cambio, es decir, con actividades como el amor, el cuidado, la satisfacción de las necesidades de todas estas personas que no pueden dar una contraprestación (viejos, enfermos, minusválidos, niños)? Estas actividades son separadas del conjunto del trabajo social, son puestas fuera del trabajo y adjudicadas a un grupo de seres humanos aptos para ello: las mujeres”⁶⁹. Todo eso es cierto, según mi parecer se debería decir, sin embargo, que son supuestamente aptas para ello (a causa de una adjudicación socio–histórica), ya que de modo alguno se puede partir de una aptitud “natural” de las mujeres para las actividades privadas de la reproducción. Haug defiende, por ello, situar la forma del “trabajo doméstico” en relación con las demás formas de trabajo existentes.

68 – Si no hay otra indicación, todas las citas que siguen se refieren al libro de Haug de 1996. [N. del T.]

69 – Haug, Frigga (1996) *Frauen–Politiken*. Berlin: Argument. P. 91.

Por un lado, se formula aquí explícitamente la idea de la separación del valor, pero, digamos, sobre un fundamento marxista viejo, utilizando un concepto del trabajo no problematizado. Por otro lado, sin embargo, –y eso constituye la diferencia con una teoría de la separación del valor que pueda trascenderlo– este concepto no cuestionado, aparentemente natural, es transferido de entrada a estos sectores y actividades “separados”. Para Haug se trata, por tanto, de un análisis del “trabajo doméstico” en comparación con el trabajo asalariado, considerándolo, pues, como ¡trabajo! Contra eso se debería objetar que el trabajo doméstico es, por un lado, efectivamente el producto de la división social del trabajo en el capitalismo. Por otro lado, se separa en esta “división” paradójicamente algo que en principio no puede ser concebido como “trabajo”.

Pero es esta relación paradójica la que constituye la cualidad diferente del “trabajo doméstico”. Son precisamente los sectores de reproducción y de lo privado, y las actividades de las mujeres en ellos, los que tienen un carácter fundamentalmente diferente del sector remunerado. Más aún, tienen que ser cualitativamente diferentes, ya que de no ser así no tendría sentido separarlos del sector del valor. Las actividades en dichos sectores no pueden ser subsumidas tan fácilmente al concepto del trabajo. Si el sentido común aún puede aceptar que la actividad de barrer la cocina se considere como trabajo, la cosa se vuelve más complicada tratándose de hablar con el marido sobre sus problemas laborales, y ya ni hablar si se trata de actos sexuales. Pues, en las actividades en el campo de la reproducción entran también emociones, comportamientos, etc., que de ninguna manera pueden ser subsumidos a los conceptos del “trabajo” o de la “producción”.

No ver eso o dejarlo del lado (en Haug hay que constatar, por lo general, una metafísica del trabajo y de la producción) es una falta muy grave que marca el concepto en su totalidad. Para Haug el “trabajo” en general es una categoría ahistórica, un

rasgo característico de la especie. Ella no reconoce que tanto el trabajo como el sector separado, conjuntamente con las correspondientes ideas de los géneros, no son sino un producto histórico de la modernidad definida como productora de mercancías. Cualquier tendencia a idealizar estos sectores o actividades separados por su alteridad sería, no obstante, igual de equivocada. Por eso hay que destacar que las actividades domésticas, la educación de los hijos, el cuidado, etc., cuestan naturalmente mucho esfuerzo y pena, aunque de otra manera que el trabajo remunerado, y eso tanto en el aislamiento de las mujeres en la familia nuclear como en las “relaciones de *patchwork*” postmodernas (Heiner Keupp).

En las relaciones existentes, el “trabajo doméstico” está subordinado al trabajo asalariado y abarca servicios personales, dependencias, etc. El ama de casa depende del salario del marido; ella no se puede sustentar y para ella no existe una relación directa entre “trabajo” y “salario”. En una sociedad dominada por el trabajo asalariado, el “trabajo doméstico” resulta –según Haug– un “anacronismo”⁷⁰. Esta afirmación olvida totalmente que esta forma de actividades representa una parte estructural del capitalismo. Un objetivo de Haug es la integración de las amas de casa en el trabajo remunerado, defendiendo al mismo tiempo una reducción radical del tiempo de trabajo en el sector laboral, para que haya suficiente tiempo –y en eso se muestra de nuevo la visión ontológica del trabajo– para el “trabajo cultural de la reproducción” y el “trabajo político”⁷¹.

A pesar de unir los dos sectores de manera forzada bajo su concepto positivo del trabajo, Haug puede proporcionarnos desde una visión crítica del trabajo y del valor unas determinaciones conceptuales valiosas para la diferencia cualitativa entre el trabajo asalariado y las actividades “femeninas” de la reproducción. Eso es válido para la diferenciación de dos “lógicas del

70 – Haug, Frigga, op. cit. P. 227.

71 – Haug, Frigga, op. cit. P. 141.

tiempo” contrapuestas que obran en estos casos. Visto desde el punto de la totalidad de la sociedad existe, según Haug, por un lado, una “lógica de ahorrar tiempo”, obedeciendo las leyes del mercado y del beneficio. Por otro lado, en cambio, hay una “lógica de invertir tiempo”, tal como se da en el ámbito del “trabajo doméstico”. Esta diferenciación analítica desmiente, en principio, la subordinación de las actividades domésticas y de cuidado bajo la abstracción del “trabajo”. Desde el punto de vista cultural, esta estructura se muestra, por ejemplo, en la veneración conservadora de la maternidad y también –como argumenta Haug desde su posición positivista del trabajo– en la discusión sobre lo que debería considerarse “trabajo” y no⁷².

Como las mujeres tienen que hacerse cargo tanto de las actividades privadas de reproducción como de un trabajo remunerado (según Haug, cada uno de los dos puede ser “seductor” a su manera), hay que dotar los dos ámbitos con cierto atractivo, sobre todo cuando muchas de las mujeres ni tienen la posibilidad de elegir entre ser sólo ama de casa o ser empleada a tiempo completo sin las cargas domésticas. Por tanto, las mujeres están expuestas a una situación ambivalente y contradictoria, como afirma Haug. Por un lado, actúan en el marco de un sistema de legitimación capitalista del mercado, de beneficios, etc., que se presenta como universal y garantizado por las leyes y los valores. Eso es válido para ellas en cuanto son seres humanos (por ejemplo, en el sector del trabajo). Por otro lado, en cambio, no es válido para ellas en cuanto actúan “como mujeres”. Por eso se necesitan garantías especiales para que las mujeres vean claramente el error de creer en los valores capitalistas dominantes como algo “universalmente reconocido”, a pesar de que las mujeres experimenten en su propia carne la contradicción de tales lógicas tan opuestas. Para eso, pues, existen –aparte de la socialización típicamente femenina– diversas regulaciones jurídicas, como, por ejemplo, el derecho de familia, el derecho matrimonial– precisamente para cubrir

72 – Véase: Haug, Frigga, op. cit. P. 139 y siguientes.

estos ámbitos que se encuentran al margen de la lógica supuestamente universal del mercado⁷³.

Como planteamiento alternativo al existente, Haug propone que⁷⁴ según ella, eso significaría también, acabar con la jerarquización de actividades que obedecen a diferentes lógicas del tiempo y renegociar de nuevo la repartición del “trabajo en su totalidad”. En este contexto, ella defiende un nuevo “contrato de los géneros” a un nivel político, en el cual la regulación de las cuotas tuviera un lugar importante. Desde un punto de vista institucional, estas ideas van íntimamente ligadas a un pensamiento para el que la así llamada política sigue siendo una categoría no cuestionada al igual que el trabajo, puesto que los dos van de la mano.

En este contexto Haug olvida, sin embargo, –como mucha gente de la izquierda y muchas feministas– el hecho de que la política ha sufrido un profundo cambio de función bajo las condiciones de la globalización. La acción en el marco de las instituciones políticas burguesas está sometida ahora, como nunca antes, a la influencia de los mercados mundiales, lo que hace imposible que se pueda actuar o “negociar” políticamente como en los tiempos keynesianos–fordistas. Se ve que Haug aún cree en la posibilidad de proyectos emancipatorios que apuntan a intervenciones reformistas del Estado. Pienso que este procedimiento es muy problemático, también por otra razón, puesto que el concepto de un contrato social de géneros a nivel de unas instituciones políticas burguesas presupone implícitamente el Estado nación como marco de actuación. Pero bajo las condiciones de la competencia global por la supervivencia, eso podría alimentar, involuntariamente, tendencias nacionalistas.

73 – Haug, Frigga, op. cit. P. 136.

74 – Haug, Frigga, op. cit. P. 150.

El planteamiento de Haug es, desgraciadamente, socialdemócrata y refleja aún mucha fe en el mercado. Por esta razón puede reivindicar que la calidad de vida [sic]⁷⁵. Pienso, sin embargo, que hoy menos que nunca puede cambiarse algo con una mera “delimitación” en el sentido de una política tradicional de reformas. En la crisis del trabajo y de la política ya no se puede tratar de colar por el camino oficial de la política otros elementos civilizadores mediante una modificación de las categorías capitalistas. Antes bien sería cuestión de plantearse otro modelo de civilización cualitativamente del todo diferente al actual y que superase tanto el trabajo (remunerado en dinero) como las actividades femeninas separadas en el ámbito de la reproducción conjuntamente con sus respectivas estructuras rígidas del tiempo. Con “la motivación de aumento de beneficios” sólo hay dos posibilidades: o se acepta, o se rechaza; ¡pero no es posible “delimitarlo”! Mientras que no se piensa en su abolición es ilusorio esperar a nivel de toda la sociedad una reorientación fundamental hacia una mayor calidad de vida, tal como lo entiende Haug. Pero el problema no sólo está en que Haug espere una solución para las contradictorias formas de actividades y lógicas del tiempo a través de procedimientos más bien keynesianos, sino que ella trate el patriarcado productor de mercancías en principio como un sistema con estructuras totalmente rígidas e inmutables. Y para ella sólo puede haber cambios dentro de estas estructuras. Haug habla, por ejemplo, de la transformación de las condiciones laborales mediante la microelectrónica o las posibilidades de trabajar menos horas, sin tener en cuenta seriamente la nueva cara de este patriarcado en la postmodernidad⁷⁶.

En este contexto Haug menciona la “doble socialización” de las mujeres a través de sus actividades tanto laboral como en el ámbito separado del trabajo doméstico y del cuidado. Pero en ella esta “doble socialización” tiene un aspecto un poco rebuscado, como caído del cielo. De alguna manera parece como si

75 – Falta un fragmento en la traducción que quita sentido a la frase. [N. del E.]

76 – Véase: Haug, Frigga, op. cit. P. 140 y siguientes.

este problema no encajara bien en su concepto. Como ella no cuenta con la dinámica histórica de la forma de la separación del valor, tampoco puede ver que para las mujeres de la post-modernidad la “doble socialización” significa algo nuevo. Hoy día, las mujeres ya no sólo sufren formalmente la “doble socialización”, sino que ésta actualmente se ha convertido en el modelo oficial y la han interiorizado como parte de su autoentendimiento. Eso, sin embargo, representa una nueva cualidad.

La cerda que da leche y lana y además pone huevos, sobre la “doble socialización” de las mujeres

Al contrario de Frigga Haug, Regina Becker-Schmidt parte de una nueva cualidad en la “doble socialización” de las mujeres. Ella habla de una ambivalencia fundamental, resultado de las contradicciones de la situación social de las mujeres. *“Las dos formas del dominio agudizan aún los problemas: la supervivencia de estructuras patriarcales en la familia (...) dificulta la participación de las mujeres en el mundo laboral fuera de casa y en otras formas de la vida pública; y la jerarquía de valores del sistema laboral, que calcula a los seres humanos según categorías económicas y no según las necesidades vitales, no toma nota de la existencia de un puesto de trabajo familiar”*⁷⁷.

Queda patente que Becker-Schmidt transmite también el concepto del trabajo a las actividades femeninas en la esfera privada. Pero si aquí aún trasluce una crítica de la situación esquizofrénica en la que se encuentran las mujeres, nuevas reflexiones psicoanalíticas de Becker-Schmidt elucidan que procede de una “valoración más alta” de las mujeres en comparación con los hombres, cuando prácticamente remite a una dimensión subjetiva de la “doble socialización”: realizar todos sus poten-

⁷⁷ – Becker Schmidt, Regina: *“Von jungen, die keine Mädchen und von Mädchen, die gerne Jungen sein wollten. Geschlechtsspezifische Umwege auf der Suche nach Identität”*, en Becker Schmidt, Regina / Knapp, Gudrun-Axeli (Ed.) (1995) *Das Geschlecht in den Sozialwissenschaften*. Frankfurt / Main. P. 23 y siguientes.

ciales en el curso de su curriculum, puesto que no las dejan entrar en determinados sectores reservados a los hombres, ... (y también) a pesar de resignarse a las ideas masculinas sobre el papel femenino dentro de la familia, en su condescendencia, no obstante, se encuentra algo como una “obediencia bajo protesta” (Ferenczi). No dejan que se les ate a la casa ... La tarea de realizar el potencial innovativo y opciones socialmente tenaces en un curriculum para reunir de esta forma lo socialmente separado –lo privado y lo público– en el sentido de un trabajo de integración, es emprendida por el género femenino⁷⁸.

En la moderna historia de las ideas del patriarcado capitalista nos encontramos ante algunos proyectos de filosofía de la vida que presentan a la mujer como el “individuo más completo” en comparación con el hombre, porque ella, en tanto que ama de casa y madre (y, desde luego, en correspondencia con todo su carácter) que queda fuera del proceso laboral, no tiene tendencia a la unidimensionalidad, y por tanto tiene los sentimientos mejor integrados. Cuando nos hablan así, no se trata sino de la versión postmoderna pero invertida de lados, de la visión patriarcal: La mujer como ama de casa y madre no es más “completa” por el hecho de estar fuera del proceso laboral, sino bien al contrario, es más “completa” como persona “doblemente socializada”. Por eso no es de extrañar que en el planteamiento de Becker-Schmidt trate⁷⁹.

Becker-Schmidt argumenta aquí como si hoy en día el ser sólo ama de casa fuera la única manera de existir con connotaciones conservadoras y como si las mujeres debiesen luchar exclusivamente contra eso. Ignora simplemente que, en la actualidad, la forma dominante del conservadurismo no quiere un regreso a la norma de la mujer como esposa, ama de casa y madre, sino que opera también con la imagen de la mujer “doblemente so-

78 – Becker-Schmidt, Regina, op. cit. P. 240.

79 – Becker-Schmidt, Regina/Dölling, Irene: “*Geschlechterverhältnis und Frauenpolitik*”, en Negt, Oskar (Ed.) (1994) *Die zweite Gesellschaftsreform*. Göttingen: 27 Plädoyers. P. 129.

cializada”, como lo muestran unas declaraciones de Wolfgang Schäuble, Rita Süßmuth y Claudia Schulte⁸⁰. Con la suposición de una especial capacidad de resistencia e innovación de las mujeres, que sería precisamente un resultado positivo de la “doble socialización”, Becker-Schmidt reafirma en el fondo a la mujer postmoderna como “*cerda que da leche y lana y además pone huevos*”, que reparte sus actividades en dos “*puestos de trabajo*”, confirmando así sólo las condiciones patriarcales postmodernas.

En conclusión, eso significa que Becker-Schmidt no llega a formular una crítica radical de la forma social de la separación del valor, ni referente a las actividades domésticas y de cuidado, ni del trabajo remunerado capitalista con sus correspondientes limitaciones. El trabajo constituye también para ella un concepto universal ahistórico que aplica, como Haug, a las actividades “femeninas” de la reproducción. Al describir la “doble socialización” de las mujeres según este modelo, Becker-Schmidt fomenta su idealización a pesar de criticar la consiguiente sobrecarga que resulta de dicho modelo.

En este punto tanto Becker-Schmidt como Haug ignoran que “la mujer que lo quiere todo” (familia y trabajo remunerado) actualmente ya forma parte fija de la propaganda. Unos análisis de los discursos de películas, novelas, propaganda, etc., de nuestro tiempo seguramente mostraría que desde hace tiempo las mujeres ya no están representadas únicamente como ama de casa y madre, o sea, que se ha producido también un cambio en el orden simbólico. Las dos autoras tampoco tienen en cuenta que el mercado no conoce sus límites y que está socavando desde los años 60 su propia base de existencia al integrar a las mujeres cada vez más en la vida laboral y al liberarla de su papel tradicional, causado también por los procesos de automatización en el hogar, por la contracepción, etc.⁸¹ Pero

80 – Los tres son destacados políticos alemanes. [N. del T.]

81 – Véase, por ejemplo: Beck, Ulrich/Beck-Gernsheim, Elisabeth, op. cit.

como la mujer precisamente no puede ser una “*cerda que da leche y lana y además pone huevos*”, una parte de las actividades separadas se convierte en precaria con las correspondientes consecuencias para la socialización mercantil, cuestionando así su fondo “mudo”. Tanto Haug como Becker–Schmidt ignoran las consiguientes tendencias a la individualización que adquieren diferentes aspectos según los géneros, como han descubierto las investigadoras feministas⁸².

Becker–Schmidt desacierta –aunque de otra manera que Haug– en referencia al meta–nivel de la forma de la separación del valor en tanto que estructura social básica. Por tanto, percibe la “doble socialización” de las mujeres sólo mediante una reducción “sociológica”, es decir, sólo como un fenómeno social, sin una crítica categorial. No analiza los cambios en su mediación por la dinámica histórica de la separación del valor como complejo total, sino únicamente en su carácter inmediato y superficial. El cambio, sin embargo, se está produciendo precisamente en el principio social formal de la estructura básica contradictoria del trabajo y del mercado, por un lado, y de los ámbitos separados, por otro lado. La lógica fundamentalmente “dividida” sigue existiendo y se traduce, por ejemplo, en los sueldos más bajos de las mujeres en comparación con los hombres, en la responsabilidad para el hogar, la educación de los hijos, etc., que siguen mayoritariamente a cargo de la mujer. Y todo eso mientras se están produciendo cambios como la “doble socialización” en relación con una mejor formación académica de las mujeres y la entrada de las madres en el sector laboral, etc. Es enormemente importante mantener la tensión entre la esencia (la forma fundamental de la separación del valor) y el fenómeno (la “doble socialización”), en vez de encapricharse exclusivamente con el mero fenómeno.

De esta manera, Becker–Schmidt tampoco ve que en el entretanto se ha producido una forma postmoderna precaria de la

82 – Por ejemplo: Schultz, Irmgard, op. cit. P. 173 y siguientes.

“doble socialización”. Si en los años 80 parecía que la emancipación de la mujer ya no podía ser frenada, en los 90 se manifiesta otro desarrollo bien diferente, aunque no se puede hablar de un regreso a las condiciones antiguas. Con el aumento del empeoramiento de la situación económica hay que temer que, para una creciente parte de la población, las relaciones entre los géneros se encaminen en una dirección que conocemos de los *ghettos* de EE.UU. o de los *slums* de los países del Tercer Mundo. Las relaciones familiares tradicionales siguen disolviéndose. Las mujeres, no obstante, se enfrentan actualmente con la responsabilidad tanto “por el dinero como por la vida/supervivencia”. Cada vez más son integradas en el mercado sin que tengan por ello una posibilidad de asegurar su propia existencia. Crían a sus hijos con la ayuda de parientes femeninos o de vecinas. Los hombres vienen y se van, pasan de empleo en empleo y de mujer en mujer, las que muchas veces aún los mantienen (aunque también puede pasar al revés), sin que el orden jerárquico entre los géneros se haya superado⁸³. A pesar de todos los espectaculares secuestros de hijos por sus padres, el sentido de la responsabilidad de los hombres para con sus hijos tiene una tendencia generalizada a disminuir. En los últimos años se han repetido las noticias de prensa sobre la creciente morosidad de padres divorciados y padres de hijos extramatrimoniales.

Como no existen movimientos sociales con exigencias emancipatorias, tampoco se puede producir una verdadera superación de las tradicionales relaciones entre los géneros, y, por consiguiente, tampoco de la división de funciones entre ellos. En su lugar, la separación del valor se desliga en cierta manera de los rígidos vínculos institucionales de la modernidad. En vez de llegar a una superación, se está produciendo un creciente “embrutecimiento” del patriarcado. Este embrutecimiento se muestra también en el hecho de que la tijera entre (pocos) ricos y (muchos) pobres se abre cada vez más, y también entre

83 – Véase: Schultz, Irmgard, op. cit. P. 173 y siguientes.

las mujeres, lo que conlleva que nos encontramos hoy ante formas de “individualización de lujo” y formas de “individualización de miseria”. Las variantes de lujo se pueden ver en las mujeres profesionalmente bien situadas, que han conseguido hacer carrera en el sector del *high-tech* o de los mercados financieros, aunque se sigue prefiriendo a los hombres que no tienen responsabilidad de reproducción y que, por tanto, son más flexibles⁸⁴. Otro indicio de ello es la contratación de mujeres inmigrantes mal pagados por parte de las mujeres privilegiadas (y empeñadas en su carrera) para que éstas las liberen de las actividades de reproducción.

¡Ninguna vaca para Hillary!

Para finalizar quiero abordar aún diversas visiones de subsistencia o de “trabajo propio” que se cotizan en la discusión feminista como posibles soluciones para los actuales fenómenos de crisis de la sociedad del trabajo. El concepto más conocido en nuestro país lo constituye seguramente el proyecto de subsistencia de Maria Mies, Veronka Bennholdt-Thomson y otras. La última publicación de sus principios lleva el título significativo *Una vaca para Hillary*. La perspectiva de la subsistencia, proponiendo a Hillary Clinton, mujer con éxito profesional y esposa de presidente, justamente esta perspectiva⁸⁵.

Con la concentración en la agricultura de pequeños campesinos, esta concepción rechaza de forma global cualquier producción industrial o desarrollo de alta tecnología. Ya que –según Mies y compañía– son la causa de la opresión de la mujer, la naturaleza y los otros “pueblos”. Estas ideas se cotizan entre mucha gente como el más radical “concepto de salida” del mercado y del Estado. A mi entender, sin ninguna justificación, puesto que –dejando de lado la muy problemática y no diferenciada hos-

84 – Wichterich, Christa, op. cit. P. 71.

85 – Bennholdt-Thomsen, Veronika/Mies, Maria (1997) *Eine Kuh für Hillary*. Munich: Die Subsistenzperspektive.

tilidad hacia la tecnología– en la “perspectiva de la subsistencia” no se trata para nada de una salida de la racionalidad del mercado, sino simplemente de la instalación o del refuerzo de mercados locales interiores. Por tanto, este proyecto tampoco se plantea sacudir los fundamentos de la categoría del trabajo y del valor (económico) que caracteriza de modo esencial el patriarcado productor de mercancías. Y naturalmente tampoco la forma básica trascendente de la separación del valor. La división de la vida y de la reproducción social en trabajo abstracto y actividades femeninas de reproducción no se cuestiona hasta las últimas consecuencias, más bien se intenta introducir la producción de subsistencia “femenina” como el centro social. En su pretendida oposición al conjunto de los mercados mundiales, la mujer–ama de casa–artesana–comerciante, dedicada a chapuzas de subsistencia, gana así una valoración positiva⁸⁶.

De este proyecto difieren las propuestas de Carola Möller que se mencionan también a menudo en el debate feminista. Möller defiende una “economía orientada hacia el municipio”, no hacia el mercado actual y sus leyes⁸⁷. Estas propuestas se basan en el concepto del “trabajo propio” con la meta de un autoabastecimiento en un marco local. De esta manera se pretende configurar el “trabajo global” de otro modo. En Möller tampoco encontramos una crítica de la misma categoría del trabajo. Ella se refiere a los análisis de Frigga Haug, pero saca de ellos otras consecuencias y quiere llegar a una superación de la “división del trabajo” según géneros, intentando nuevamente –ella también– superar la separación del valor dentro del margen de la misma separación del valor, puesto que no dispone de un concepto adecuado y por falta de una crítica categorial.

Por esta razón, las actividades de reproducción que hasta hoy día llevan una connotación “femenina”, –según Möller– tam-

86 – Bennholdt-Thomsen, Veronika/Mies, Maria, op. cit. P. 120 y siguientes.

87 – Ver: Möller, Carola: “Die gesellschaftliche Gesamtarbeit neugestalten”, en “Das Argument. Zeitschrift für Philosophie und Sozialwissenschaften”, N° 226.

bién “pueden” ser consideradas como trabajo. Da la sensación de que el mundo entero debería convertirse en cierto modo en un conjunto de casas locales de trabajo. La total ingenuidad de este planteamiento se muestra cuando Möller pretende que este conjunto de autoabastecimiento paradójicamente se vea caracterizado por el “cambio justo”, de ser posible sin dinero⁸⁸. Esto son fantasías burguesas del cambio justo del siglo XIX que reclaman sin perdón la compensación directa del rendimiento de unidades de trabajo.

Pienso que lo más problemático en Mies, Möller, etc. es su actitud no reflexionada de lo *small is beautiful*. Niveles y contextos que sobrepasan lo local quedan absolutamente marginados o bien aparecen en el análisis negativo de la formación de sociedad (global). Tienden además a cuestionar aquellas conquistas de la civilización que son básicamente positivas, una tendencia que me parece totalmente errónea, aunque dichas conquistas se hayan producido sobre una base patriarcal (como, por ejemplo, avances en la medicina o la utilización de la alta tecnología en la producción para hacer la vida más soportable). En tales utopías de una economía local se sigue, al mismo tiempo, con el presupuesto de la vigencia insuperable del trabajo remunerado y del mercado (supra)regional. También en este sentido, los principios del capitalismo patriarcal han quedado intactos.

Por todo lo dicho, estas propuestas son muy apropiadas como conceptos interinos para legitimar una fase caracterizada por la transición de una socialización negativa del capitalismo clásico al embrutecimiento del patriarcado productor de mercancías. Pues, hacen de la necesidad virtud. Al igual que los pretendidos gobiernos del cambio de los Roji-Olivos y *New Labour* solamente prosiguen a su manera el proyecto neoliberal, también podría pasar con las perspectivas del “autoabastecimiento”, sólo que de otra forma. No me puedo liberar de la sospecha de que el programa de subsistencia de Mies, por ejemplo, podría cons-

88 – Möller, Carola, op. cit. P. 483 y siguientes.

tituir una manera de intervención social que uniera la variante pequeño–burgués del neoliberalismo –*nolens volens*– con algo que ya se ha convertido en realidad en muchas regiones del mundo que la economía del mercado ha dejado como tierra quemada: es decir, la mera perspectiva de la subsistencia para poder sobrevivir, pervertida –en Mies– aún en un proyecto emancipatorio. Por esta razón digo: ¡Ninguna vaca para Hillary!

Pero eso no es todo. Al querer contraponer positivamente estas chapuceras ideas pequeño–burguesas de una economía “productiva” de subsistencia al “gran capital” (que actualmente se identifica nuevamente sobre todo con el capital financiero no productivo), involuntariamente promueven visiones ya conocidas y bastante peligrosas. Y aunque dichas visiones surjan ahora –a diferencia de antes– en un contexto postmoderno–globalizado, siguen siendo estructuralmente antisemitas. En los años 90, “el especulador” se ha convertido otra vez en el número uno de todos los demonios; y es justamente en este contexto que la ideología del “trabajo honesto” está ganando nuevamente terreno⁸⁹.

El temor a que se haga de la necesidad virtud y que en este proceso surjan de nuevo las reminiscencias ideológicas de la sociedad del trabajo, se refiere, por lo demás, también a las ideologías del cambio, que actualmente están tan en boga (no sólo en Carola Möller) y que despliegan una propaganda bastante parecida a la de los nazis que veían en los intereses (réditos) la raíz de todos los males (Silvio Gesell). Lo mismo puede afirmarse de los demás ideogramas del “trabajo propio”, como por ejemplo del concepto del “New–Work” de Frithjof Bergmann que prevé la existencia simultánea de trabajo asalariado y “trabajo” informal. En este concepto firmarían como “trabajo productivo” hasta las actividades individuales creativas libremente

89 – Véase: Scholz, Roswitha: “*Die Metamorphosen des teutonischen Yuppie. Wohlstands–chauvinismus, 90er Jhare Linke und kasinokapitalistischer Antisemitismus*”, en “Krisis. Beiträge zur kritik der warengesellschaft”, N° 16/17, 1995.

elegidas. Las dos posiciones han tenido también bastante repercusión en el discurso feminista.

Puesto que hoy predomina la tendencia al “*just-in-time*”, que todo es organizado de forma “racional” (en el sentido de las limitaciones empresariales) y que el trabajo remunerado –que en el desarrollo de la modernidad ha sido en primer lugar lo esencial para la creación de la identidad sobre todo de los varones– se está convirtiendo a nivel global cada vez más en algo escaso, se ve que prácticamente todas las posibles actividades deben ser declaradas de modo inflacionario como “trabajo” (y eso no sólo en círculos de la oposición). Como si de esta manera se pudiese exorcizar la crisis imparable del trabajo. Eso pasa también respecto a las actividades “femeninas” de la reproducción, incluso cuando ya existe la consciencia de que estas actividades obedecen a otra lógica que la de la abstracción del “trabajo”. Y el movimiento feminista ha contribuido también con su óbolo al hecho de que el moderno ethos internalizado del trabajo abstracto no quiera perecer y que necesite, por ello, más y más pasto.

A pesar de todo: El sector terciario no es ya de entrada un “ámbito de sabandijas”

Sería cínico denunciar cada acción que, a pesar de la desolidarización generalizada y a pesar de la ausencia de un amplio movimiento social, intente hacer algo contra la actual situación de decadencia como exclusivamente afirmativo para el sistema. Tampoco queremos rechazar de entrada cualquier iniciativa de autoayuda o descalificar todas las actividades en el sector terciario como “de sabandijas”, como se puede desprender de varias posiciones izquierdistas. Lo importante para mí es criticar la existente ideología ontológica del trabajo y no condenar cualquier proyecto como reformista. Me gustaría explicar esta actitud mía a través de un proyecto concreto: la SSM (*Sozia-*

listische Selbsthilfe Mühlheim = Autoayuda Socialista de Mühlheim). En la SSM, fundada en 1979, viven y trabajan (antiguos) vagabundos (sin techo), disminuidos físicos y psíquicos, gente “normal” y niños. Se acoge conscientemente a gente clasificada por la lógica capitalista normalmente como “desechos” (del proceso de producción) y como “heces de la sociedad”. Se ganan la vida con trasportes y el comercio de objetos de segunda mano. Cada una y cada uno recibe el mismo (escaso) salario. No hay jefes.

Coiniciados, entre otros, por este proyecto e interrelacionados con él existen aún otros grupos y actividades de autoayuda que van desde iniciativas de rehabilitación de casas (antiguamente) okupadas hasta acciones de apoyo para solicitantes de asilo amparados iglesias. Lo que encuentro muy positivo en estos grupos es que todas las actividades –también cocinar, la educación de los niños, etc.– están consideradas igual de importantes, es decir, también las actividades de reproducción, normalmente adjudicadas a las mujeres. Pero este proyecto sufre también el mismo problema de todos los demás: en cierta manera queda bajo la férula ideológica del concepto del trabajo. O sea, el intento emancipatorio de una integración no jerárquica de diferentes ámbitos queda subsumido bajo la abstracción del “trabajo”. Lo importante, en cambio, sería un replanteamiento de la relación entre esfuerzo y ocio. Puesto que –si lo interpreto bien– el objetivo de la SSM es que se esté “haciendo y currando” constantemente algo, en el sentido de la ideología del trabajo, a pesar de que se admita y se tome en cuenta que personas que han vivido durante mucho tiempo en la calle, no son capaces de cumplir con una jornada de 8 horas.

La crítica de la ideología del trabajo no impide, sin embargo, reconocer en este proyecto un mínimo de planteamientos que posibiliten un aprendizaje social con fines emancipatorios, aunque no fuera de la sociedad del trabajo, pero sí al margen de ella. Si se toma en serio el diagnóstico del embrutecimiento

del patriarcado a muchos niveles, que se mostrará en el futuro aún con más contundencia que hasta ahora en tendencias a la desmoralización y el desarraigo social, entonces no podemos menos que constatar que necesitamos concepciones “pedagógicas” (aunque para nada en el sentido de un adiestramiento burgués hacia el rendimiento) para defendernos de estas tendencias. A largo plazo eso, no obstante, sólo es posible en el contexto de unos procesos complejos y amplios de transformación hacia “otra sociedad” más allá del trabajo. En este contexto encuentro remarcable que en el SSM se intente superar la jerarquía entre asistentes sociales y asistidos, o sea, que se aspire a una disolución de la pedagogía como profesión, como ámbito separado.

A pesar de lo cínico que resultaría insistir en una situación social como la actual exclusivamente en el objetivo abstracto de una “sociedad fundamentalmente otra”, tampoco se puede renunciar a este objetivo si no se quiere caer en la trampa de las relaciones dominantes. A mi parecer, la dificultad de estos proyectos está, por tanto, en la cuestión de cómo evitar la caída en una falsa inmediatez, donde deberían mantener una distancia crítica hacia su propio quehacer, una distancia que al final significa la capacidad de superarse a sí mismo. En otras palabras: tales iniciativas deberían estar interesadas en determinar su necesidad y su justificación subjetiva y objetiva en relación con una perspectiva civilizadora. En este sentido, mis objeciones al contenido de los escritos de Mies, Möller, etc., son válidas también para la SSM, puesto que ésta se remite de modo reduccionista y prácticamente sin cuestionarlo a los conceptos demasiado simplistas –según mi opinión– de Frithjof Bergmann (por lo menos en lo que al concepto del trabajo se refiere), a la “economía local” y a las ideas del autoabastecimiento. Pero es precisamente en la legitimación mediante la ideología del trabajo, en los planteamientos teóricos demasiado simplistas, donde acecha el peligro de una recuperación por parte del sistema, puesto que le puede ir muy bien como un proyecto de

administración de la crisis para descargar el presupuesto público. Por todas estas razones, valoro el proyecto de la SSM sobre todo en su ámbito “pedagógico” y no en su afán simplista por una economía local de autoabastecimiento.

¡Fuera holgazanas!

El análisis de diferentes concepciones feministas ha dado como resultado que tanto en Frigga Haug como en la tesis de la “doble socialización” de Regina Becker-Schmidt, así como en las diversas ideas sobre el trabajo de subsistencia y el “trabajo propio”, se encuentra una clara metafísica del trabajo. Estos planteamientos intentan subsumir también las actividades “femeninas” de la reproducción del sector separado a las formas de actividades capitalistas. Parece que las mujeres quieren legitimar de esta manera su existencia en la sociedad del trabajo en vía de extinción, sin determinar claramente la cualidad especial de estas actividades en su ensamblaje dialéctico con el sector remunerado y sin someterlas como tales a una crítica fundamental.

Pero no sólo en el discurso teórico pueden encontrarse actualmente posiciones que hacen de la necesidad de la “doble socialización” una virtud. También en muchos debates me he encontrado a menudo con opiniones como, por ejemplo, la de la filósofa de Alemania oriental, Sabine Grunwald, acerca de su experiencia como mujer en los tiempos de la RDA: *Dedicados a ellos. “La responsabilidad por mis hijos necesariamente ha ayudado a someterme a una disciplina de trabajo más estricta. Las múltiples enfermedades de mi hijo exigían muy pronto una gran capacidad y eficiencia en la búsqueda de literatura (para las/los estudiantes de filosofía en la RDA uno de los requisitos determinantes para los estudios) así como un férreo plan de lectura y de trabajo. Asimismo, creo firmemente que la experiencia especial de vida que comporta el vivir con hijos, marca profundamente*

mi visión del mundo y no solamente no constituyen un estorbo para mis trabajos filosóficos, sino que los enriquecen y que en muchas ocasiones indican a mis reflexiones teóricas el camino de la dimensión abstracta a la concreta”⁹⁰.

¡Qué holgazanes, aburridos y remolones son los hombres en comparación! ¡El argumento de la “doble socialización” se utiliza aquí en serio para hacer chasquear más fuerte el látigo de la racionalidad y eficiencia! Y dicho de paso: El hecho de llegar a un supuesto nivel más concreto no constituye necesariamente una ventaja epistemológica. La definición teórica de la forma de separación del valor, por ejemplo, requiere incluso un nivel de abstracción más alto que una mera crítica androcéntrica del trabajo y del valor, ya que está ubicada en un meta-nivel. En Grunwald, sin embargo, suena como si las mujeres, por el sólo hecho de tratar con niños, se encontrasen más cerca de la “verdad”.

Con tales ideas se quedan en el camino también la relajación y el ocio, y no “solamente” cara a los individuos, sino también como punto de referencia para una crítica de la sociedad que se opusiera a las existentes relaciones sociales con su permanente persecución del rendimiento. Lo emancipatorio sería superar como tales los sectores separados de lo privado y lo público conjuntamente con sus correspondientes lógicas separadas del tiempo. En esta perspectiva ya no se trata de fijar determinadas estructuras (de tiempo) y principios según sectores. Lo importante sería únicamente la orientación hacia la necesidad sensorial/sensual y social de diferentes lógicas de acción y hacia una relación adecuada entre esfuerzo y ocio en todos los ámbitos de la vida. Eso, sin embargo, presupone la abolición de la máxima empresarial del beneficio más allá de una mera orientación hacia un capitalismo del Estado, pero eso significa

90 – Grunwald, Sabine: “Großer Anlauf - und nun?”, en Kulke, Christine / Kopp-Degethof, Heidi / Ramming, Ulrike (Ed.) (1992) *Wider das schlichte Vergessen. Der deutsch-deutsche Einigungsprozeß*. Berlin: Frauen im Dialog. P. 88.

también, más allá del viejo marxismo del movimiento obrero. Justamente porque la quiebra total e histórica de este paradigma ha dado malas cartas a una crítica radical del capitalismo desde el año 1989, es preciso que se elabore una nueva formulación que dé un paso decisivo más y que ponga en el centro de la crítica tanto la categoría del trabajo como las formas de actividades separadas.

El discurso feminista resulta poco útil para eso, mientras no se le ocurra rechazar la orientación hacia la “familia y el trabajo” en toda su limitada variedad como una existencia forzada del sistema capitalista–patriarcal. Bien al contrario: a esta forma de existencia muchas veces se le adjudica un carácter “pionero”. En cierto modo se la considera como el modelo del futuro para toda la sociedad, también para los hombres. Parece que un gran número de proyectos feministas haya llegado al eslogan del fetichismo del trabajo: ¡Fuera holgazanas! En un acto de rara concordia, el feminismo parece haberse puesto de acuerdo con el viejo *leitmotiv* de la Internacional del socialismo de Estado, a pesar de que exista ya desde los años 80 una fuerte crítica al pensamiento abstracto–cultural y que se insista en las diferencias (culturales) entre las mujeres y en las diferentes relaciones entre los géneros. Eso, al parecer, no es válido respecto a la categoría abstracta del trabajo. Desgraciadamente todavía no se ha escrito un panfleto mordaz como:

“En los años 90, a mucha gente le parece totalmente aceptable que –según las teorías postmodernas– la diferencia entre los géneros, e incluso el mismo cuerpo, sean en primer lugar sólo unos ‘productos discursivos’. La abstracción universal del ‘trabajo’, sin embargo, debe mantener su carácter ahistórico–ontológico. Contra su historización y su relativización (cultural) se resiste incluso la mente postmoderna–deconstructivista que en otros casos ya ha llegado a niveles totalmente absurdos de relativización. Existen posiciones deconstructivistas de origen etno–metodológico que incluso llegan a disparates como hablar del ‘trabajo’ de interacción en la ‘construcción! de los (dos) géneros’”⁹¹

91 – Gildemeister, Regine/Wetterer, Angelika: “*Wie Geschlechter gemacht werden. Die soziale Konstruktion von Zweigeschlechtlichkeit und ihre Reifizierung in der*

Pero tampoco hay que pensar que todas las investigadoras del género, que se definen como feministas de izquierda, persigan únicamente una perspectiva del trabajo y del celo, aunque prácticamente todas quieran salvar de alguna manera al “trabajo”. Ingrid Kurz-Scherf defiende, por ejemplo, a semejanza de Frigga Haug, una reducción de la jornada laboral que debería incorporar al mismo tiempo el “derecho al trabajo”, pero también –y aquí se distancia de Haug– “el derecho a no trabajar”. Una crítica radical de la sociedad del trabajo y de su internalización no tiene lugar en estos proyectos que no van más allá de una perspectiva feminista-sindical. Y eso en un tiempo en que la política sindical a favor de una reducción de la jornada laboral prácticamente ha desaparecido del mapa. Kurz-Scherf se entrega incluso a la paradoja de una [sic]⁹². En este contexto, ella sueña con la mala utopía de una “unificación de las posibilidades de trabajo y de vida de hombres y mujeres”, con la “compatibilidad de formas elementales de vida” (y da como único ejemplo: familia y trabajo), y con la ampliación y mejora de las posibilidades de participación de la gente en la política, cultura y otros ámbitos⁹³. Queda por remarcar que Kurz-Scherf extiende también el concepto del trabajo a las actividades femeninas de reproducción.

De un reduccionismo similar es la argumentación de Anneliese Braun que abre –al contrario que el programa de Mies, Benholdt-Thomsen y otras– la vieja oposición entre el “imperio de la libertad” y el “imperio de la necesidad”, una oposición que tiene desde siempre la ontología del trabajo como fundamento. En este contexto, Braun reclama también “espacios de libertad” para las mujeres⁹⁴. Y todo eso ocurre otra vez en el

Frauenforschung”, en Knapp, Gudrun-Axeli / Wetterer, Angelika (Ed.) (1992) Traditionen Brüche. Freiburg i.Br.: Entwicklungen feministischer Theorie.

92 – Falta un fragmento en la traducción que quita sentido a la frase. [N. del E.]

93 – Kurz-Scherf, Ingrid: “*Es gibt nur zwei Freiheiten Plädoyer für eine konsequente Politik der Arbeitszeitverkürzung*”, en Negt, Oskar (Ed.) (1994): *Die zweite Gesellschaftsreform*. Göttingen: 27 Plädoyers. P. 60 y siguientes.

94 – Braun, Anneliese: “*Überlebensstrategien zwischen Barfußökonomie und Frauenemanzipation*”, en “Das Argument. Zeitschrift für Philosophie und Sozialwissenschaften”, N° 226, 1998, P. 497 y siguientes.

contexto problemático de un proyecto de la economía de subsistencia⁹⁵. Mi crítica no apunta de ninguna manera a buscar con la sutileza de un detective en todos los textos la palabra (no tan inocente) “trabajo” para luego machacarlos. Bien al contrario. Pienso que es importante mostrar como planteamientos que en principio no se quieren someter a la presión real de la máxima capitalista del trabajo, quedan pendientes de él y ponen en entredicho así su propia intención emancipatoria.

En total hay que insistir en la necesidad de buscar urgentemente una alternativa más allá de la forma de la separación del valor y, por consiguiente, más allá de la sociedad del trabajo/“trabajo” doméstico. Hace falta un movimiento social que contrarreste la ideología dominante del rendimiento y que desarrolle un imaginario de la “buena vida”. Mientras no exista tal movimiento, por lo menos la reflexión crítica (aparte de algunos proyectos prácticos, necesariamente limitados) nos da la posibilidad de ir más allá de la situación existente de la sociedad del doble trabajo forzado; una posibilidad que el feminismo académico con su fijación en ilusorias perspectivas inmanentes al sistema desgraciadamente está perdiendo.

95 – Véase: Braun, Anneliese, op. cit.

ESCISIÓN DEL VALOR, GÉNERO Y CRISIS DEL CAPITALISMO

Entrevista con Roswitha Scholz⁹⁶



96 - Entrevista realizada por Clara Navarro Ruiz, publicada en "Constelaciones. Revista de Teoría Crítica", N°8 / 9 (2016-2017). Traducción del alemán de Jordi Maiso. [N. del E.]

En primer lugar, nos gustaría hacer llegar al público iberoamericano algunos datos sobre su trayectoria. ¿Qué experiencias marcaron su formación? ¿En qué contexto social tuvo lugar su proceso de politización? ¿Qué contenidos y autores teóricos desempeñaron un papel en todo ello? ¿Cómo llegó al Grupo Krisis? ¿Qué significado tuvo para usted la posterior separación de este grupo y la formación de EXIT!, donde sigue desarrollando su teoría de la crítica de la escisión del valor?

Leí mucho desde la adolescencia. En los años setenta el espíritu de la época estaba a la izquierda y me dejé contagiar por ello. De joven leí muchos textos existencialistas. Sobre todo, novelas y obras de teatro de Sartre, pero también de Camus. También *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Otros autores fueron por ejemplo Erich Fromm, Bertrand Russell, así como literatura psicoanalítica de Freud, Adler, Jung o Wilhelm Reich. Si por entonces llegué a entenderlo todo es otra cuestión. Además, leí también textos feministas de Alice Schwarzer, Carla Lonzi, Sulamit Firestone, Klaus Theweleit y otros, pero también textos sobre antipsiquiatría (Basaglia, Szasz, Laing y muchos otros). También leí una introducción al marxismo de algún jesuita polaco, cuyo nombre ya no recuerdo. Pero en principio identificaba a Marx con el marxismo de los países del Este y con los “K-Gruppen”⁹⁷, y todo eso me resultaba enormemente sospechoso. Mi posición me situaba sin duda en la izquierda antiautoritaria.

97 – Se denominaban K-Gruppen [Grupos K] a agrupaciones y a pequeños partidos surgidos del proceso de descomposición de la Federación Socialista Alemana de Estudiantes [Sozialistischer Deutscher Studentenbund (SDS)] y del movimiento estudiantil en general de los años 1960. Su orientación mayoritaria era maoísta. Jugaron un cierto papel dentro de la Nueva Izquierda en la primera mitad de los setenta. [N. del T.]

A los 17 años estaba ya en un Centro de mujeres, pero allí era una figura completamente marginal y no me atrevía a decir gran cosa. Entonces preparé el acceso a la universidad para mayores y durante un par de años me concentré en eso. Antes había hecho una formación profesional como asistente de farmacia, y durante un par de años trabajé en una empresa de venta al por mayor de productos farmacéuticos. Vengo de una familia de clase baja. Durante mis estudios de pedagogía social asistí a seminarios sobre la Escuela de Frankfurt. ¡Eso era algo muy distinto del marxismo del “socialismo realmente existente” y de los “K-Gruppen!” Enseguida me di cuenta de que tenía que saber más de Marx para poder entender esos textos, y así fue como llegué a la “*Initiative Marxistische Kritik*” (Iniciativa crítica marxista), que ofrecía un curso sobre Marx, y allí Robert Kurz era una figura central. Entre tanto la izquierda espontaneísta que había surgido de la oposición extraparlamentaria de finales de los sesenta comenzó a parecerme también problemática, pues no podía cumplir sus propias pretensiones: por ejemplo, todo debía ser anti-jerárquico y pro-social, pero de facto había un montón de estructuras informales de corte autoritario; se propagaba el amor libre, pero en realidad se trataba a los demás como mercancías en el mercado de relaciones amorosas. La promesa de emancipación aquí y ahora era mentira. Quien no encajaba en el ambiente de izquierdas (por su forma de hablar, vestir, etc.) quedaba de hecho excluido. Había una doble moral. Estas experiencias no solo me hicieron tomar distancia de una “falsa inmediatez”, sino que algunos profesores y profesoras me hicieron ver que la teoría de izquierdas es necesaria, y no solo es una palabrería inútil que no sirve para la praxis.

Ocuparme de Marx y de la teoría crítica me ayudó a comprender lo problemático que es el existencialismo. El modo en que *La ideología alemana* se refiere al “individuo abstracto” me resultó, por ejemplo, enormemente clarificador. El existencialismo da por supuesto este individuo sin ninguna fundamentación. Más tarde, cuando llegué a la universidad (estudié sobre

todo sociología, pedagogía y filosofía, pero hice algunos seminarios en otras disciplinas de la Facultad de Filosofía), intenté averiguar qué teorías no marxistas podían ser útiles para el feminismo. El feminismo era una cuestión que me interesaba desde la adolescencia. La crítica del valor de entonces, dicho suavemente, no era especialmente receptiva hacia el feminismo. En la universidad asistí a distintos seminarios sobre interaccionismo simbólico y fenomenología. Pero en último término llegué a la conclusión de que la *Dialéctica de la Ilustración*, con su incorporación del psicoanálisis, es una obra clave con la que la teoría feminista debe enlazar en clave crítica.

En la formación del Grupo Krisis estuve implicada en lo que se refiere a las disputas sobre el feminismo, pero también en cuestiones vinculadas con el sujeto y la ideología. Por así decir, como una *outsider*. Iba con ellos al bar, pero no estaba inserta en el marco de trabajo dentro del Grupo Krisis. Había formado un grupo de *outsiders* que sin embargo no avanzó hacia la crítica de la escisión del valor, sino que se movió en el cosmos dualista de crítica del patriarcado–crítica del capitalismo. En este grupo nos ocupamos de la historia del movimiento de las mujeres y de textos de teoría feminista.

En los primeros años de convivencia con Robert Kurz tuvimos fuertes disputas sobre el feminismo. Para mi perplejidad cuando le presenté la tesis de “el valor es el hombre” le convenció totalmente. A partir de ese momento, en tanto que *Mastermind* del Grupo Krisis, que estaba compuesto exclusivamente por hombres, intentó defender esta idea, lo que para su sorpresa –y a diferencia de otras innovaciones– no logró del todo. Hubo fuertes discusiones y resistencias. La crítica de la escisión del valor había de ser únicamente un aspecto de la crítica del valor, no su fundamento básico entendido de forma dialéctica, de modo que ni el valor ni la escisión pudieran ser considerados el origen o derivarse uno del otro, sino que la escisión había de estar categorialmente subordinada al valor. Eso no cambió hasta la ruptura del Grupo Krisis.

A mediados de los 90 comencé a elaborar más intensamente la teoría de la escisión del valor. Estaba prácticamente sola en este empeño. Por una parte, estaban los marxistas y críticos del valor androcéntricos (Robert Kurz estaba por entonces ocupado con un sinfín de sus propias publicaciones, por otra parte, no conocía apenas los planteamientos teóricos que, desde un punto de vista feminista, eran importantes para la crítica de la escisión del valor). Por otra parte, en este momento no había apenas planteamientos marxistas en el feminismo: la teoría feminista se orientaba ante todo al deconstruccionismo al estilo de Judith Butler; las estructuras objetivas apenas eran objeto de discusión. En nuestro grupo de trabajo que discutía problemas más allá de la teoría del valor me presionaban para que tomara en consideración los planteamientos de la teoría queer. De modo que no me quedaba más que trabajar a solas entre mis cuatro paredes. Como mujer una necesita una cierta estabilidad para poder llevar a término “sus asuntos” cuando hay fuertes resistencias desde fuera. Creo que en ese sentido había interiorizado una actitud que venía de mi confrontación con el existencialismo.

Ya he dicho que había una tensión entre la crítica de la escisión del valor y la crítica del valor del Grupo Krisis. Pero las diferencias no se basaban solo en el contenido, sino que la atmósfera general en el Grupo Krisis –como en muchos grupos de izquierda– estaba marcada por un comportamiento sexista. Esto llegó hasta el punto que un hombre del Grupo Krisis me dio una bofetada tras una diferencia de opiniones. Me quedé completamente perpleja; no había pensado que se pudiera llegar a algo así. Sin embargo, le quité importancia, como si hubiera sido un desliz. Si no me defendí entonces con más vehemencia fue porque tenía miedo de que el grupo entero se descompusiera, ¿y dónde iba a publicar entonces? A comienzos de los 2000 se intentó excluir a una mujer de la redacción (la única que, además de mí, formaba parte del núcleo del Grupo Krisis, aunque no tanto como teórica, sino más bien como miembro de la redac-

ción) porque había rechazado a un hombre de Krisis que había intentado ligar con ella. Después de que ella le hubiera dado calabazas no podía soportarla en el grupo, porque no se sentía reconocido. Eso dividió al grupo. Una parte se sumó, otra no. A eso se añadió que Robert Kurz había escrito una serie de libros y textos desde comienzos de los años noventa. Si hasta ese momento había sido el motor del Grupo Krisis, e incluso se le había exigido ser en cierto modo el “líder máximo”, ahora esto se le echaba en cara. Resumiendo, se trató –de acuerdo con el cliché– de un asesinato del padre en el clan de los varones. Al mismo tiempo –y también conforme con los clichés– se me reprochó a mí que había roto el Grupo Krisis. Y en efecto me había rebelado en distintos sentidos y perturbado así la paz del clan de varones.

Desde la fundación de EXIT la crítica de la escisión del valor se tomó más en serio y pasó a formar parte de la autoconcepción del propio grupo; sin embargo, hay una tendencia, especialmente cuando llega gente nueva –y se trata sobre todo de hombres– a tratar la crítica de la escisión como una contradicción secundaria. Pero con el tiempo nos hemos vuelto más exigentes. Si alguien no reconoce desde el principio la escisión del valor como el fundamento básico, no se le acepta en la redacción. En los números de la revista “EXIT!” aceptamos artículos cuyo contenido no siempre se ajusta estrictamente a los criterios de la “escisión del valor” siempre que contengan temas o ideas de interés para ésta. Sin embargo, en general la crítica de la escisión del valor es para nosotros el marco de referencia. Hace tiempo que hemos logrado también una clarificación en lo que respecta al llamado vínculo entre teoría y praxis. Este fue también un punto importante en la escisión del Grupo Krisis: para ellos la crítica del valor debía volverse más práctica y enganchar con la gente en las posiciones en las que estuviera. En EXIT tenemos claro que somos un grupo teórico que considera la teoría como su propio campo de praxis social, que no puede aplicarse de forma plana e inmediata al nivel político. De

ningún modo estamos en contra del compromiso práctico con la crítica social, todo lo contrario –por ejemplo, en la lucha contra tendencias neofascistas–, pero semejante compromiso no puede contraponerse a una necesaria constitución teórica en otro nivel.

En el contexto español no es fácil encontrar grupos teóricamente tan potentes como EXIT! fuera del ámbito académico. ¿Cómo definiría ese contexto teórico de un grupo como EXIT!, que sale adelante sin el soporte de un movimiento social, sin una fundación vinculada a un partido, fuera de la universidad? Esto tiene que ver con el lugar de la teoría, pero también con su capacidad de influir y transformar la realidad existente.

Es cierto que hay pocos grupos teóricos que no tengan de alguna manera un apoyo institucional, especialmente hoy en día. En los años ochenta, cuando estudié, las cosas no eran del todo así. Aún se respiraba el espíritu del 68. La teoría marxista comenzó a establecerse en las universidades en los años setenta y por un tiempo mantuvo cierto aroma a oposición extraparlamentaria. En la primera mitad de los ochenta –a diferencia de lo que ocurre hoy– pasar a formar parte del *establishment* aún estaba mal visto. No puede ser que la teoría crítica de la sociedad quede restringida a un ámbito de funcionamiento académico cosificado, con sus imposiciones de método y de contenido, vinculada a ambiciones de carrera en condiciones de vida precaria que favorecen el conformismo.

No es fácil mantenerse como un proyecto teórico de izquierda con un perfil propio, y eso no sólo se debe a los problemas económicos (nos financiamos gracias a donaciones privadas), sino que hay gente que reclama una y otra vez una referencia a la praxis en la crítica de la escisión del valor. Eso es un problema estructural cuando un grupo teórico no está vinculado a la universidad, lo cual legitimaría automáticamente la referencia a la teoría. La mayoría de personas interesadas por cuestiones teó-

ricas en ámbitos de izquierda tienen algún tipo de vínculo con la universidad o quieren entrar en la universidad. Por una parte, nos enfrentamos a eso, por otra, a la exigencia de no hacer solo teoría y pasar a la praxis. Para poder mantener la pretensión de una teoría no universitaria hacen falta nervios fuertes y una cierta firmeza. Este fue siempre también el punto de vista de la vieja “Teoría Crítica”, que cuando no hay más remedio hay que tener el valor de salir de los muros de la ciudad. En este sentido creo que es muy importante la producción teórica fuera de la institución. Precisamente porque hoy parece evidente que hay que buscar alternativas al capitalismo, resulta imprescindible la distancia teórica y fijar categorialmente la propia posición para no recaer en pseudo-conceptos que no favorecen el proceso de transformación social, sino que más bien lo inhiben.

Sobre todo, desde el hundimiento del bloque del Este, la teoría marxista y feminista se ha vuelto dócil. Espero que en el futuro surjan movimientos de intelectuales de izquierda que se opongan a los lechos de Procusto en la universidad y las instituciones a los que hay que adaptarse cuando uno quiere obtener una posición: movimientos que se atrevan a nadar contra corriente. Por lo general en la universidad no hay verdaderas posibilidades de influencia o de transformación, sino que se impone la adaptación y uno o una se convierte en un “batriacio” (Horkheimer/Adorno) por modo de autoconservación. Eso no significa que no se pueda aceptar financiación ajena o que no deba participar en actos del *establishment* de izquierda, sino que no hay que hacerlo a cualquier precio. También puede que haya nichos en el ámbito académico en los que sean posibles otras cosas; pero no es lo más común. En ese caso, habría que partir de esos nichos y crear disenso en la universidad.

Nos gustaría que nos contara algo de su trabajo en común con Robert Kurz. ¿De qué manera se han influido y enriquecido mutuamente? ¿Cómo afrontaron sus diferencias y cómo las fueron resolviendo?

Por lo que se refiere al trabajo en común con Robert Kurz, es muy sencillo. Nunca nos sentamos con un horario o un orden del día para discutir de forma estructurada y planificada; simplemente lo hacíamos. Entre nosotros no había una bipartición: por un lado, la vida y por otro los proyectos teóricos y el trabajo conjunto. A veces la corrección recíproca de textos era bastante conflictiva, pero nos lo tomábamos con humor y lo llamábamos “berrear en el ordenador”. Lo que no es cierto es que Robert Kurz y yo hayamos escrito varios libros juntos, como puede leerse en mi entrada en Wikipedia. Escribíamos nuestros textos por separado y luego llegaba el “berrear en el ordenador”. Por las noches hablábamos relajadamente sobre distintos temas tomando un vino, y de este modo nos influíamos recíprocamente –también a través de las controversias–. Teníamos distintos ámbitos de especialización. Básicamente los temas de Robert Kurz eran la economía y la política y los míos feminismo, “raza”, clase, género y “sujeto”. A menudo nuestra vida era escrutada críticamente –también en el contexto de Crisis–. No teníamos hijos, y eso es algo en cierto modo poco natural, y además el pobre Robert Kurz tenía que discutir continuamente con su mujer, ;ni siquiera en su vida privada podía descansar! El hecho de que el trabajo teórico no sea solo fatiga y tormento, sino que –como también en Marx, pese a sus muchos hijos– pueda ser una pasión, es algo que cierta gente no puede entender, sobre todo cuando las mujeres también tienen esta perspectiva.

Por supuesto que había diferencias de contenido entre Robert Kurz y yo. Al principio de nuestra relación las fricciones se daban sobre todo en materia de feminismo, sujeto e ideología. Un tema controvertido a principios de los noventa era cómo interpretar el racismo y el antisemitismo, que por entonces hacían estragos.

Robert Kurz tendía a decir que había que entenderlos en el proceso de descomposición del capitalismo; yo, por el contrario,

creía que había que interpretar estas tendencias en el contexto específico de cada país; es decir, que, por lo que se refiere a Alemania, había que tomar en consideración el nazismo y el Holocausto. Escribí un artículo en Krisis sobre el tema, “*Las metamorfosis del Yuppie teutónico*”, en el que criticaba algunas posiciones de Krisis. Mientras que Kurz apreció ese texto, y más tarde –por ejemplo, en *Schwarzbuch Kapitalismus*– reconoció la especificidad de Alemania en el proceso de modernización a propósito del Holocausto, en el resto del Grupo Krisis suscitó fuertes resistencias –aunque hoy la página web de Krisis está llena de textos que critican precisamente el antisemitismo estructural que entonces discutían vehementemente–. No hay constancia escrita de esas disputas, pero esas discusiones no se mencionan en ningún momento, y parecería como si siempre hubieran defendido esas posiciones.

Otro ámbito de conflicto en mi relación con Robert Kurz fue la confrontación con los llamados anti-alemanes [*Antideutschen*] en la primera mitad de la década del 2000. Kurz estaba muy indignado por su actitud belicista y rompió con todas las revistas con las que había publicado hasta ese momento. En esos años escribió todo un libro sobre los anti-alemanes⁹⁸; en mi opinión eso no era necesario: hubiera bastado con dos o tres artículos fundamentales. Hoy entiendo algo mejor su irritación. La Guerra de Irak no ha servido de nada, ni siquiera desde una perspectiva inmanente al sistema. Ha costado muchas vidas, y se basaba en datos falsos referidos a las armas de destrucción masiva, como el propio Colin Powell admitiría posteriormente. Además, estos ataques prepararon el terreno para el Estado islámico, como ha subrayado ampliamente la prensa. Pese a todo creo que una confrontación tan minuciosa con los “anti-alemanes” no era necesaria. Hubieran bastado un par de textos para que no le tomaran por uno de ellos –ya que también ellos se

98 – Se trata del libro *La ideología anti-alemana*, publicado en 2003 (Robert Kurz (2003) *Die antideutsche Ideologie: von Antifaschismus zum Krisenimperialismus. Kritik des neuesten linksdeutschen Sektenwesens in seinen theoretischen Propheten*. Berlin: Unrast). [N. del T.]

basan en la crítica del valor, si bien no desde las posiciones de la crítica de la escisión del valor–.

Otra diferencia entre Kurz y yo remitía a la cuestión de si puede considerarse que las sociedades pre–modernas son sociedades fetichistas o si el fetichismo está restringido a las sociedades modernas. Kurz defendía la primera posición, yo la segunda. Tampoco estoy segura de que las armas de fuego tuvieran un papel tan fundamental en el proceso de constitución del patriarcado capitalista como el que les atribuye Kurz. Hubo también otras diferencias, que no puedo describir aquí en detalle. En nuestra convivencia estas diferencias eran una realidad: las cosas estaban así. Pero podíamos vivir con ello, no era algo tan dramático que pudiera desarrollar una fuerza centrífuga. En una ocasión Robert Kurz me dijo que no podía estar con una monárquica bávara, y los dos rompimos a reír.

Con todo, en general éramos de la misma cuerda. Kurz era, junto a la “*Teoría Crítica*” de Adorno, el segundo pilar de la crítica de la escisión del valor. La crítica de la escisión del valor tampoco hubiera existido si Kurz no la hubiera apoyado como líder del grupo Krisis –frente a todas las resistencias en este contexto–. En último término eso fue un motivo más de la ruptura de Krisis, también en la praxis inmediata del clan de varones críticos del valor que se oponían a su contenido. Por lo demás había que reconocer que Kurz había pronosticado correctamente la desolada situación de crisis mundial que vivimos. En la actualidad se habla mucho del fin del capitalismo, y sin embargo a Kurz hasta hace no mucho tiempo se le consideraba un loco o alguien a quien no había que tomar en serio.

El planteamiento de la crítica de la escisión del valor partía de la incompletud de la crítica del valor. Por decirlo de manera sencilla (y obviando las críticas particulares del grupo EXIT), ésta se centraba únicamente en la crítica de la noción de trabajo como relación social y concepto central de la sociedad pro-

ductora de mercancías. El capitalismo ha de entenderse como una civilización, y al mismo tiempo entender su carácter particular e histórico. Esto implica ya una importante corrección de la visión del marxismo tradicional, centrado en la categoría de plusvalor y sus problemas de distribución y apropiación. Por su parte, usted defiende que la imposición de la dinámica del valor conlleva necesariamente la “escisión” de los trabajos de reproducción y lo “femenino”, tradicionalmente asociados a los mismos. ¿Podría explicar los elementos fundamentales de esta tesis y su desarrollo?

Parto de que lo que constituye la totalidad no es sólo el valor en cuanto sujeto automático, sino que asimismo hay que tener en cuenta el “detalle” de que en el capitalismo también tienen lugar actividades reproductivas que realizan sobre todo las mujeres. En este sentido la “escisión del valor” sostiene que las actividades reproductivas, pero también los sentimientos, propiedades y actitudes asociadas a ellas (sensualidad, emocionalidad, cuidado, etc.), determinadas en lo fundamental como femeninas, están escindidas del valor/plusvalor. Las actividades reproductivas que el capitalismo delega en las mujeres tienen por tanto un carácter distinto al del trabajo abstracto, y por eso no pueden subsumirse sin más bajo este concepto; se trata de una dimensión de la sociedad capitalista que no puede comprenderse desde el sistema conceptual marxiano. Esta dimensión forma parte de la misma realidad social que el valor/plusvalor, le pertenece necesariamente, pero por otra parte está fuera de su ámbito y es por ello un presupuesto del mismo. (Plus)Valor y escisión están en una relación dialéctica entre sí. El uno no puede derivarse del otro, sino que cada uno surge del otro. En esta medida la escisión del valor puede entenderse como una meta-lógica que abarca las categorías de la esfera económica.

Pero las categorías de la economía tampoco son suficientes en otro sentido: la escisión del valor debe entenderse como una

determinada relación socio-psíquica. Ciertas propiedades infravaloradas (sensualidad, emocionalidad, debilidad de carácter, etc.) se escinden del sujeto masculino y se proyectan a la mujer. Semejantes atribuciones de género marcan de forma decisiva el orden simbólico del patriarcado capitalista. A la hora de analizar la relación de género en el capitalismo, se trata de ir más allá del momento de la reproducción material para tomar en consideración tanto la dimensión psicológico-social como la cultural y simbólica. Pues es en estos niveles donde el patriarcado capitalista se revela una totalidad social. Sin embargo, lo decisivo en la escisión del valor, entendida como contexto social fundamental, es que no se trata de una estructura estática como en algunos modelos estructurales de la sociología, sino de un proceso.

En este sentido, desde el punto de vista de la teoría de la crisis, hay que partir de que la ley que en último término lleva a las crisis de reproducción y a la descomposición y el hundimiento del capitalismo es una contradicción entre la materia (los productos) y la forma (el valor). Dicho de forma esquemática, la masa de valor de cada producto individual es cada vez menor. La consecuencia es una enorme cantidad de productos mientras que la masa de valor a nivel total mengua. Lo decisivo en este sentido es el desarrollo de las fuerzas productivas, que está relacionado con la formación y la aplicación de las ciencias. Frente a lo que ocurría en la era fordista, cuando la producción de valor relativo se compensaba con la necesidad adicional de fuerza de trabajo para obtener plusvalor, con la revolución microelectrónica (que hoy culmina en la “industria cultural 4.0”) el trabajo abstracto se vuelve obsoleto. Entramos en una fase de desvalorización del valor y de colapso de la relación de (plus)valor, si bien Robert Kurz ya escribió en 1986 que este colapso no ha de entenderse como algo que ocurra en un único acto –incluso si cobra expresión en sacudidas repentinas, con quiebras bancarias o ruinas masivas–, sino como un proceso histórico: Como una época que quizá pueda durar varias décadas, en las que la

economía capitalista mundial no logrará salir del remolino de la crisis, los procesos de desvalorización y el creciente desempleo de masas. Hace ya tiempo que está claro que la imposibilidad de lograr réditos mediante la obtención de plusvalor no solo ha producido una tendencia a la economía especulativa, sino que la dinámica asociada a ella ha llevado a un proceso de desmoronamiento del capitalismo.

Sin embargo, esta estructura y esta dinámica debe modificarse para poder entenderla desde la perspectiva de la crítica de la escisión del valor. La escisión no es una magnitud estática frente a la lógica del valor, que representaría el momento dinámico, sino que la escisión misma se antepone dialécticamente a esa dinámica y posibilita la contradicción en proceso; de ahí que el punto de partida tenga que ser una lógica de escisión del valor en proceso. La escisión está totalmente implicada en la eliminación del trabajo vivo. Y ella misma se transforma en este proceso.

Tanto en las ciencias naturales –cuya aplicación en el proceso productivo permite el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo– como en la formación de la ergonomía –que aspira a la optimización de la eficiencia y a la organización racional del proceso productivo (paradigmáticamente en el taylorismo)– el requisito psicosocial de su existencia fue la escisión de lo femenino y las subsiguientes imágenes de la mujer, que también cobran expresión a nivel cultural y simbólico (las mujeres son menos racionales, menos dotadas que los hombres para las matemáticas y las ciencias naturales, etc.). Pero la escisión de lo femenino no se revela solo en los discursos sobre las ciencias naturales, la filosofía, la teología, etc., desde la modernidad, sino que se materializó más bien durante la fase fordista, dado que, en este momento, en el prototipo de célula familiar, el hombre pasaba a ser el sostén de la familia y la mujer ama de casa. Cuanto más se objetivaban las relaciones sociales, más se imponía una dicotomía de género jerárquica en la realidad.

La escisión de lo femenino se convertía en presupuesto del desarrollo de las fuerzas productivas que fundaba el patriarcado capitalista con su “contradicción en proceso” y, como tal, ponía en marcha ese desarrollo como una condición decisiva para la producción de plusvalor relativo, de modo que la disparidad entre riqueza material y fuerza valor se hacía cada vez mayor. Desde un punto de vista histórico procesual, la objetivación y la constitución de relaciones de género jerárquicas se condicionan mutuamente, no están en contraposición. Esta escisión de lo femenino como presupuesto del desarrollo de las fuerzas productivas llevó en último término a la revolución microelectrónica, que no solo llevó al absurdo el trabajo abstracto, sino también los patrones de género de la modernidad clásica y el rol del ama de casa.

La expansión de actividades de reproducción, asistencia y cuidado, que antaño formaban parte de la esfera privada y ahora pasaban a profesionalizarse, es un componente de la crisis desde un punto de vista económico, pues había que redistribuir la masa de plusvalor para poder financiarlo. Pero esta posibilidad ya no existe desde el trasfondo de la contradicción en proceso y de un capitalismo que se topa con sus propios límites. Así surge un déficit de reproducción, por ejemplo, cuando las mujeres ya no pueden desempeñar esas tareas porque tienen una doble carga, es decir, porque han de ocuparse tanto de la familia como de su profesión. Las tareas de asistencia y cuidado que se prestan de forma profesional se topan con límites cualitativos, porque estas actividades no se pliegan a criterios de eficiencia, aunque a menudo caen en el ámbito profesional del cuidado u otros servicios. Hoy en principio las mujeres han de aceptar trabajos de todo tipo, incluso aquellos que hasta ahora se consideraban masculinos, y al mismo tiempo de facto se siguen ocupando de las tareas de cuidado en la esfera privada.

De modo que la escisión no ha desaparecido en absoluto, y eso se revela en que las mujeres tienen ingresos inferiores y menos

posibilidades de ascenso profesional. En este sentido hay que subrayar que la escisión del valor no consiste en las esferas escindidas de lo público y lo privado, de modo que las mujeres quedarían encasilladas en la esfera privada y los hombres en la esfera pública (política, economía, ciencia, etc.). Más bien la escisión del valor atraviesa todos los niveles y ámbitos de la vida social, también el de la esfera pública; determina el contexto fundamental de la sociedad en su conjunto. Esto se revela por ejemplo en el hecho de que las mujeres a menudo ganan menos que los hombres pese a realizar el mismo trabajo y a que, en general, están mejor formadas que los hombres.

Por otra parte, cuando el trabajo abstracto se vuelve obsoleto se produce también una tendencia a que los hombres adopten rasgos de amas de casa. Se produce también un embrutecimiento salvaje del patriarcado cuando las tendencias a la crisis y el empobrecimiento erosionan las instituciones de la familia y el trabajo asalariado sin que las estructuras y jerarquías patriarcales hayan desaparecido. Hoy las mujeres han de tener una vida profesional por pura supervivencia. Son también las mujeres las que, en los *slums* del llamado tercer mundo, ponen en marcha grupos de autoayuda y se convierten en administradoras de la crisis. Al mismo tiempo en Europa se espera que lleguen a posiciones de mando en la economía y la política y que adopten roles de *Trümmerfrauen*⁹⁹ cuando en la crisis total el carro se atasca en el fango.

De modo que la escisión del valor, como estructura social fundamental, histórica y dinámica, unida al desarrollo de las fuerzas productivas, socava sus propios fundamentos, es decir, las actividades de asistencia y cuidado que se desarrollan en la esfera privada. En este sentido lo central es que las transformaciones –no solo en la relación de género, sino en las relaciones ⁹⁹ – *Trümmerfrauen*, literalmente “mujeres de los escombros”, es como se llamaba a las mujeres que, después de la Segunda Guerra Mundial, se emplearon en limpiar las calles de los escombros de los bombardeos y reconstruir las ciudades. [N. del T.]

sociales en general– deben entenderse a partir de los mecanismos y estructuras de la escisión del valor en su dinámica histórica y procesual, y no derivarse únicamente del “valor”, como ya se ha señalado.

En definitiva, desde un punto de vista teórico las relaciones jerárquicas de género han de analizarse en el periodo histórico de la modernidad y la postmodernidad. Eso no quiere decir que estas relaciones no tengan una historia premoderna; sin embargo, en el capitalismo adoptaron una cualidad completamente nueva. Ahora las mujeres se ocupaban fundamentalmente del ámbito privado, siempre menos valorado, mientras que los hombres se ocupaban de la esfera de producción capitalista y de lo público. Esto refuta las perspectivas que ven las relaciones de género patriarcales como un residuo precapitalista. Pues la familia nuclear tal y como la conocemos, por ejemplo, no aparece hasta el siglo XVIII, de modo que las esferas pública y privada que conocemos se constituyen por primera vez en la modernidad.

La crítica de la escisión del valor no parte simplemente de que la crítica del valor sea insuficiente, sino que, con ella, ésta alcanza un nivel cualitativamente nuevo.

Su teoría de la escisión del valor, además, se ha confrontado también con los discursos de la diferencia provenientes de la crítica feminista y muy comentados en los años 80 y 90. Esta discusión ha tenido importantes consecuencias para la determinación cualitativa de su propia teoría, que se define como una “dialéctica realista” que conforma una “totalidad fragmentada”. ¿Cómo valora la crítica de la escisión dichos discursos de la diferencia? ¿Cómo los critica y cómo enriquece su aproximación teórica?

Para responder a eso tengo que hacer un poco de historia del feminismo y la teoría feminista en Alemania desde 1968. En un principio, en los años 70, el objetivo era unir marxismo y feminismo. ¿Cómo puede integrarse teóricamente la represión de la mujer en el marxismo del movimiento obrero? A comienzos de los 80 se trataba ante todo de establecer un nexo entre el capitalismo, la represión de las mujeres, la destrucción de la naturaleza y los procesos de colonialización y el Tercer Mundo. En la segunda mitad de los 80 comenzó el discurso sobre las diferencias entre las mujeres. Los movimientos de mujeres negras, latinas o lesbianas reprochaban a las feministas blancas que las cargaban con un cliché y que convertían la posición de la mujer blanca como ama de casa en presupuesto de su teoría. Este discurso se solapaba con otro que partía de la pluralización de los modos de vida y las tendencias a la progresiva individualización en los países occidentales industrializados a partir de las seguridades del Estado social. El punto de partida era que no existía “la mujer” (ni tampoco el hombre), sino que cada una de ellas contenía una multiplicidad. Después del derrumbe del bloque soviético, Marx se convirtió en algo del pasado, también en el feminismo. Surgió un deconstructivismo al estilo de Judith Butler y se convirtió en la teoría dominante dentro del feminismo. La teoría materialista estaba completamente pasada de moda, mientras que la teoría culturalista y postestructuralista era lo más de lo más. Ya no se trataba de la división del trabajo según el género, sino de cómo el género se construía discursivamente. El género ya no era nada real, nada fijo, sino algo negociable discursivamente y que en el constructivismo vulgar de la izquierda parecía poder elegirse libremente. Así cobraron peso teorías basadas en el relativismo cultural. Las relaciones de género variaban de unas culturas a otras, adoptar una perspectiva universalista era un tabú. El lenguaje, el discurso y la cultura se convirtieron en una especie de sustituto de la vieja teoría materialista de la totalidad.

En lugar de ello, la crítica del valor intentó explicar el colapso del bloque soviético con categorías marxistas, pero más allá de los planteamientos del viejo movimiento obrero. Lo hizo poniendo en el centro la categoría de valor y leyendo desde ahí a Marx. Para entonces ya hacía tiempo que me había incorporado a la crítica del valor como feminista –con todas las perplejidades que ya he mencionado–, cuando entre finales de los 80 y comienzos de los 90, al ocuparme de teoría feminista, y entre otras cosas de la caza de brujas, me vino a la mente la idea de que “el valor es el hombre”. Y en este contexto me di cuenta de que era ineludible establecer una relación con la *Dialéctica de la Ilustración*. Y es que la teoría de la escisión del valor ofrecía un modo de entender el nexo que une dominio de la naturaleza, opresión de la mujer, antisemitismo y racismo. Por lo que se refiere a las diferencias –no sólo entre las mujeres– la crítica de Adorno a la lógica de la identidad fue muy clarificadora para mí. A diferencia de los planteamientos postmodernos y post-estructuralistas, para él no se trataba de hipostasiar la diferencia, sino de respetar y analizar cada objeto único y particular. Había que mediar eso con la teoría de la escisión del valor. No se trataba de que el movimiento feminista de los años setenta y ochenta hubiera sido completamente ciego frente a otras formas de desigualdad, como las de “raza”/etnia o las de clase, ni de que se hubiera ocupado únicamente de la emancipación de la mujer, como se afirmaba a menudo en los años noventa. Lo que ocurre es que entonces no se hipostasiaban las diferencias desde el trasfondo de perspectivas culturalistas y post-estructuralistas. Esta perspectiva, que era ante todo un relativismo cultural, tenía como consecuencia que las características comunes de la represión de las mujeres ya no se podían tematizar. De modo que no he tomado el pensamiento de las diferencias de un feminismo post-estructuralista, sino que dicho pensamiento ya estaba ahí antes. Al mismo tiempo creo que en la teoría marxista la cultura y el orden simbólico tampoco han recibido atención que merecían. No habría que negar abstractamente este nivel, sino incorporarlo a la crítica de la escisión del valor

en tanto que negación determinada, como algo separado y al mismo tiempo vinculado con ella, del mismo modo que el plano psicoanalítico.

De los distintos autores que conforman el grupo EXIT!, usted es sin duda quien más ha puesto de manifiesto las conexiones entre la crítica de la escisión del valor y la teoría crítica clásica de la primera generación de Frankfurt. La figura de Th. W. Adorno tiene especial importancia para su pensamiento, tal y como muestran algunos de sus escritos (*Die Bedeutung Adornos für den Feminismus heute, Die Theorie der geschlechtlichen Abspaltung und die Kritische Theorie Adornos, Gesellschaftliche Form und konkrete Totalität*). Reivindica su importancia para el feminismo en general y para la propia crítica de la escisión del valor en particular. ¿En qué sentido es recuperable la figura de Adorno?

Adorno no se alineó con el marxismo del movimiento obrero y no fue un socialista del bloque soviético. El punto neurálgico de su teoría no era la lucha de clases, sino más bien la alienación, la cosificación y el fetichismo que penetraban la sociedad hasta lo más recóndito, si bien la economía sólo tenía un lugar marginal en su pensamiento. Pero habría que retomar su crítica del fetichismo desde un punto de vista económico, sin adoptar su recurso primitivo al “intercambio” como forma fundamental del capitalismo. Más bien habría que considerar que el núcleo de la socialización capitalista-patriarcal son la contradicción en proceso y el trabajo abstracto/actividad de cuidado, como apunta la teoría de la escisión del (plus)valor. Al distanciarse de Hegel, Adorno se percató ya de que el todo es lo no verdadero, y de este modo abogaba por una totalidad fragmentada que debía hacer saltar el hermetismo. Lo que hoy tenemos es de hecho una totalidad fragmentada. Pero, por otra parte, el final de la postmodernidad revela que esto no tiene por qué llevar necesariamente a la emancipación, sino que puede producir confrontaciones de guerra (civil). Si las diferencias flotan

libremente, como ha señalado el postestructuralismo, esto – sumado a los procesos materiales de pauperización en la era del “colapso de la modernización” (Robert Kurz)– llevará a la barbarie. Sin embargo, lo que le interesaba a Adorno no eran las diferencias en y para sí, en abstracto, sino que demandaba la no identidad desde el trasfondo de un capitalismo total que cosifica el pensamiento. El pensamiento positivista de la diferencia en la postmodernidad ofrece un reflejo invertido de un pensamiento clásico de la modernidad basado en la identificación y la clasificación. En este sentido habría que reclamar el reconocimiento de lo no–idéntico como presupuesto de otro modelo social, pero sin dejarlo en un nivel puramente abstracto, y esto significa que no se puede reconocer cualquier diferencia por bárbara que sea, pero que lo idéntico o lo propio tampoco puede convertirse en patrón de medida. En este sentido un Adorno actualizado sería hoy enormemente fecundo. En cambio, el recurso a Lenin y al marxismo del movimiento obrero –tal y como reaparece hoy– no es más que un intento desesperado de rescatar viejos modelos enterrados desde hace tiempo.

Por otra parte, ha tenido que marcar distancias respecto al pensamiento de Adorno, particularmente, en lo que respecta a una confusión entre la lógica de lo “no–idéntico” en Adorno y su propia noción de lo “escindido”. ¿En que se concreta esta diferencia?

Adorno ha desarrollado su crítica de la lógica de la identidad a partir del intercambio. Pero lo decisivo no es sólo que el tercer elemento en común –prescindiendo de todas las cualidades– sea el tiempo de trabajo socialmente necesario, el trabajo abstracto que en cierto modo subyace a la forma de equivalente del dinero, sino que éste por su parte necesita excluir lo connotado como femenino y considerarlo como algo de menos valor: es decir, el “trabajo doméstico”, lo sensorial, lo emocional, lo no–unívoco, aquello que no puede captarse claramente

con medios científicos. Sin embargo, entonces la escisión de lo femenino no coincide en absoluto con lo no-idéntico en Adorno. Pues precisamente el propio objeto “particular” de la relación de género, que además es también una relación social fundamental, necesitaría un “concepto” a un nivel teórico fundamental; pues esta relación y “lo femenino” se consideran un ámbito oscuro, que existe por así decir en contraposición dualista frente a lo conceptual. Sería absurdo afirmar que la mitad de la humanidad sería no-idéntica, a pesar de que el pensamiento de lo no idéntico surge de esta estructura fundamental. De modo que la crítica de la escisión del valor concibe la lógica de la identidad como contexto fundamental que constituye las relaciones sociales, y no sólo el intercambio y el valor. La escisión, por tanto, no es lo no-idéntico. Pero es el presupuesto para que un pensamiento formal y positivista pueda constituirse en modelo dominante en la ciencia y la política, que prescindir de las cualidades particulares de los objetos concretos y de sus correspondientes diferencias, contradicciones, rupturas, etc. Sin embargo, lo decisivo es partir de una comprensión de la “contradicción en proceso” modificada desde los parámetros de la teoría de la escisión del valor, que en último término llevan a que el trabajo abstracto quede obsoleto, pero también las actividades domésticas en sentido moderno. Solo se puede hablar de trabajo abstracto cuando el capital ha comenzado a procesar sobre sus propios fundamentos y ha comenzado una determinada trayectoria evolutiva a partir de la lógica de la escisión del valor. La no-identidad es aquello que no se agota en el concepto, en la estructura. De modo que lo no-idéntico no puede definirse concretamente de antemano, puesto que siempre está vinculado al contenido concreto y al objeto en cuestión.

Para la crítica de la lógica de la identidad en la línea de la crítica de la escisión del valor, esto significa que los diferentes ámbitos y niveles, así como la “cosa” misma, no sólo han de remitirse unos a otros de forma irreductible, sino que han de

considerarse también en su propio vínculo “interno” con el nivel de la escisión del valor como la totalidad social quebrada, como el contexto fundamental dialéctico negativo. Pero con ello la crítica de la escisión del valor se contrapone a una crítica del valor fundamental, en la medida en que siempre es consciente de su propia limitación, de que no se afirma de manera absoluta como un metanivel omniabarcante, sino que también sabe reconocer la “verdad” de otros niveles y ámbitos particulares. Ha de reconocer, por ejemplo, la dimensión de la psicología social y el psicoanálisis, que por su propia abstracción no puede abarcar teóricamente. En Adorno la “mujer” no constituye lo no-idéntico, lo no-idéntico se fundamenta a través del intercambio. La escisión de lo femenino tiene ahí un carácter meramente descriptivo, no tiene un estatuto categorial ni es tampoco lo no-idéntico.

De acuerdo con esta crítica de la lógica de la identidad, no se puede adoptar una reflexión lineal cuando se trata de analizar el desarrollo capitalista-patriarcal en diferentes regiones del mundo. Este desarrollo no se ha producido de la misma manera en todas las sociedades, hay incluso sociedades que (antiguamente) tenían una simetría de género que hasta hoy no ha podido adoptar la relación de género moderna; también es necesario dar cuenta de relaciones patriarcales constituidas de otra manera, que se han solapado con el desarrollo del mercado mundial del patriarcado moderno-occidental sin haber perdido del todo su especificidad.

La otra figura fundamental en que se sustancia su pensamiento es, sin duda, la de Marx. En ese sentido me gustaría realizar dos preguntas. En primer lugar, ¿cuáles cree que son, a día de hoy, los principales retos teóricos a que se enfrenta el pensamiento inspirado por Marx? No nos referimos al marxismo académico, por supuesto, sino a aquel que utiliza sus categorías para llevar a cabo una crítica radical del sistema capitalista.

Marx es sin duda el clásico de la crítica radical del capitalismo, que ha puesto de manifiesto que el capitalismo colapsará no por motivos morales, sino por su propia dinámica objetiva, y lo hizo sin negar el plano subjetivo. Los individuos ponen en marcha una dinámica fetichista, que se autonomiza de ellos y en último término les domina. En este sentido la dimensión fundamental de la escisión del valor, en su complejidad contradictoria, constituye el mayor desafío, ya que no puede comprenderse de manera economicista. Marx era un hijo de su tiempo, y no se puede decir que si se perfeccionan determinados rasgos de su planteamiento su teoría sería perfecta. La dinámica de la contradicción en proceso ha llevado a que en su evolución histórica ciertas manifestaciones que Marx no había captado sistemáticamente se hayan vuelto visibles, a más tardar con la cuarta revolución industrial de la industria 4.0: en ese sentido estarían el racismo, el antisemitismo, el antiziganismo, la destrucción de la naturaleza. Con eso se debe confrontar una teoría de la contradicción en proceso de corte puramente androcéntrico, pues se trata de una dinámica que ha llevado a que estas dimensiones quedaran ocultas por un tiempo, pero hoy resultan visibles.

No hay duda de que, dentro de la obra de Marx, pueden encontrarse todo tipo de elementos que han de reelaborarse minuciosamente, más aún de lo que Robert Kurz hizo en *Dinero sin valor*: por ejemplo, la relación entre trabajo productivo e improductivo, la tasa de beneficio, el problema de la transformación de los valores en precios, etc. Hay que reflexionar sobre todo esto. Sin embargo, no creo que la mera concentración en semejantes problemas ofrezca una solución a la cuestión de una socialización en la escisión del valor como totalidad fragmentada. Es necesario trabajar en ambos terrenos, pero no creo que sea útil empollarse a Marx hasta la última coma y aspirar a una reconstrucción de su obra hasta que se alcance una edad propecta, cuando una ya no peine más que canas. El objetivo no puede ser una filología marxiana. Hace ya tiempo

que conocemos las limitaciones de su pensamiento, por lo que no cabe esperar que una lectura minuciosa de Marx ofrezca el acceso a las últimas verdades. Lo decisivo y lo difícil consiste en que la crítica de la escisión del valor no puede mezclar la crítica del (plus)valor y la crítica de la escisión, pero tampoco puede tratarlas por separado. Hay que considerar ambas dimensiones como separadas y, al mismo tiempo, mediadas de forma dialéctico–negativa, lo que a su vez implica que no pueden existir como una unidad lógica coactiva.

En segundo lugar, en algunos de sus últimos textos (*Nach Postone, Fetisch Alaaf!*) y en referencia a *Geld ohne Wert* de Kurz, remite a un “fetichismo del capital” por oposición al “fetichismo de la mercancía” como punto crítico central para desarrollar una crítica satisfactoria del capitalismo. ¿Podría explicar un poco la diferencia entre ambas?

Esa es una diferencia que se mueve plenamente en el ámbito de una lectura androcéntrica de *El capital* de Marx. Ante todo, quisiera explicitar la diferencia desde este trasfondo. Por motivos metodológicos y didácticos, el capítulo sobre el fetichismo de la mercancía en *El capital* sigue el individualismo metodológico. Es cierto que en él se menciona el trabajo abstracto, pero no se aborda de forma sistemática. Las primeras 150 páginas conducen a una comprensión del capital, que es lo que verdaderamente interesa a Marx. En sentido estricto el capitalismo existe cuando el capital comienza a procesar la realidad desde sus propios fundamentos, es decir desde la segunda mitad del siglo XVIII y, sobre todo, en el XIX. Las interpretaciones de Marx parten a menudo de la mercancía entendida como forma celular del capitalismo actual, si bien esta forma simple de la mercancía nunca existió como principio de socialización, ni siquiera a modo de enclave. Sin embargo, no se trata de dejar de lado el capítulo sobre el fetichismo de la mercancía. Marx quiere apuntar más bien al fetiche del capital, que cobra forma en un nivel más denso de socialización. Solo entonces comienza a “traba-

jar” la contradicción en proceso y a autonomizarse realmente respecto a los individuos, lo cual no sería posible con vistas a una producción mercantil simple de carácter ficticio, pues en ella hubiera existido aún una forma de dominación personal, no cosificada. En esta lectura –y solo dentro de ella– se ubica el análisis de la forma de la mercancía. En este contexto Kurz critica no sólo el “individualismo metodológico” por lo que se refiere a la forma de la mercancía (como “forma celular”), sino también por lo que respecta al concepto de capital, al fetiche del capital, y por tanto una comprensión de Marx que tome el capital particular como punto de partida. *“Sin embargo aquello que excede a los sujetos agentes y que constituye el movimiento real de valorización es la totalidad del ‘sujeto automático’ el a priori constitutivo y trascendental que sólo se manifiesta en el capital singular, pero que a nivel categorial no es tal. Solo el capital en su conjunto es el automovimiento del valor, en cierto modo como el ‘monstruo viviente’ que se contrapone a los actores, si bien son ellos mismos quienes lo producen ... en palabras de Marx el ‘valor que se valoriza a sí mismo, un monstruo animado que comienza a <trabajar> como si se lo pidiera el cuerpo’”*¹⁰⁰. Un elemento central en este punto es la competencia entre capitales particulares como una necesidad que media en la totalidad capitalista mediada en sí misma. No se puede partir del capital singular y luego añadir este plano.

En lo que se refiere a la teoría del valor parecería que hay una cierta cercanía entre sus planteamientos y los de Moishe Postone, un autor que es quizá algo más conocido en el entorno académico hispanohablante. También él habla del trabajo como una “relación social” específicamente capitalista. ¿Qué vincula y que diferencia su planteamiento del de Postone?

El pensamiento de Postone tiene muchos puntos en común con la vieja crítica del valor. Mi crítica en este sentido es, como en el caso de la vieja crítica del valor, que no toma en conside-

100 – Kurz, Robert (2012) *Geld ohne Wert*. Berlin: Horlemann. P. 178

ración la escisión del valor como contexto fundamental, sino que argumenta desde un reduccionismo de la crítica del valor. Pero incluso dentro de la crítica del valor, Postone no plantea una teoría de la crisis.

Para él la tendencia no es que el trabajo abstracto quede obsoleto, sino que parte de una especie de efecto noria; cuando se eliminan puestos de trabajo, surgen puestos nuevos. En el fondo se trata de algo ilógico, si se piensa la “contradicción en proceso” hasta sus últimas consecuencias. Además, el trabajo en el capitalismo no es solo una relación social, sino una “sustancia abstracta y material”, como la denomina Robert Kurz. Y en esta medida el trabajo abstracto es el ligamento interno de la socialización capitalista.

El verdadero punto de partida del análisis del capital es la forma del capital, y no la forma de la mercancía como en el caso de Postone. Robert Kurz lo formula de la siguiente manera: *“La producción, bajo la condición de esta totalidad a priori, es una unidad de trabajo ‘concreto’ y ‘abstracto’, en el resultado la unidad de producto material y objetividad del valor. Lo socialmente ‘válido’ en el trabajo abstracto es solo su aspecto de trabajo ‘abstracto’ como gasto de trabajo humano o energía vital (nervio, músculo, cerebro). El trabajo ‘concreto’ y el ‘abstracto’ no se escinden por tanto en dos esferas separadas, sino que son aspectos de la misma lógica que abarca todas las esferas, pero el lado concreto solo cuenta como forma de manifestación del lado abstracto (real). El producto, por su parte, solo es socialmente ‘válido’ en tanto que objeto que representa esta sustancia abstracta real, como objetividad del valor”*¹⁰¹. Desde este trasfondo puede decirse que el “trabajo” en cuanto tal surge con el capitalismo, y puede y debe abolirse. En Postone, por el contrario, el concepto de trabajo es ambiguo. Hay pasajes en los que ontologiza el trabajo. Del mismo modo que no se puede ontologizar un trabajo (concreto), hay que insistir en la sustancia material

101 – Ibid., P. 204.

y abstracta del trabajo social que Postone –que en este sentido se contradice– considera como “productora de valor”, y sin embargo más tarde determina este valor como relación social y solo en esta medida parte de una dialéctica entre trabajo “concreto” y “abstracto”.

En este sentido en Postone el plusvalor es ante todo una emanación del valor (y así ocurre también en parte en la vieja crítica del valor); en una nueva crítica (de la escisión) del valor constituye, por el contrario, un momento dinámico ineludible de la autovalorización del valor, sin la cual el trabajo abstracto como tautológico fin en sí mismo no tendría sentido y no podría hablarse de una “contradicción en proceso”. Esta existe en Postone, pero como momento secundario. Y por supuesto Postone no analiza sistemáticamente las actividades de cuidado, que llevan a cabo ante todo mujeres. De modo que Postone no ofrece un marco para entender la crisis del cuidado en el contexto de una crisis fundamental del sistema capitalista-patriarcal en su conjunto, si bien –por subrayarlo una vez más– la relación de género y la escisión del valor como contexto fundamental de la socialización capitalista patriarcal no se agotan en la dimensión del cuidado.

Ha realizado distintos trabajos críticos sobre la individualización postmoderna en el contexto del desarrollo de la crítica de la escisión del valor. ¿Cree que las formas de subjetivación post-moderna y sus reflejos teóricos han perdido significación y vigencia con la crisis actual? ¿Qué papel han tenido en las últimas décadas las teorías de la individualización (diferencia vs desigualdad) y por qué formas pueden ser sustituidas en la actualidad?

Creo que, en los últimos años, también en los países denominados desarrollados, las tendencias de individualización basadas en el bienestar y esponsorizadas por el Estado social han dejado paso a una individualización basada en la depauperización

y la responsabilidad individual, sin redes y sin un doble suelo. La perspectiva de la diferencia (aceptada) se correspondía aún en buena medida con esta individualización basada en el bienestar –en último término ésta venía a corresponderse con la propia orientación conforme al estilo de vida–. Como ahora las clases medias amenazan con derrumbarse, la dimensión de la desigualdad vuelve a primer plano y se invoca al proletariado y a una clase trabajadora que está quedando obsoleta –especialmente al varón occidental pobre, que se hunde y es digno de conmiseración–. Las verdaderas clases bajas o “proletariados” se constituyen hoy en base a la “raza” y al género; en las teorías de la conspiración el “judío” aparece como el que mueve los hilos para llevar al mundo al abismo, y el gitano aparece como el “asocial” de una raza extraña que representa el papel de comparsa más prescindible. A eso solo puedo responder con mi crítica de la escisión del valor, que es en sí misma paradójica. Como alguien dedicado a la teoría, no puedo tramar nuevas formas de subjetivación, estas deben surgir a partir de la dinámica de la escisión del valor, que en tanto que dinámica fetichista siempre está inmersa en la dialéctica entre la lógica de la acción y la de la estructura, aunque esta última tiene prioridad. La dinámica del tercer mundo y el miedo a caer en la asocialidad repercuten ahora en el primer mundo y las clases medias. Las disparidades sociales y económicas han de analizarse más allá de la noción tradicional de lucha de clases.

La “clase” en sentido marxista no es una categoría con un significado esencial en el patriarcado en descomposición actual. Es historia. Hablar hoy de los trabajadores y de un proletariado que habría ayudado a llegar al poder a Trump y otros derechistas es en el mejor de los casos un concepto de lucha política, pero en la era de la industria 4.0, en una sociedad mundial globalizada, no ofrece siquiera una determinación sociológica de la estructura social. Las desigualdades sociales y económicas no pueden abordarse desde esos conceptos.

Me gustaría preguntarle ahora por el feminismo. ¿Cómo valora la actual situación del feminismo académico? Bien es cierto que los textos con una perspectiva crítica en torno a lo económico parecen estar ganando terreno, lo que convive con una revitalización de discursos de carácter sociológico, inaugurando lo que ha venido a llamarse “cuarta ola del feminismo”. Dicha situación, además, convive con una todavía cuantiosa atención a los *Gender Studies*. ¿Qué opina de esta situación?

El problema consiste en que no se asume la crítica de la escisión del valor como lógica fundamental y no se parte de una totalidad fragmentada desde el punto de vista de una dialéctica negativa, sino que se parte de una comprensión de la sociedad puramente sociologicista. En la universidad alemana ya se ha intentado dar un giro sociológico y politológico a mi teoría de la escisión del valor. Sobre todo, fuera de la universidad hay grupos de teoría feminista al margen de la academia que han adoptado elementos centrales de la crítica de la escisión del valor. Es algo que no puedo desarrollar aquí en detalle. Por lo general en la universidad se ignora la crítica de la escisión del valor, como por lo demás también la crítica del valor. Por supuesto que espero que la crítica de la escisión del valor pueda difundirse, sobre todo más allá de los *establishments* de la universidad y la izquierda establecida, y espero que en las universidades en distintos ambientes de izquierda surja una protesta contra las estructuras organizativas, los métodos y los contenidos establecidos, que se mueven por caminos trillados y no permiten que entre nada nuevo.

Conforme la crisis va produciendo una mayor abundancia de sujetos monetarios sin acceso al dinero, surgen también formas de feminismo que ponen el énfasis en los cuidados, la revalorización de la maternidad, y un redescubrimiento de lo femenino como “lo otro” del capitalismo, una vuelta a vínculos comunitarios, a una cierta inmediatez. ¿Cómo entender estas propuestas en el marco de descomposición social en que nos encontramos?

Ya he señalado que el valor y la escisión están dialécticamente mediados, que cada uno se deriva del otro. La consecuencia es también que la escisión no puede pensarse como lo otro, como algo abstractamente separado del valor y por tanto como algo mejor, como hacen creen algunos feminismos de izquierdas. En tiempos de descomposición social surge la necesidad imaginar un mundo incólume de tiempos pasados. En un mundo globalizado, altamente complejo y fuertemente tecnologizado, se anhelan estructuras abarcables y comprensibles, especialmente cuando las condiciones de vida se precarizan y el descalabro amenaza también a las clases medias. Entonces se apela de nuevo a la mujer como madre, como dulce administradora de la crisis (“*Maria, extiende el manto y conviértelo en nuestra defensa y protección*”, como se decía en una vieja canción católica alemana). Como ya he dicho, las mujeres en los *slums* del Tercer Mundo son quienes deben ocuparse de la crisis en la vida diaria, las encaradas de asegurar el dinero y la supervivencia. La izquierda y el feminismo yerran completamente cuando consideran esto una emancipación; más bien esas tendencias de administración de la crisis pueden ser aprovechadas para un mantenimiento del *status quo* basado en un supuesto mantenimiento del orden. La falsa inmediatez puede costar cara a las intenciones feministas y de izquierdas que se instalen en una zona de confort construida a base de fantasías. Esto deja de lado la necesidad de una perspectiva de planificación que no puede limitarse a dictar normas desde arriba, como en el socialismo de cuño soviético, sino que –por decirlo en términos de la teoría de sistemas– el sistema en su conjunto y los sistemas particulares deben tener una relación apropiada entre ellos. Además, la recuperación de viejos roles de género y el giro de la izquierda a lo comunitario se ajustan a las nuevas necesidades de normalidad y conformidad que –en su carácter *biedermeier*– se hacen pasar por opositoras y son un filón para las políticas llamadas transversales.

¿Qué podemos aprender del rol de las mujeres en los países periféricos del capitalismo a la hora de afrontar los procesos de descomposición social que se nos vienen encima con el colapso de la modernización? ¿Qué indica eso sobre las asimetrías de la escisión del valor y su tendencia evolutiva?

Con lo que se ha dicho hasta ahora, sería un completo error creer que las mujeres en el Tercer Mundo, cuando son las responsables del dinero y la supervivencia, son duras y valientes y hay que considerarlas como un ejemplo. Que en el capitalismo patriarcal las mujeres tengan que ocuparse de las tareas más diversas, que representen todas las virtudes y no ofrezcan sino ventajas, no tiene absolutamente nada que ver con la emancipación. No es que el modelo occidental de la madre y ama de casa haya de ser el modelo de progreso para el Tercer Mundo –como se pensó durante mucho tiempo–, sino que las tendencias de descomposición del patriarcado capitalista suponen un mal presagio para la existencia de las mujeres también en los países llamados desarrollados. En estas situaciones ser mujer no es una suerte, sino una desgracia. Es cierto que las prestaciones del Estado social son aún algo mejores en Alemania que en el llamado Tercer Mundo; por otra parte, la crisis se va acercando cada vez más desde el sur de Europa (Grecia, España, Italia, etc.) a los centros europeos. El descalabro de las clases medias implicará que las mujeres ya no puedan pagar a las asistentes –por ejemplo, de Europa del Este– que realizan las tareas domésticas y de cuidado, sino que tendrán que realizar esas tareas ellas mismas, a la vez que siguen toda una serie de trabajos adicionales. Los hombres ya no tienen el papel de sustento familiar, y, en consecuencia, ya no se sienten responsables de la familia y la descendencia. Hace tiempo que las instituciones de la familia y el trabajo asalariado se erosionan también en el centro de Europa y esa tendencia se va a reforzar con la industria 4.0 y la creciente robotización y tendencia a la abstracción.

En este sentido podría decirse que las mujeres, como administradoras de la crisis, deberían desempeñar el trabajo de la sociedad, mientras que los hombres serían los que tendrían que establecer el orden de manera autoritaria, en el sentido de Carl Schmitt. El hecho de que la derecha tenga algunas dirigentes femeninas no es muy significativo; simplemente revela que la escisión del valor es una estructura fundamental en la cual los individuos no se agotan en los patrones culturales, y que por tanto también las mujeres pueden desempeñar este tipo de roles.

Sus aportaciones también han girado en torno a la teoría del antisemitismo y el racismo como formas de falsa resolución de las crisis capitalistas. Estas cuestiones, dado el resurgir xenófobo nacionalista en Europa (en partidos como AfD o Front National, la reciente victoria de Donald Trump en las elecciones estadounidenses, etc.), adquieren hoy sin duda nueva actualidad. ¿Cómo se afronta ese reforzamiento de la xenofobia y el racismo desde la crítica de la escisión del valor?

Sin duda es necesario un movimiento antifascista amplio. Pero sería un error caer en una especie de hurra-democratismo. Pues la propia democracia es el sueño del que brotan el antisemitismo, el antiziganismo, el racismo y también el sexismo y la homofobia. El famoso pueblo, el *demos*, es el que ha elegido mayoritariamente a Trump. Por eso no cabe apelar a una democracia idealizada, pues esa idealización significa fundamentalmente exclusión. Los trabajos en la línea del postcolonialismo ofrecen testimonios elocuentes al respecto. No niego que la intención de Obama pretendiera realmente superar los mecanismos de exclusión. Pero de facto ha expulsado a más migrantes que todos los presidentes que le precedieron. Lo ha hecho con un discurso democrático y humano. Trump se presenta como el lobo incapaz de contenerse, como el que se atreve a proclamar con toda dureza la realidad de las cosas. El Estado y la democracia son instituciones para moderar las relaciones fetichistas

que hoy están descarrilando; por eso, en su impotencia, acuden cada vez más a relaciones de dominación basadas en “hombres fuertes”. Ciertos desarrollos del derecho no deben entenderse como rupturas civilizatorias más allá de la democracia, sino que son parte estructural de este proceso, son parte del “proceso de civilización” mismo.

Este proceso de civilización produce las correspondientes formas de conciencia; una perspectiva positivista, también en la ciencia, que hipostasía supuestos datos, hechos y seguridades cotidianas. La misma referencia crítica a la “postverdad” a propósito de Trump, etc. se refiere a este estado de cosas. Desde una perspectiva superficial serían los otros los que, en una “proyección cargada de pathos”, serían responsables de la propia desgracia.

Esta perspectiva positivista y cotidiana no se limita a la cultura dominante. Las controversias entre feministas de la igualdad y feministas multiculturalistas, entre gays e islamistas, se producen desde un particularismo basado en la propia posición. Hay gays de derechas y feministas conservadoras, etc. El problema entre los turcos y los kurdos existe desde hace tiempo, así como distintas orientaciones que se combaten dentro del islamismo, etc. Esto revela la omnipresencia de una competencia universal que resulta de la lógica de la escisión del valor en proceso. Como dijo en una ocasión Robert Kurz, puede apreciarse una tendencia hacia una “barbarie multicultural”. Los esfuerzos se dirigen a fijar las identidades individuales y grupales, en lugar de ver que tanto ellas como las luchas que producen son resultado de la forma capitalista-patriarcal.

En consecuencia, una perspectiva al margen de este horizonte global lleva a la barbarie. Eso no quiere decir que haya que dejar de lado las particularidades, ciertas singularidades e individualidades, incluidas también las identidades híbridas, sino que hay que pensar estas dimensiones como algo que está siempre en cierto modo diluido.

Todo esto debe ubicarse en la forma de la escisión del valor como forma de socialización dominante, incluso cuando estos rasgos no se reducen a ella y a veces puedan ser indicio de otras cosas. En este sentido habría también que conseguir un nuevo universalismo que rebase el universalismo ilustrado, al que le es inherente la exclusión.

Incluso los movimientos “antifascistas” pueden atravesar graves dificultades que acaben por reproducir lo que intentan combatir. En este sentido, la crítica de la escisión del valor ha de sopesar también con quién se alía y con quién no. Para esto no hay recetas. Lo importante es mantener una distancia reflexiva que no se adhiera a los impulsos antifascistas fáciles, que contienen elementos de barbarie en su propio seno. En Alemania, tras la caída del muro, esto se aplica a la escisión entre los anti-imperialistas y antinacionales por una parte y los antialemanes por otra, aunque aquí los frentes ya no están tan claros y entre tanto se han producido amalgamas ideológicas un tanto bizarras. Pero no puedo detenerme en esto. Es necesario hacer valer una visión amplia dentro de un movimiento antifascista que es amargamente necesario. Pero esta no puede ser plantearse desde la atalaya de la crítica de la escisión del valor, sino que ha de ponerse en marcha ella misma; por otra parte, una invectiva externa y voluntarista en la línea de la escisión del valor tampoco tendría ningún sentido. Una regla general sería no hacerse compatible con ningún tipo de movimiento político transversal ni brindarles la menor ayuda. Es sabido que Syriza, Podemos o también “Die Linke” en Alemania solo tienen objetivos reformistas, inmanentes al sistema. Una perspectiva emancipadora, como la de la crítica de la escisión del valor, se mueve siempre más allá de eso. No acepta falsos pactos, incluso si se ve de nuevo replegada sobre sí misma. Me parece especialmente peligrosa una perspectiva cercana a la crítica del valor que defiende las pequeñas redes, la economía solidaria y la descentralización, a veces con tendencias de *open source* y de nuevas tecnologías, y que ha cobrado fuerza desde la escisión del gru-

po Krisis; por otra parte, también el regreso de viejas–nuevas tendencias que confían en la tecnología desde una apología del progreso que –en la línea del marxismo tradicional– espera que todos los problemas se resuelvan en el futuro, como ocurre en el aceleracionismo y en el realismo especulativo, que pone sus esperanzas en una misión extraterrestre que permita conquistar otros planetas.